

A romantic couple is shown in a close embrace, nearly kissing, against a backdrop of a bright blue sky with scattered white clouds. The man is on the left, wearing a white t-shirt and blue jeans, and the woman is on the right, wearing a white tank top and blue jeans. Below them, a lush green field stretches out, featuring a white horse on the left and a dark brown horse rearing up on the right. In the distance, rolling green hills and mountains are visible under the sky.

*Viaje a los  
Sentimientos*

MAR FERNÁNDEZ



Mar Fernández Martínez

**Viaje a los sentimientos**

**Copyright © 2015 Mar Fernández Martínez**

Todos los derechos reservados.  
Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita  
del titular de los derechos de autor, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el  
tratamiento informático, al igual  
que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del  
autor de la obra.

Editor: © Mimi Romanz

Fotografía: © <http://es.123rf.com/> archivo nº: 17785103

*All Rights reserved*

*1ª edición en Marzo 2015*

**ISBN/13: 978-1508939238**

## DEDICATORIA

Para mi querida y gran amiga desde que  
tengo uso de razón, Sara V. Roldán Pomareta.

Por estar siempre ahí, mi brujita preciosa,  
por esa sonrisa tuya que caldea mi corazón.

Por tu eterno amor y fidelidad.

Te quiero.

# **INICIE**

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Epílogo](#)

[\*\*BLOG DE LA AUTORA:\*\*](#)

[\*\*Mar Fernández Martínez\*\*](#)



# CAPÍTULO 1

*Devine, Texas*

Suzanne estaba frente al espejo de su antiguo dormitorio, en casa de sus padres, y se daba los últimos retoques al maquillaje. Su larga melena rubia iba recogida en un moño suelto, y su delicado cuerpo, cubierto por un vestido negro ajustado. Unas sandalias, con un tacón de vértigo, completaban el atuendo que había elegido para salir aquella noche. Se sentía extraña vestida de aquella forma, ya que nunca se arreglaba tanto, pero no podía negar que se veía hermosa.

Volver al pueblo donde había crecido fue un cambio drástico en su vida, pero, tras un año, empezaba a controlar su nuevo entorno, al igual que su hija. El negocio familiar que sus padres le habían dejado funcionaba bien, aunque no diera dinero para despilfarrar, pero al menos seguía siendo independiente, como siempre había deseado.

Cuando vivía en Austin, nunca había salido a causa del trabajo y de tiempo necesario para criar a una hija, pero ahora se encontraba allí, en Devine, a punto de hacerlo con su amiga de la adolescencia. Karen la había convencido para ir a un local de moda de la zona. No le apetecía demasiado, pero su amiga solía ser muy persuasiva cuando se lo proponía. Incluso se había ocupado de conseguir canguro para que no pusiera ninguna excusa.

Jess, su pequeña, era fantástica y no le daba demasiados problemas a pesar de estar en plena pubertad. Siempre había sido fácil con ella, que parecía más madura que el resto de sus amigas.

Suzanne siempre había llevado mucha carga sobre sus hombros, pero esa noche intentaría relajarse y disfrutar, como le había aconsejado Karen.

Unos ligeros golpes en la puerta la alertaron de la llegada de su hija, que entró sin esperar respuesta. Suzanne se giró para encontrarse con Jess, que permanecía en el vano observándola con admiración.

—¡Mamá! —la llamó con voz alegre—, nunca te había visto tan bonita. ¿Dónde vais? —preguntó con curiosidad.

—A un local muy conocido, *El rodeo*.

—¿Eso no está a más de una hora de viaje? —cuestionó la joven conjeturando.

—Sí, mi cielo, por eso he pensado que o bien te quedas aquí con una chica que me ha aconsejado Karen o pasas la noche en casa de Shannon. Lo que más te apetezca.

Los ojos verdes de Jess se iluminaron con sus palabras, siempre que le pedía dormir en casa de su amiga, su madre solía negarse.

—¿De verdad, mamá? —preguntó mientras daba saltos de alegría a su lado—. Gracias, gracias, gracias...

—Deja de hacer el ganso —le riñó Suzanne con humor—. Mañana iré a buscarte. Coge lo que necesites mientras hablo con la madre de Shannon.

Jess no se movió, y Suzanne supo que algo rondaba su cabeza.

—Suéltalo ya —la apremió mientras comprobaba el contenido de su bolso.

—Mamá, ¿vas a ligar esta noche? —preguntó pícaramente sin apartar la mirada de sus largas piernas.

Nunca había visto a su madre vestir de un modo tan sexy. Su indumentaria habitual era una falda oscura y camisa blanca, que era como solía ir a trabajar en la tienda de decoración en Austin.

—Solo voy a divertirme un poco. Ya eres mayor y puedes apañarte sola —le dijo guiñándole un ojo.

—Claro, y espero que conozcas a un vaquero guapo que babea por tus piernas.

—¡Desvergonzada! —le reprochó.

—Mamá, aún eres joven —expuso con seriedad.

—Y tú, demasiado fantasiosa —replicó a punto de reír.

Karen llegó puntual, como era su costumbre, y cuando dejaron a Jess en casa de Shannon, se dirigieron al local donde pensaban pasar una buena noche. Suzanne se sentía nerviosa porque hacía años que no salía, y Karen no dejó de hacerle bromas al respecto con la intención de que se relajara.

Cuando llegaron a la barra, pidieron unas copas y disfrutaron del ambiente que estaba en su máximo apogeo. Pasado el momento inicial, Suzanne notó que su cuerpo se relajaba e, incluso, comenzó a divertirse.

Karen se encontró con unos amigos en la pista, y Suzanne aprovechó para pedir una nueva copa. Estaba dando el primer sorbo al combinado cuando un hombre fornido se acercó a ella y se apoyó en la superficie de cristal.

—¿Te puedo invitar? —le preguntó con voz profunda.

Suzanne ladeó su rostro para observarle atentamente. Era un hombre alto y fibroso, y una barba cuidada ocultaba parcialmente su rostro. Su pelo castaño estaba cubierto tras un *Stetson*, y sus enigmáticos ojos oscuros se clavaron en su rostro. Se sintió atraída por él desde el primer momento, pero su sorpresa se reflejó en sus ojos al descubrir que le conocía.

—¿John Deimon? —preguntó incrédula.

—El mismo. Suzanne, no has cambiado nada.

—Gracias, eres muy amable —contestó mientras sus mejillas se coloreaban.

Pasaron parte de la noche poniéndose al día sobre sus vidas y divirtiéndose en la pista de baile que apenas abandonaron.

A última hora de la madrugada, Karen volvió a casa sola. Suzanne había tenido más suerte que ella aquella noche. Su amiga no le había dado demasiadas explicaciones, pero tampoco se las pidió. Recordaba perfectamente cómo John Deimon seguía con la mirada a Suzanne cuando eran apenas unos críos. Siempre había sospechado que estaba loco por ella, pero nunca le había llegado a confesar sus sentimientos. Al menos no hasta aquel momento.

Antes de subirse al coche de John, Suzanne le pidió a Karen que hablara con la madre de Shannon para que Jess se quedara hasta el lunes en su casa.

Jess tampoco le pidió demasiadas explicaciones a Karen sobre el paradero de su madre cuando llegó, estaba ocupada trazando un plan para acercarse al chico del que estaba enamorada. Red Denver era conocido por ser un bala perdida, y si su madre se enteraba de que iba todas las tardes al restaurante Hopper, situado frente al taller donde Red trabajaba, le prohibiría salir por saltarse las últimas horas de clase.

Su madre pensaba que todavía jugaba con muñecas, pensaba con humor, pero no era así, y suspiraba por los huesos del chico malo de Devine, como hacían la mitad de las chicas del pueblo.

Aquella tarde de domingo, su amiga le daba consejos sobre qué ropa ponerse, y Jess sentía su

cuerpo acelerado ante la perspectiva de encontrarse frente a él. Deseaba conquistarlo más que cualquier otra cosa e, incluso, fantaseaba con que la pidiera salir.

Al día siguiente, Shannon la ayudó a maquillarse en el vestuario del gimnasio, donde se habían escondido para que Jess pudiera cambiarse de ropa con cierta intimidad.

Shannon era su mejor amiga desde que se habían mudado a aquel lugar perdido de la mano de Dios tras dejar atrás la ciudad donde se había criado. Al principio había sido un duro cambio para ella, pero una vez que había conocido Devine, y a su gente, todo fue más sencillo.

\*\*\*

Dan estaba cambiando el heno del establo cuando entró Roger corriendo. Era el capataz del rancho desde hacía más de tres décadas y se estaba haciendo mayor. Su rostro enjuto estaba congestionado y parecía nervioso por la forma en que se movía. «Su actitud no presagia nada bueno», pensó Dan con frustración.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el joven con cara de pocos amigos, cansado de lidiar todos los días de su vida con problemas y más problemas.

—Tu padre acaba de llamar —le informó Roger al recuperar el resuello.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó preocupado.

—No —balbuceó el hombre mientras se secaba el sudor de su frente con un pañuelo blanco de tela.

—¿No ha encontrado los recambios para el tractor? El viernes, antes de que se fuera, me dijo que iría él a buscarlos esta mañana.

Roger movió sus ojos con nerviosismo, y su rostro, hasta entonces rojo, cambió a blanco.

—¡Suéltalo de una vez! —gritó Dan perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—Ha dicho... —volvió a callar mientras se rascaba la cabeza, devanándose los sesos para encontrar el modo de decirle al muchacho algo que sabía de antemano que no le gustaría.

—¡Joder! Roger, me estás poniendo nervioso.

—¡Está bien! —gritó el hombre levantando las manos sobre su cabeza en señal de rendición—. Tu padre dijo que no iba a poder traer los recambios, que faltará unos días de casa porque está en Austin. Te llamará esta noche.

—¡Claro! —exclamó molesto—. Y, mientras tanto, tengo que cargar *yo* con los problemas.

Dan sintió que sus piernas se aflojaban, estaba agotado en extremo tras el trabajo de las últimas semanas y necesitaban las piezas para el motor del tractor para ayer. Habían contratado a dos braceros para la siembra y todo el trabajo estaba retenido por las dichas piezas.

Resoplando, salió del establo para dirigirse al garaje donde cogió la bicicleta para ir al pueblo. No pudo arrancar su furgoneta porque se había quedado sin gasolina, la que debía traer su padre.



Tras media hora de pedaleo, Dan se prometió que al llegar al pueblo se tomaría una cerveza bien fresca, casi congelada, y algo con lo que llenar su estómago, que ya protestaba por falta de alimento, y no dudó en dirigirse al restaurante Hopper para saciarlo.

Durante el trayecto no dejaba de pensar en su padre y en la conversación que habían mantenido durante la cena del viernes. Le había sorprendido cuando le había comentado que pensaba salir con su amigo Robert, pero nunca pensó que la juerga se alargaría durante días. Hacía años que no pasaba tanto tiempo fuera de casa y eso le preocupaba. ¿Le habría sucedido algo grave? Estaba seguro de que no porque si fuera así, no habría llamado.

Entró en el restaurante y se sentó en una de las mesas del fondo, junto a la cocina. Hacía poco que habían reformado el local y las paredes de color amarillo limón daban alegría al ambiente y contrastaban con el suelo de baldosas blancas y negras. Los tabiques estaban decorados con grandes carteles de exitosas películas de cine de la vieja escuela al gusto de Hopper, el dueño del local.

Buscó, inconscientemente, con la mirada, a Larissa, pero su día no mejoró al percatarse de que no debía ser su turno y no la vería. Para Dan era la chica más guapa de Devine y no parecía querer salir de su cabeza. Se conocían desde que eran unos críos e iban juntos a la escuela primaria, y ahora se lamentaba de no haber mantenido el contacto tras acabar la secundaria.

Su destino estaba escrito y era ayudar en el rancho familiar, que siempre había estado en la cuerda floja desde que tenía uso de razón. Más de cien veces al día pensaba que no merecía el esfuerzo que realizaban él y su padre, pero poco podía hacer. Por eso odiaba aquel lugar que le hacía sentirse atrapado.

—Dan —le llamó Betty mientras mascaba un chicle y alzaba su libreta para tomarle nota—, ¿qué quieres tomar?

—Una jarra de cerveza helada y un sándwich de pollo.

La mujer le sonrió con cariño después de anotar su pedido. Era una mujer atractiva a pesar de tener una edad que Dan no sabría identificar, pero recordaba que siempre le había tratado con afecto. Había sido amiga de su madre cuando aún vivía, pero él apenas era capaz de recordar su rostro. A veces se sentía culpable por ello, por no haber podido retener las imágenes que tenía de ella.

—¿Quieres unas patatas? —le preguntó la mujer.

—Serían perfectas —aceptó Dan, percatándose de lo bien que le conocía Betty—. Gracias.

—Cielo —le llamó cariñosamente—, ya sabes que para mí es un placer llenar tu estómago —dijo antes de dirigirse a la línea de cocina.

\*\*\*

Red estaba cambiando el tubo de escape, agazapado en los bajos de un coche, mientras movía su bota al ritmo de la música que salía de la radio. Cuando el volumen disminuyó, supuso que su padre estaba allí para fastidiarle el día, así había sido desde que le había ofrecido trabajar en el taller familiar.

Con disgusto, desvió la mirada, esperando encontrarse con las piernas de su padre, pero cual no fue su sorpresa al vislumbrar unas enfundadas en unas medias livianas que no correspondían a su progenitor.

Sus manos se aferraron a una de las barras que tenía sobre la cabeza para ayudarse a salir del bajo del coche. Deseaba observar desde otra perspectiva la visita improvisada.

Sus ojos se quedaron fijos en las llamativas botas marrones y prosiguió por las piernas flacuchas que llegaban a una minúscula falda vaquera. Se trataba de una muchacha desgarbada y plana como una tabla de planchar, que evidenciaba la camiseta ajustada que completaba su indumentaria.

Lo único destacable en ella lo descubrió en su rostro, donde sus grandes ojos verdes presidían sus marcados rasgos exóticos. No le pasó inadvertida la adoración que mostraban aquellos pozos verdes cuando le vieron salir de su guarida para ponerse en pie con destreza. Desde su nueva posición, Red también disfrutó de la visión de su larga melena de color castaño, donde se filtraban algunos reflejos caoba que imaginaba lucirían como llamas bajo el sol.

Pausadamente, Red se acercó, esperando ver su reacción por su cercanía.

—*Pequeña*, ¿qué andas buscando aquí? —interrogó mientras sus ojos volvían a recorrer su cuerpo con lentitud—. Creo que te has confundido, esto no es el colegio.

—Lo sé... —balbuceó Jess con nerviosismo—. Yo... solo quería presentarme.

Una carcajada surgió de la garganta masculina.

—¿Presentarte? —cuestionó con cierto humor.

—Soy nueva en Devine, hace apenas un año que vivo aquí y pensé que quizás sería buena idea conocernos. —Jess se sintió estúpida, estaba nerviosa y apenas sabía qué decir—. Me preguntaba si te apetecería que quedáramos algún día para ir a Hopper...

—Cielo —la llamó Red con una sonrisa en los labios. No le fue difícil descubrir que aquella chiquilla estaba loca por sus huesos—, siento decirte que hace años que no piso ese lugar.

Fue consciente entonces de la desilusión que mostraba el rostro angelical que tenía frente a sí y lo pensó mejor. Quizás pudiera divertirse con ella un tiempo y luego si te he visto, no me acuerdo. No era la primera, ni sería la última, que caería en sus brazos. Observó con deleite sus labios rojos y sonrió, estaba claro que no sabía maquillarse porque sus mejillas mostraban exceso de colorete.

—Quizás sí podríamos ir a un local que frecuento, *El rodeo*. ¿Lo conoces? —le preguntó mientras tocaba su mejilla con uno de sus dedos.

—Sí —fue la escueta respuesta de Jess, que sentía su cuerpo flotar por su cercanía.

—Solo hay un problema —dijo cambiando la expresión de su rostro.

—¿Cuál? —inquirió la joven preocupada.

—¿Cuántos años tienes?

Jess no quería responder a su pregunta. No quería decirle la verdad para que aquel maravilloso momento no se acabara antes de empezar. Solo necesitaba que Red la mirara siempre así, como si quisiera comérsela como a un dulce bollito.

Red se acercó a ella un poco más, acortando la distancia que los separaba, como un cazador sobre su presa.

# CAPÍTULO 2

Dan salió del restaurante tras disfrutar su ansiado almuerzo y caminó con resolución hasta la puerta trasera del taller. Necesitaba averiguar si las piezas que esperaba habían llegado, pero su cuerpo se paró en seco al descubrir la situación que se producía en el interior. Retrocedió para no ser visto, aunque no fue capaz de marcharse como hubiera sido lo correcto.

Observó la escena como si se tratara de una película. «Esa chica es una inconsciente al meterse en la boca del lobo», pensó contrariado. La mocosa no debía tener más de dieciséis, pero vestía como una buscona. Suponía que era para impresionar a Red, el chico por el que todas suspiraban en Devine a pesar de que las trataba como a trapos viejos. Así había sido con Larissa, que, enamorada como estaba, aguantaba todos sus desplantes.

Red había cogido la estrecha cintura de la joven con la idea de acercarla a su cuerpo y apoderarse de sus labios. Fue el momento elegido por Dan para salir de su escondite. Su intención era interrumpir a la pareja para que la situación no llegara a mayores. No era asunto suyo, se recriminó, su familia debía cuidar mejor de ella, pero no le gustaba que Red se aprovechara de jóvenes incautas.

—¡Red! —vociferó con intención—, ¿dónde estás?

El aludido soltó a la joven y se giró con virulencia para enfrentarse a Dan mientras apretaba los puños a los costados. No se llevaban demasiado bien, había sido así desde que eran unos críos.

A Dan no le pasó inadvertida su irritación y, aun así, preguntó burlesco.

—¿Estás ocupado?

La primera respuesta de Red fue un gruñido.

—Deimon, no me fastidies...

—Y tú no me hagas perder tiempo —replicó Dan, evitando que prosiguiera.

—Tengo una visita —fue la escueta respuesta del aludido mientras se giraba para volver a donde la joven se mantenía quieta y muda por los acontecimientos.

—Oh, vamos —replicó Dan sin poder contenerse—, ni siquiera tiene pechos...

La joven, al escuchar sus palabras, corrió en su dirección buscando la salida. Como Dan impedía su escapatoria, no dudó en darle un empujón, y sus miradas se cruzaron durante unos segundos, los suficientes para que Dan descubriera sus ojos arrasados por lágrimas de humillación antes de que desapareciera.

—¡Maldita sea, Dan!, me acabas de espantar a la palomita. ¿Has visto qué ojos? —preguntó Red fascinado.

Claro que los había visto, y estaban húmedos por su culpa, pero eso no era lo importante.

—¡No me jodas!, Red, es menor de edad.

—¿Y quién se va a enterar? —consultó el aludido mientras se apoyaba en el capot de un coche cercano.

—¿Su familia? —replicó a su vez Dan haciendo un gesto de exasperación con su brazos.

—Se mudó hace menos de un año a Devine, vivía en Austin. Su madre tiene una tienda de decoración que le dejaron sus viejos cuando murieron. Está todo el día trabajando y no tiene tiempo para controlar a su hija...

Dan le observó repugnado por su comportamiento. Estaba claro que sabía bien quién era la mocosa, pero no era asunto suyo y no quería saber más.

—Dame las piezas, ya he perdido mucho tiempo.

—Está bien, pero siento decirte que aún no han llegado —contestó con una media sonrisa al percibir su enfado.

Minutos después, Dan abandonó el garaje con paso airado y sin las piezas que había ido a buscar. Se repitió por enésima vez que lo sucedido con aquella chica no era asunto suyo, pero la furia le embargaba. Cuando estaba a punto de salir del pueblo, montado en su vieja bici, se cruzó con Hanson, un vecino que se ofreció a llevarle, cosa que Dan agradeció.

Al llegar al rancho, se encontró a Roger al borde de un ataque de nervios porque una vaca estaba pariendo y la cría venía de nalgas. Dan maldijo sonoramente antes de entrar en la casa para llamar a Clinton, el veterinario. Un gasto más que añadir a las dichosas piezas y los braceros. Horas más tarde, y con mucho esfuerzo, nació la ternera. Al fin la madre pudo descansar, al igual que Roger y él.

Cuando al fin logró entrar en la oscuridad de su hogar, se encaminó hasta la cocina. Encendió la luz y se acercó a la nevera para coger una cerveza helada que su cuerpo agradeció. Estaba dando el segundo trago cuando escuchó en el exterior que un coche se acercaba. «¿Quién podrá ser a estas horas?, ¿le habrá pasado algo a mi padre?», se preguntó, inquieto, dejando la botella sobre la encimera, y se dirigió a la parte delantera de la casa.

Al salir, descubrió un todo terreno de color plata que no reconoció. No le apetecía ver a nadie en aquel momento, y menos cuando estaba sudado y sus ropas estaban sucias de sangre y barro. La puerta del coche se abrió y de él bajó una pelirroja que se le acercó cautelosa.

—Buenas noches —saludó la mujer educadamente—. ¿Eres Daniel Deimon?

Dan la observó con cautela antes de responder.

—El mismo, ¿quién lo pregunta?

—Karen Logan, no nos conocemos, pero tengo un encargo para ti —le explicó con cierta reticencia.

—¿De qué se trata? —preguntó malhumorado.

La mujer rebuscó en su bolso hasta dar con lo que buscaba. Le tendió un sobre de color crema y, sin mediar palabra, abrió la puerta trasera del coche y sacó una pequeña maleta que dejó a su lado mientras Dan la observaba estupefacto, más, cuando de la puerta que permanecía abierta salió una chiquilla que ocultaba su rostro tras una gorra azul a juego con un chándal con el anagrama del colegio. La pelirroja le dio unas instrucciones a la joven en un susurro y tras abrazarla cariñosamente, se despidió y volvió a subir al vehículo antes de arrancar y desaparecer por el camino de tierra.

Dan se quedó paralizado y mudo ante lo ocurrido. ¿Qué pasaba aquel día que solo sucedían cosas extrañas? «No debí haberme levantado de la cama», pensó frustrado.

Cuando finalmente se dio por vencido, sus ojos se clavaron en la figura a su lado, que permanecía tan quieta como él. Recordó el sobre que tenía entre sus dedos y lo abrió para descubrir de qué se trataba todo aquello.

No era una carta escrita a mano como hubiera esperado, ante sí se desplegaba un correo electrónico remitido por una tal Suzanne.

Tuvo que releerla varias veces para hacerse a la idea de lo que aquellas líneas relataban. Su

padre estaba en Las Vegas, al parecer se había encontrado con «un antiguo amor», la tal Suzanne, y habían decidido casarse. Lamentaban lo precipitado de la situación y le rogaban que cuidara de la hija de ella, «solo será una semana», prometía la mujer.

Dan gruñó exasperado antes de hacer una pelota con el papel, al que le dio una puntapié cuando aterrizó en el suelo. Paseó sobre sí mismo con nerviosismo y, finalmente, se acercó al porche para darle una patada a uno de los postes.

—¿Será cabrón?! —vociferó—, estoy hasta las narices de toda esta mierda, se larga y me deja con todos los problemas del rancho, y encima de canguro de una mocosa.

Recordó entonces a la aludida y su mirada se fijó en su persona en el preciso instante en que ella elevaba su cabeza y sus ojos, antes ocultos tras la gorra, se clavaban en su rostro. Se quedó paralizado sin poder escapar del asombro que le asolaba al descubrir que se trataba de la misma cría insensata que se había arrojado en los brazos de Red aquella mañana.

«No puede ser cierto», pensó frustrado, era demasiado. Estaba a punto de gritar al cielo una maldición cuando su voz surgió de la nada.

—Escúchame bien, estúpido arrogante, no soy una *mocosa* —contestó a su pulla mientras se le acercaba a él llena de furia—. No vuelvas a dirigirte a mí de esa forma en toda tu asquerosa vida. Yo tampoco pedí venir a este apestoso rancho ni a este pueblucho apartado de la mano de Dios... — prosiguió hundiendo su dedo sobre el pecho masculino—, y te voy a decir otra cosa, *vaquero*, antes de dirigirte a mí, lávate porque apestas a vaca sarnosa. ¿Sabes lo que es una ducha y el jabón...?

—*Mocosa* —volvió a llamarla—, deberías moderar tu lenguaje o esta noche dormirás fuera de este *apestoso rancho*. Ahora estás en mis manos —añadió sonriendo seductoramente—, y vas a hacer lo que este *vaquero* te ordene...

—¡Y una mierda!... —exclamó con voz estridente.

En un segundo su muñeca quedó atrapada por una mano llena de callos y dura como el acero.

—Deja de apuntarme con tu dedito arrogante —comenzó sin soltarla—. Harás lo que yo te ordene, ¿entendido?! —concluyó acercando su rostro al de ella de forma amenazadora.

—¡Está bien! —cedió ella finalmente, soltándose de su agarre de mala gana, pero sin apartar la mirada de sus temibles ojos oscuros—. ¿Dónde dormiré?

Dan chascó la lengua frustrado, le había hecho una pregunta para la que no tenía respuesta y de nuevo maldijo a su padre.

Mientras él parecía devanarse los sesos pensando qué hacer, Jess le observaba atentamente, estudiándolo sin disimulo; podía distinguir a través de sus ropas sucias a un hombre alto y musculoso. Su camisa estaba arremangada a la altura de los codos y pudo vislumbrar que su piel era bronceada, seguramente a consecuencia de pasar mucho tiempo al aire libre. Pero lo que más llamaba su atención eran sus ojos negros e insondables. Y aunque se estaba haciendo la valiente, le daba algo de miedo.

La voz masculina la sobresaltó y apartó la mirada con celeridad.

—Bien —comenzó Dan cogiendo su maleta—, esta noche puedes dormir en la habitación de mi padre, mañana ya veremos cómo organizarnos.

—Gracias —le agradeció sin sentirlo verdaderamente mientras le seguía al interior de la casa.

—¿Has cenado? —le preguntó mientras dejaba el equipaje en la entrada.

—Sí, cené con Karen —le explicó, deseosa de alejarse de aquel desconocido—. ¿Dónde está la habitación? —preguntó atropelladamente.

—Subiendo la escalera, la primera puerta a la derecha, hay sábanas limpias en el armario, si necesitas algo, la mía está al fondo.

—Hasta mañana —fue la escueta respuesta que surgió de sus labios antes de desaparecer por el lugar indicado cargada con su equipaje.

Al entrar, Jess encendió la luz y apoyó su espalda contra la puerta intentando calmarse tras el momento vivido. Cuando recuperó la respiración, observó la habitación y pensó que a su madre no le gustaría, pero eso no le preocupaba, por el contrario, sí la locura que había cometido. No llegaba a explicarse que ella, tan recta y moralista, se hubiera fugado para casarse en Las Vegas con un ranchero desconocido. Nunca la había visto salir con ningún hombre y siempre pensó que había amado tanto a su padre que no había podido entregar su corazón a otro, pero parecía que se equivocaba.

Se encontraba tan desconcertada que no había pensado en el modo de transporte que utilizaría al día siguiente para ir a clase, y eso la hizo suspirar pesadamente al percatarse de que tendría que hablar con aquel vaquero troglodita que, al parecer, era parte de su *nueva* vida.

\*\*\*

Tras verla desaparecer, Dan soltó el aire que había contenido y regresó a la cocina para terminarse la cerveza que había dejado olvidada, intentando con ello despejar su cabeza, que no dejaba de dar vueltas. Poco después subió a su habitación y se dio una ducha rápida para quitarse la mugre que le cubría. Cogió un pantalón de pijama del cajón de la cómoda y se lo puso en un acto mecánico antes de sentarse en su butaca favorita, seguro de que no podría pegar ojo en toda la noche. Recostaba su cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados, cuando unos golpes en la puerta le anunciaron que se avecinaban problemas, así había sido desde que había amanecido.

La mocosa ni siquiera esperó a que le diera paso y entró para plantarse frente a él. Su vestimenta le sorprendió porque no llevaba el típico pijama rosa como hubiera imaginado, por el contrario, los pantalones cortos azules y la gran camiseta de los Rangers de Texas cubrían su enclenque cuerpo. Era increíble, pero parecía gustarle el beisbol, como a su padre.

—Tengo una duda —soltó directa antes de que él pudiera hablar.

—Dispara de una vez —expresó molesto.

—¿A qué hora me vas a llevar a clase?

Una gran sonrisa se formó en los labios de Dan, que deseaba ver su reacción cuando escuchara su respuesta.

—A ninguna, en el garaje hay una bicicleta, puedes usarla.

—¿Estás de broma? —exclamó indignada—. Me tendrás que llevar tú —ordenó cruzando los brazos sobre su pecho.

—Ni lo sueñes, *mocosa* —aseveró—, no tengo suficiente tiempo para mí, no lo voy a malgastar contigo.

Los ojos de Jess echaban chispas por la ira acumulada. «Idiota arrogante», pensó contrariada, pero no se saldría con la suya.

—Me vas a llevar y punto —atacó imponiéndose con su propio carácter—. Estaré lista a las ocho.

—¿Me estás dando órdenes? —preguntó Dan incrédulo.

—No, *sucio vaquero* —escupió con voz recóndita mientras ponía sus manos sobre sus caderas—, te lo estoy exigiendo.

Dan se levantó como un resorte y se acercó a ella felinamente. «Nadie me habla así», pensó molesto, «y menos esta mocosa surgida de la nada». Estudió su rostro y pudo vislumbrar los restos del maquillaje que había utilizado para intentar seducir a Red. Las aletas de su nariz se movían peligrosamente, señal de que había perdido la poca paciencia que le restaba.

Ambos quedaron enfrentados en sus respectivas posturas, como oponentes dispuestos para el combate que se presagiaba.

—Mira... —comenzó Dan con voz apabullante—, como te llames —prosiguió sin inmutarse mientras hacía un gesto con su mano—, antes de darme órdenes, ve a lavarte bien la cara, y luego llama al gilipollas de Red para que te lleve al colegio —concluyó sarcásticamente.

Fueron décimas de segundos lo que tardó la mano de Jess en impactar en el rostro masculino, que ya no mostraba tanta prepotencia. No había podido controlar la furia que se había apoderado de su cuerpo tras sus palabras.

—No vuelvas a hablarme de esa forma —siseó Jess con las mejillas coloradas—. No tienes ningún derecho, no me conoces de nada. ¿Entendido? —preguntó clavando su puntiagudo dedo contra su fornido pecho.

—Y tú —dijo atrapando su muñeca y apartando su mano—, no vuelvas a darme una bofetada o no respondo.

—No puedes meterte en mi vida privada —proclamó intentando zafarse de su amarre.

—¿Me estás diciendo que no es problema mío que te lances a los brazos de un tipejo como Red? No olvides que ahora somos *familia* —le recordó liberando la mano agresora.

—¿Seguro que es solo porque somos familia? —preguntó elevando una de sus cejas perfectas—. ¿No te dará envidia de Red?

—Pequeña —la llamó—, cuando crezcas lo suficiente, podrás pensar en hombres, mientras tanto, abstente. Además, no creo que a tu madre le haga mucha gracia que andes detrás de Red.

—No te he preguntado eso.

—*Mocosa*, ¿qué quieres? Si juegas con fuego te puedes quemar.

—¿No te quemarías tú, *vaquero*? —preguntó jugueteosamente.

Dan chascó la lengua mientras se paseaba por la habitación. Definitivamente, aquella cría estaba loca y no sabía a qué estaba jugando, y lo peor de todo era que ahora tendría que vigilarla de cerca. Finalmente, se giró para enfrentarla. Si quería dormir algo aquella noche, tendría que ceder a su petición.

—Está bien, tú ganas. ¿A qué hora habías dicho?

—A las ocho —contestó desconfiada—. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Nuestros padres han hecho lo que les ha dado la gana, y nada podemos ya hacer, pero al

menos deberíamos intentar llevarnos bien.

Jess le observó con suspicacia, intentando detectar si ocultaba algo, pero, finalmente, decidió confiar en él.

—Tienes razón, al menos podemos intentarlo. Gracias por llevarme mañana.

—No es nada, estaré a la hora —replicó Dan dando por concluida la conversación.

Cuando ella desapareció tras la puerta, Dan volvió a sentarse. Se pinzó el puente de la nariz con los dedos y cerró los ojos. Estaba agotado, pero pensar en que solo le quedaba aguantar un par de meses en el rancho le animó. Antes no había tenido muy claro lo de marcharse, sintiéndose culpable por dejar solo a su padre, pero la situación había cambiado cuando este había cometido la locura de casarse con una desconocida. Su decisión ya era definitiva y no pensaba flaquear porque siempre había soñado con participar en el tour de rodeos de Dallas, y para eso se había preparado en sus escasas horas libres. Todo se lo debía a su vecino, Patrick Anderson, que había vivido aquella experiencia en carnes propias y le había enseñado a tirar el lazo y a derribar novillos. Le había dicho más de cien veces que él tenía madera y que podía llegar a ser alguien en el mundillo. Por el contrario, su padre no tenía el mismo parecer, quería que aprendiera a manejarse solo en el rancho para cuando fuera suyo, así había sido desde hacía cuatro años, cuando había acabado la secundaria. No es que no le gustaran los ranchos, pero prefería tocar el éxito y cuando se retirara, no podía competir eternamente, compraría uno propio donde criaría caballos de pura sangre que luego vendería a buen precio. Un negocio donde no tuviera que estar lleno de mierda todo el santo día.





# CAPÍTULO 3

Jess se desorientó al despertar y comprobar que no estaba en su cama. Oteó a su alrededor y recordó el horrible papel de pared de color verde que cubría todo, y sonrió al pensar que su madre se moriría del susto cuando lo descubriera. Por lo poco que había visto, estaba claro que la casa necesitaba una reforma general que su madre se empeñaría en acometer. Pero ese era el menor de sus problemas porque durante la noche había tenido tiempo de sobra para pensar en lo que iba a significar aquella boda sorpresa en su vida, y la peor era tener que vivir en un rancho junto a aquel troglodita.

Buscó con la mirada el despertador, que reposaba sobre la mesilla de roble a su derecha, y al ver la hora que marcaba, abandonó la cama precipitadamente para vestirse. No se atrevía a retrasarse, no fuera a ser que aquel vaquero la dejara en tierra como había amenazado. «Seguramente ya estará esperando en la cocina con cara de perro», pensó frunciendo el ceño. Aquel hombre era bastante huraño y no podía negar que le daba algo de miedo su mirada dura, pero ella no era de amedrentarse con facilidad.

Le maldijo de nuevo por haber estropeado su encuentro con Red, que por primera vez parecía haber reparado en su persona, y deseó volver a golpearle. «¿Cómo puedo tener tan mala suerte?, ¿por qué de todas las personas que podrían haberme encontrado en el taller en aquel día, el destino había querido que fuera él?», se cuestionó frustrada, pero nadie podía contestar a sus preguntas.

Mientras se colocaba el jersey, recordó cómo se había reído de ella la noche anterior y no pudo evitar apretar los puños con enfado, pero su mirada volvió a fijarse en la hora y cogió los zapatos olvidados junto a la puerta para salir atropelladamente en dirección a la escalera. Cuando llegó al último escalón, se detuvo al encontrarse con el dueño de sus pensamientos.

Cuando Dan escuchó unos pasos a su espalda, se giró para clavar su mirada en ella. Aquel día presentaba un aspecto muy diferente con el uniforme de colegio que él mismo había usado antaño, e incluso parecía una niña buena, pensó con sorna, pero no tenía tiempo para tonterías y prohibió a sus pensamientos divagar. Tenía que llevarla al pueblo y eso le restaría tiempo a su mañana.

—Buenos días —la saludó sin demasiada emoción—, el desayuno está en la mesa. —informó.

—¿Tú no comes?—preguntó ella con extrañeza, ya que tenía el sombrero puesto y, entre sus manos, unos guantes de trabajo.

—Ya lo hice —respondió—, mientras tú acabas, voy a dar de comer a las vacas.

—¿Tenéis vacas? —cuestionó incrédula.

—Estamos en un rancho, no es tan raro, ¿en Austin no hay? —preguntó con agudeza.

—Nunca he tenido una a la vuelta de la esquina —replicó molesta por su tono—, yo solo me

bebo su leche.

—¡Estupendo! No tienes ni idea de la vida de un rancho...

—¿Era mi obligación? —dijo mientras una de sus cejas se elevaba y se colocaba uno de sus zapatos.

Dan levantó sus manos en señal de rendición, no tenía ganas discutir a una hora tan temprana.

—Ya te enseñaré el rancho otro día. Ahora date prisa, que tengo mil cosas que hacer —la apremió antes de salir por la puerta atropelladamente.

A Jess no le fue difícil encontrar la cocina gracias al aroma inconfundible a café que pululaba en el ambiente. Sobre la pequeña mesa, situada bajo la ventana, encontró una caja de cereales y una jarra con leche. No dudó en servirse un bol y comer aceleradamente, pero antes de salir cedió a la tentación de una taza del oscuro brebaje que aún humeaba en la cafetera de cristal. Añadió leche y azúcar y, al dar el primer sorbo, lo saboreó con gusto, era fuerte y estaba muy caliente. Su madre no la dejaba tomar café, pero a ella le encantaba.

Cuando llegaron a la entrada del colegio, y el vehículo se detuvo, Jess bajó de la furgoneta y se despidió con un seco adiós que a Dan no le extrañó, pero antes de llegar a la puerta principal, y tras intercambiar unas breves palabras con una chica rubia, volvió a girarse y salió corriendo en su dirección. Dan frunció sus cejas negras al descubrir una sonrisa radiante en sus labios y, a pesar de lo poco que la conocía, estaba seguro de que tras el rostro angelical que mostraba algo tramaba.

—Dan —le llamó dulcemente—, no te preocupes de venir a buscarme, me llevará al rancho la madre de Shannon.

Dan se sintió en una encrucijada, no conocía a la madre de la tal Shannon y ni siquiera sabía si podía fiarse de Jess. «¿Y si le pasa algo estando a mi cargo?», se preguntó, pero tampoco podía negarse porque sabía de su mal carácter y no quería cabrearla.

—No estoy seguro... —dudó.

—Piénsalo —le dijo mientras se apoyaba en la puerta—, así no te molesto en unas horas y puedes trabajar tranquilo.

—Está bien, pero no me falles —le apuntilló.

—Por descontado —dijo antes de desaparecer de nuevo.

Shannon la esperaba en el pasillo, todavía alterada por descubrir que su amiga había llegado con Daniel Deimon. Al parecer lo encontraba excitante, según le había explicado aceleradamente, aunque Jess no quisiera asumir que el vaquero era salvajemente atractivo.

—¡No me lo puedo creer! Está de muerte con esa barba de varios días...

—Shannon, ¡para ya! —exclamó Jess molesta—. Es el hijo del *nuevo* marido de mi madre y ahora vivo con él.

Shannon abrió los ojos como platos al enterarse de su nueva situación. Estaba a punto de ametrallarla a preguntas, pero Jess la detuvo con un gesto de mano.

—Es una historia muy larga que ya te la contaré, vamos a llegar tarde.

—Está bien —cedió su amiga al ver la resolución en sus ojos—, pero ¿lo de esta tarde sigue en pie? —preguntó mientras abría la puerta del aula.

—Por supuesto —contestó Jess con firmeza.

—¿Estás segura de que te atreverás? —cuestionó Shannon con una sonrisa.

—No lo dudes ni por un segundo, nadie me dirá lo que tengo que hacer, y menos ese sucio vaquero que cree que puede manejarme a su antojo. Lo tiene claro si cree que él puede decidir mi vida.

Shannon sonrió al ver la alteración de su amiga. Ella lo tenía más que claro; si estuviera viviendo con Daniel Deimon no perdería el tiempo con Red, pensó con malicia.

\*\*\*

Dan aprovechó el viaje para preguntar por los recambios del tractor y descubrir que todavía no habían llegado. El padre de Red fue muy amable y le recomendó que volviera en la tarde, que era cuando llegaban los pedidos de la ciudad. Abandonó el taller contrariado, pero dispuesto a conseguir aquellas dichas piezas. Antes de salir de la zona comercial, decidió detenerse frente al supermercado para comprar algunos víveres. Normalmente, su padre y él se apañaban con cualquier cosa, pero con los nuevos huéspedes no podía escatimar en cursilerías culinarias que le costarían una fortuna.

Cuando volvió, estaba de un humor pésimo. Uno de los hombres había tenido una caída y habían tenido que ir a urgencias, una vaca le había machacado los dedos mientras permanecía en el suelo. Tras ser atendido, lo llevó a su casa donde le esperaba su angustiada mujer, pero el doctor les había dicho que no había riesgo de infección ni rotura. Lo peor era que tenía que contar con un hombre menos a pesar de todo lo que había por hacer en el rancho. Había viajado al pueblo más aquel día que en una semana normal, y estaba harto.

El semáforo en rojo le hizo detenerse y se entretuvo oteando a los viandantes mientras esperaba, pero cual no fue su sorpresa al descubrir que de una esquina salía una chica de larga cabellera color chocolate con reflejos cobrizos que era de cierta persona que ahora habitaba en su casa. Sin poder contenerse, golpeó el volante con furia. Aquella mocosa no debía estar allí, sino en su última clase. Otra vez vestía una minúscula falda, o más bien cinturón, de color negro y una camiseta roja con un buen escote. ¿De dónde habría sacado aquella ropa sugerente?

Los pitidos de un coche a su espalda le alertaron que el semáforo ya había cambiado de color y, tras accionar el intermitente, se apartó para poder estacionar y así poder seguir a Jess a cierta distancia. Como había imaginado, se dirigía al taller, seguramente a persistir en su ataque contra Red.

Jess se sentía preparada para una nueva cruzada. Red le gustaba demasiado, y cuando anhelaba algo, luchaba con todas sus fuerzas para conseguirlo. Antes de entrar en el local, suspiró audiblemente, intentando así aplacar los nervios que habían tomado su cuerpo. Cuando logró cierta fortaleza, empujó la pesada puerta de hierro y caminó hasta donde se encontraba su objetivo, que parecía agazapado bajo un coche verde. Esperó paciente a que él se percatara de su presencia, hasta que le vio levantarse, disfrutando de su musculoso cuerpo. Se acercó a ella como una pantera ante su presa, y a Jess se le aceleró el pulso por el modo que tenía de mirarla. Eso era lo que había deseado

desde que le había visto por primera vez, y se estaba cumpliendo.

—Hola, preciosa —la saludó con una sonrisa seductora en los labios—, me alegra verte de nuevo, he pensado en tu invitación —concluyó.

—¿Y qué has decidido? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Quizás, antes de aceptar, debería probar lo que me ofreces —dijo mientras rodeaba su estrecha cintura y la atraía hasta su ancho pecho.

Red disfrutó de la suavidad de su piel cuando atrapó su barbilla entre sus dedos y elevó su rostro para besarla a su antojo. Su dulce olor lo atrapó, y más cuando saboreó el interior de sus labios. Se sentía como un lobo hambriento al encontrarse con una caperucita incauta, y eso lo gustó.

Dan los observaba desde la entrada. Sus ojos desprendían fuego ante la escena que presenciaba: Red manoseaba a Jess mientras la besaba con ardor, y ella parecía deshacerse con sus caricias.

Reaccionó sin pensar, notando cómo la vena de su cuello había engrosado y latía con celeridad. Sus pies comenzaron a andar y sus manos aferraron con fuerza la camisa de Red para apartarlo de la joven.

—No vuelvas a acercarte ella —le advirtió sin apartar su mirada fría del rostro contrariado de Red.

—¡Oh! Vamos, Deimon, métete en tus asuntos —le escupió mientras se deshacía de su agarre.

Dan solo fue consciente del rechazo lanzado cuando notó los nudillos doloridos. Red se levantó del suelo donde había acabado, aún aturdido por la reacción de su contrincante, se palpó el labio descubriendo la sangre que manaba de él y no dudó en encararlo, dispuesto a pelear.

—¡Gilipollas! ¿Y a ti qué coño te importa? ¿Quién te crees que eres, su padre?

—No lo soy, pero esta *mocosa* ahora es responsabilidad mía.

—¿Y por eso me has roto el labio? ¡Eres un cabrón y te voy a romper la cara por esto! —escupió Red señalando su rostro.

Jess se percató de lo que iba a suceder y se interpuso entre ambos.

—No os pongáis así... —intentó apaciguarlos, pero solo consiguió que Dan la cogiera virulentamente del brazo y la arrastrara al exterior sin prestar atención a la mirada furibunda de Red.

Al llegar a la furgoneta, prácticamente la empujó al interior sin demasiados miramientos antes de ocupar su asiento. Arrancó el motor y las ruedas chirriaron al salir del aparcamiento. Ninguno de los dos habló en todo el camino de regreso al rancho, y, al llegar, Dan salió del vehículo con cara de pocos amigos y ni se molestó en mirarla.

Jess lo siguió hasta la cocina, estaba asustada por su reacción y lo que vendría después, pero no pensaba amilanarse con su mal genio. Dan se dedicó a vaciar las bolsas de la compra, que no había organizado por la mañana, abriendo y cerrando las puertas de los muebles con fuerza, pero de pronto se quedó quieto y clavó su mirada en el rostro de la joven, que permanecía estática en el quicio de la puerta.

—¿Qué coño miras? —preguntó con furia—. No pongas esa carita de pena porque confié en ti

—le recorlminó—, y te encontré magreándote con ese gilipollas...

—¡Lo siento! —exclamó sentida—, no volverá a pasar.

—¿Crees que puedo confiarme de ti? —rebatió acercándose hasta ella.

—Te juro que no volverá a suceder —intentó convencerle—, pero no se lo cuentes a mi madre....

Dan cruzó los brazos sobre su pecho antes de contestar.

—Si me juras que no volverás ver a Red.

Sus palabras enfurecieron a Jess, que no controló su genio antes de responder airada a sus palabras.

—Tú no eres quién para decirme con quién puedo hablar y con quién no. ¡Es mi vida privada...!

—¿Vida privada? —preguntó enarcando una de sus cejas—. *Mocosa* del demonio, no sabes quién es Red, y vas a hacer lo que yo te diga.

—¿Y eso desde cuándo? —cuestionó ella con las manos en las caderas.

—Desde que te dejaron a mi cargo —replicó Dan sin ceder.

—Eso no te da ningún derecho, apenas te conozco. Además, a mí me gusta Red.

—¡Por Dios! —exclamó mesándose el cabello—. Red es...

—No quiero escucharte —se negó Jess mientras se tapaba los oídos con las manos en una actitud infantil—, no es asunto tuyo.

Dan perdió la poca paciencia con la que contaba y cogió las manos de la joven para apartarlas de sus oídos. Le había puesto al límite y eso no le gustaba. Ella había fruncido el ceño al notar sus manos sobre sus muñecas. Dan se perdió en la observación de su rostro, que aún mostraba los restos del maquillaje, por no hablar del escote que no llegaba a llenar y la faldita que nada tapaba.

—¿Qué quieres de Red? ¿Qué te besuquee?

Aquello era demasiado, pensó Jess.

—¿Te molesta tanto que quiera que me besen?, pues que sepas que Red es la persona ideal...

—¿Ideal? ¿Para qué?

Los ojos verdes de Jess se abrieron sorprendidos.

—Para enseñarme a besar de verdad —expresó serialmente.

Dan se tensó al escuchar sus palabras y ante sus ojos se materializó la imagen de Red devorando a Jess como un lobo hambriento. Él no podía enseñarle nada; ¿quería besos para aprender?, pues comenzaría con la primera lección en aquel momento.

Sin pensar en lo que hacía, atrapó su pequeño rostro entre sus manos y observó durante unos segundos sus labios rojos, que le recordaron a las fresas silvestres que campaban a sus anchas en la parte trasera de la casa. Hipnotizado por lo que presagiaba dulce como la fruta, descendió para atrapar los labios femeninos entre los propios. Nada más saborearlos no pudo controlar la necesidad de penetrar en la húmeda cavidad que ella parecía negarle, y con su lengua la instó a abrirla. Ella pareció dudar, pero finalmente lo logró y sus lenguas se encontraron en un baile salvaje que los dejó sin aliento y, a pesar de ello, no parecieron dispuestos a separarse.

—¡Dan!, sal fuera, hay un nuevo problema y no puedo arreglarlo solo —gritó Roger desde el

exterior mientras aporreaba la puerta, interrumpiendo así lo que los jóvenes compartían.

Dan sostenía a Jess entre sus brazos y la soltó como si quemara. Sus miradas se encontraron y sus rostros acalorados, junto a su respiración entrecortada y sus cuerpos vibrantes, delataban el deseo que habían compartido.

—¡Dan! —Volvió a reclamarle su hombre sin ser consciente de lo que sucedía en el interior de la casa.

Dan apartó su mirada del rostro de Jess para dirigirla hacia la puerta antes de contestar.

—Roger, ahora salgo.

—Está bien —replicó el hombre contrariado—, te espero en el granero.

Cuando estuvo seguro de que Roger se había marchado, volvió a centrar su atención en Jess, que le observaba con aquellos maravillosos ojos verdes perdidos en la bruma de la pasión. Aún no llegaba a comprender cómo se había dejado guiar por los instintos que aquella mocosa había despertado en él ni cómo había llegado al punto de besarla, todo lo sucedido era una locura y sería difícil asimilarlo, pero antes tenía que lograr que ella olvidara el asunto.

—Veo que no necesitas más *consejos* —escupió con voz dura y mirada fría—. Apártate de Red.

—Pero... —apenas logró balbucear Jess antes de que la interrumpiera.

—Olvida lo que acaba de pasar —dijo barriendo el aire con su mano ante sus ojos—, solo quería darte una lección. ¿Has entendido? —le preguntó con una interrogante en su mirada.

Jess no tuvo dudas de que esperaba una respuesta inmediata y susurró un sí apenas audible que el pareció captar porque se giró sobre sí mismo y desapareció por la puerta trasera de la cocina con paso brusco. Se quedó plantada en el suelo de linóleo azul, sin ser capaz de reaccionar, mientras palpaba sus labios hinchados por la barba de él. Aún paladeaba su sabor y aquello hizo que un escalofrío recorriera su piel. Red la había besado, pero Dan la había desarmado dejándola con el corazón acelerado y con piernas temblorosas.





# CAPÍTULO 4

Dan salió de la casa con virulencia, y Roger, al ver su gesto, procuró no empeorar su estado de humor. Tras solventar el supuesto *problema* con los nuevos hombres, decidió ir a arreglar los cercados de los pastos del norte, donde solían pastar los caballos que cuidaba con el mayor mimo. Se sentía inquieto y con necesidad de actividad y aunque era un trabajo que no le llevaría mucho tiempo, lo alargó al máximo porque no quería volver a la casa y encontrarse con Jess tras lo sucedido.

Comenzaba a ocultarse el sol cuando regresó, cansado y hambriento. Esperaba que ella se hubiera acostado ya, pero cual no fue su sorpresa al cruzar el umbral y percatarse de que todo parecía ordenado y limpio como no había estado en años. Los muebles relucían tras desaparecer la capa de polvo e, incluso, parecía que entraba mayor luz en el salón gracias a los visillos blancos que desprendían olor a limpio. Se internó en el pasillo y un delicioso olor llegó directamente a sus fosas nasales, produciendo que su estómago protestara. La boca se le hizo agua al entrar en la cocina, pero su cuerpo se quedó paralizado al encontrarse con la culpable de sus desvelos en las últimas horas.

Jess le daba la espalda y desde su perspectiva podía apreciar su menudo cuerpo enfundado en unos pantalones cortos vaqueros, que parecían haber vivido mejores tiempos, y camiseta verde de tirantes. Iba descalza y removía algo en una gran sartén que ni recordaba tener en casa.

Se quedó petrificado cuando Jess se giró y le observó con cierta cautela antes de dedicarle una radiante sonrisa antes de hablar.

—Dan —le llamó—, tienes una pinta espantosa.

—Me encanta que me digan que doy asco —replicó hosco.

Jess dejó la cuchara de palo que estaba utilizando y se apoyó contra la encimera.

—Dan, por favor, hagamos una tregua.

El aludido no tenía ganas de seguir discutiendo y asintió con un gesto de cabeza.

—Bien, pues pongo la mesa mientras te das una ducha.

—¿Ahora sabes cocinar? —cuestionó, aunque su estómago protestó sonoramente en aquel momento, dejándole en evidencia.

Jess sonrió pícaramente antes de llevarse la cuchara de palo a los labios para probar el sabor de la carbonara.

—Sé cocinar y muchas cosas más. Vivo con una madre viuda y trabajadora y eso te hace aprender rápido.

—Está bien, no tardaré —dijo a punto de desaparecer, pero la voz de ella le retuvo.

—Entonces, ¿firmamos esa tregua? —preguntó Jess insegura.

Dan se apoyó en la jamba de la puerta y achicó los ojos antes de contestar a su pregunta.

—Nuestros padres se han casado y tendremos que aguantarnos nos guste o no. He pensado en ello toda la tarde y estoy dispuesto a empezar de nuevo.

Jess se acercó y le tendió su mano para cerrar lo acordado, pero ninguno de los dos contaba con

el cosquilleo que ambos sintieron y que prefirieron ignorar.

Mientras se duchaba, Dan no dejó de pensar en la mocosa que se encontraba ahora a sus anchas en su cocina. En las pocas horas que la conocía le había sorprendido en varias ocasiones y no podía evitar sentir curiosidad por conocer a su madre. Si era igual de sorprendente que la hija, podía llegar a entender que su padre hubiera perdido unos cuantos tornillos de la cabeza.

Cuando regresó a la cocina, se encontró con la mesa perfectamente dispuesta. Jess ya esperaba en su asiento y cuando le vio, le hizo un gesto para que se sentara frente a ella.

—Espero que te guste la pasta —comentó mientras desdoblaba la servilleta y la colocaba sobre sus rodillas.

—Prefiero la carne —contestó él mientras hacía lo propio—, pero huele que alimenta.

Dan sintió que su boca salivaba al probar el primer bocado. Antes no había sido muy amante de la comida italiana, pero con aquella receta había recuperado la fe.

—¿Te gusta? —le preguntó Jess expectante.

Dan no pudo evitar sonreír tras ingerir el primer bocado.

—Está buenísimo, pero no estoy seguro de que los cocinaras tú.

El ceño de la joven se frunció, molesta por su pulla.

—Por supuesto que lo hice, ya te conté que en casa yo era la que cocinaba.

—Cuéntame de tu vida en la ciudad —le pidió mientras su tenedor se afanaba sobre la loza azul.

—Nada destacable. Mi madre se quedó viuda antes de mi nacimiento y siempre ha trabajado mucho para sacarme adelante.

—¿Y en que trabajaba? —preguntó Dan con curiosidad.

—En una empresa de decoración, comenzó desde abajo hasta llegar a ser una gran comercial —proclamó con orgullo.

—Seguramente trabajaba mucho.

—Si, por eso sé apañarme sola —replicó con suficiencia.

—Pero eso no quiere decir que tengas la cordura necesaria —le recriminó sin ser consciente.

—No volvamos al mismo tema —siguió Jess incomoda—. Ahora cuéntame tú sobre tu padre y el rancho.

—Hay poco que contar. El rancho perteneció a mi abuelo y luego a mi padre.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo era muy pequeño.

—¿Y te crió tu padre solo?

—Sí —contestó Dan con desgana.

—Entonces parece que tenemos cosas en común después de todo.

—Podría ser, menos el gusto por los hombres.

La risa cantarina de Jess inundó la cocina tras el comentario de Dan, que sonrió levemente al verlo bello que se mostraba su rostro cuando lo hacía.

\*\*\*

Los días transcurrieron con rapidez y a Dan no le costó acostumbrarse a su nueva rutina. Cada mañana llevaba a Jess al instituto y cuando llegaba en la tarde, saboreaba sus deliciosos guisos que

le sabían a gloria. Era una gran diferencia porque él y su padre siempre se alimentaban de comida precocinada. Tras la cena, solían salir al porche para hablar de cualquier tema hasta tarde, y Jess resultó ser una ametralladora de preguntas respecto al rancho. Él intentaba responder a todas con una paciencia que desconocía poseer.

El sábado decidió tomarse la tarde libre para poder enseñarle un poco del rancho a Jess, pero al llegar se encontró con que un espantoso olor inundaba la casa. La llamó a voz en grito, pero al no recibir respuesta, subió hasta la planta superior. De la habitación de su padre surgía la música de la emisora local y, al entrar, descubrió que Jess había quitado el papel de las paredes y empezaba a dar color a las mismas. Se acercó sigilosamente hasta el bote y descubrió un color naranja que le impresionó.

—¿Jess, qué demonios ha pasado aquí? —exclamó sobresaltando a la joven, que dejó caer la brocha—. ¿Un ciclón? —concluyó bajando el volumen de la radio.

—¡Que susto me has dado! —articuló esta con una mano en su pecho—. Estoy preparando el nidito de amor para los tortolitos. Si tu padre quiere que mi madre se quede en esta casa, ese horrible papel debía desaparecer...

—Me lo podías haber consultado antes —la cortó molesto.

Jess se mordió el labio inferior al darse cuenta de su error.

—Lo siento —se disculpó—. Solo quería darles una sorpresa para cuando lleguen, estarán aquí en un par de días —le informó.

Dan se rindió a su mirada ilusionada.

—Está bien, te ayudaré —se ofreció.

Jess comenzó a saltar con alegría.

—Gracias, gracias, gracias...

—Para un sábado que tengo libre —refunfuñó mientras se quitaba la camisa de cuadros para quedar con la interior.

Jess se perdió unos segundos en su contemplación, pero al saber que estaba mal, tomó la segunda opción que tenía en mente y le salpicó con la brocha cargada de pintura, logrando con ello un bello estampado sobre la base blanca de su camiseta. Dan no se movió del sitio, observándola furibundo al notar la espalda pegajosa. Jess no se inmutó por su mirada fiera y volvió a salpicarle riendo con desparpajo, pero lo que no esperaba era que él se abalanzara contra ella como si se tratara de un jugador de rugby realizando un placaje. Cuando ambos acabaron en el suelo, comenzó a atormentarla con cosquillas y ambos acabaron riendo.

Pasaron la tarde entre risas y charlas preparando la habitación de sus padres. Cuando recogieron los apeos utilizados para la restauración, Dan miró su reloj y comprobó que se había hecho tarde.

—¿Tienes hambre? —le preguntó observando unas pequeñas manchas que adornaban su rostro.

Jess le sonrió antes de contestar.

—Mucha, pero creo que nos tendremos que conformar con unos sándwich, no tengo nada

preparado.

—De eso nada —negó Dan—, ya has trabajado demasiado por hoy.

—¿Entonces? —cuestionó Jess con una de sus perfectas cejas elevadas.

—¿Te apetece ir a cenar a Hopper?

—¡Me encantaría! —exclamó con la ilusión reflejada en sus dulces ojos verdes.

—Pues tienes menos de veinte minutos para ducharte y estar lista —dijo mientras salía de la habitación con la misma intención, pero antes de marchar volvió a hablar.

—No te retrases —le advirtió.

—No necesito demasiados arreglos, soy bella de nacimiento.

Dan no respondió, aunque una sonrisa se formó en sus labios ante su contestación.

Cuando llegaron al pueblo, aparcaron con cierta facilidad a pesar de ser sábado, y, ya en el interior del local, se sentaron en una mesa junto a la entrada. Pidieron una pizza mediana *peperoni* con unos refrescos de cola, y mientras degustaban una de las raciones, Dan recordó la inminente llegada de sus padres y le preguntó por ello.

—Entonces, ¿cuándo llegan los tortolitos?

—Esta mañana llamó mi madre y dijo que llegarán el domingo por la tarde.

Dan percibió cierta tristeza en su voz.

—¿No estás contenta?, así no me tendrás que aguantar más.

—Sí, pero...

—Ya no tendré que ser más tu niñera —comentó Dan con humor.

—Te alegras, ¿verdad? —contestó Jess contrariada.

—No, pero me gustaría más que te vigilara tu madre. Eres una chica muy escurridiza y difícil de controlar.

—¡Oh! —exclamó Jess cruzando los brazos sobre su pecho—. Creí que empezaba a caerte bien después de todo —finalizó decepcionada.

Dan se sintió mal al ver la tristeza en su rostro, pero no podía obviar lo que Jess despertaba en su cuerpo con solo mirarla. Aquella noche estaba preciosa con aquel vestido corto de color azul claro que resaltaba su delgadez. Se maldijo por sus pensamientos e intentó barrerlos antes de hablar.

—Cielo, no te enfades. Ahora que te conozco, me caes mejor —ella pareció darse por conforme con sus palabras y se sirvió una nueva ración de pizza.

Al salir del local, la casualidad quiso que se cruzaran con Red y Larissa. Dan pretendió pasar de largo, pero Red, al ver a Jess, los retuvo para *saludarlos*.

—¡Vaya! Si es Dan, que sorpresa verte en Hopper. ¿Estás de niñera? —preguntó mientras ceñía la cintura de Larissa con posesividad.

—Muy gracioso —murmuró Dan molesto.

Red ignoró sus palabras y se dirigió a la joven situada su lado, disfrutando del malestar que mostraba su contrincente.

—Jess, ¿verdad? Casi no te reconozco sin maquillar —soltó con intención.

Jess se puso roja como la grana ante su comentario, muerta de vergüenza. Le había costado reunir fuerzas para ir al taller aquel día, e incluso había faltado a clase. La instigadora del plan había sido Shannon, que la acusó de cobarde, pero ella había sido tan estúpida de seguir sus tejemanejes. Ahora conocía realmente a Red y no le gustaba lo que veía.

Sabía que tenía que hacer algo antes de que Dan perdiera los papeles como había sucedido la última vez. Le observó de soslayo y descubrió que una vena latía en su cuello, denotando con ello su furia. Sabía que era lo que buscaba Red, que era un bocazas, y parecía querer provocar una bronca. Tenía que hacer algo y pronto si no quería que las cosas fueran a mayores.

Se adelantó, poniéndose entre ambos, y habló con una sonrisa falsa en los labios.

—Sí, recuerdo que nos conocimos el otro día en el taller cuando esperaba a mi hermano, que fue a por unos recambios para el tractor.

—Yo no lo recuerdo así... —contraatacó Red.

—Red, perdónanos —dijo Jess estudiando su reloj de pulsera—, pero tenemos mucha prisa. Gracias por ser tan amable de saludar —concluyó y tiró del brazo de Dan dejando a la pareja plantada en la acera.

Dan fue reticente a su amarre, pero cedió y la siguió hasta el coche. Le hubiera gustado estrellar su puño en la atractiva cara de Red, pero Jess había dado un rumbo repentino a la situación y le había sacado de allí antes de que explotara. Se lo agradecía porque quizás hubieran acabado en la oficina del Sheriff. Era una chica lista.

Cuando regresaban a casa Dan, no pudo resistir preguntarle lo que le quemaba en la lengua.

—Jess, ¿puedo hacerte una pregunta?

La aludida le observó extrañada por su voz dudosa, pero contestó.

—Dispara.

—¿Por qué te gusta Red? —Dan pudo comprobar cómo el rostro de Jess se tornaba rosado ante su pregunta directa, pero luego sus rasgos delataron su enfado—. Sé poco de ti, no te lo tomes a mal —intentó Dan aplacarla.

—Me da vergüenza contártelo —expresó Jess bajando la mirada.

—Ahora somos como hermanos —las palabras se atragantaron en su garganta tras pronunciarlas.

—No lo somos —recalcó Jess molesta—, antes lo dije para que Red te dejara en paz y no volvieras a romperle los morros.

—¿Te hubiera molestado que lo hiciera? —preguntó él con recelo.

—No es eso, solo quería evitar que te metieras en un lio por mi culpa.

—¿Te sigue gustando Red?

—No te incumbe.

—Jess, no quiero darte un sermón, pero no te acerques a él, es peligroso. Eres demasiado joven y no quiero que estropee lo especial que hay en ti. Estoy seguro de que no es lo que esperas.

—¿Qué crees que busco?

—Supongo que lo que todas las chicas. Un tío guapo, citas, bailes, besos...

—Te equivocas —le rebatió—. Quiero encontrar a una persona que esté a mi lado siempre y me quiera de verdad. Que no pueda vivir sin mí, que cada noche sueñe conmigo... que desee pasar cada segundo de su vida junto a mí.

—Claro, eres una romántica empedernida —expuso Dan con humor.

—Sí —afirmó Jess con seriedad—, algo así.

Los dos se quedaron callados el resto del viaje, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Cuando llegaron al rancho, se sorprendieron de encontrar las luces encendidas, y más cuando entraron y se encontraron con sus padres que parecían irradiar felicidad por todos los poros de su piel. Tras los saludos y presentaciones pertinentes, acabaron todos sentados en el viejo sillón del salón viendo las fotos de la boda en Las Vegas. Jess y Dan rieron a mandíbula batiente al descubrir al pastor vestido como Elvis, tupe, patillas y gafas complementaban al blanco y adornado mono.

Cuando Dan se encontró en la tranquilidad de su dormitorio, tuvo tiempo de reflexionar sobre lo sucedido en los últimos días. Se sentía algo raro con la nueva situación porque no estaba acostumbrado a las reuniones familiares, nunca las había vivido, pero lo importante era que su padre parecía feliz y más joven. Pensó, con sorpresa, que era increíble lo que podía hacer con un hombre el amor, aunque a él no le interesaban las mujeres porque las pocas experiencias que había tenido con el sexo opuesto no habían sido buenas. Meditó en lo que soñaban ellas, en lo que soñaba Jess, y supo que él nunca podría darle eso a ninguna.



# CAPÍTULO 5

Jess terminó el curso con excelentes notas y pudo al fin disfrutar de unas merecidas vacaciones después de un año de arduo trabajo. Su amiga Shannon últimamente estaba loca por ir al rancho, y no porque le interesara la vida de campo, sino porque se dedicaba a perseguir a Dan allí donde fuera. Él intentaba espantarla con su carácter agrio, ya que hacía caso omiso a su intento de apartarla por las buenas, pero de nada sirvió porque Shannon seguía sin captarlo.

Aquel sábado, Dan había decidido tomarse la mañana libre tras limpiar las cuadras. Se dirigía a su dormitorio, con la intención de darse una buena ducha, cuando escuchó un coche acercarse por el camino de tierra. Fisgó a través de los visillos para averiguar de quién se trataba, y cual no fue su sorpresa al descubrir el coche de la madre de Shannon. Dan maldijo para sus adentros antes de mirar a su alrededor buscando una escapatoria.

Jess entró en ese momento en el salón y parecía dirigirse a la puerta de entrada. No fue consciente de la presencia de alguien en la habitación hasta que una mano le tapó la boca y un brazo la cogió por su cintura para ser arrastrada hasta el armario de la entrada. Jess se asustó en la oscuridad reinante, pero se relajó al escuchar susurrar a Dan en su oído.

—No grites cuando te suelte.

Ella asintió con la cabeza en respuesta a sus palabras, y Dan encendió el interruptor que lo cubrió todo con una luz tenue y amarillenta.

—Es Shannon y no quiero que se quede en casa, cosa que hará si sabe que estás aquí. Por favor —rogó dibujando en su rostro una expresión lastimera.

—Es mi amiga... —comenzó Jess con una sonrisa traviesa en sus labios.

—¡No lo aguanto más! —exclamó frustrado—. Apiádate de mí —insistió.

Su conversación se silenció al escuchar unos pasos en la entrada. Era Suzanne que se dirigía a la puerta tras escuchar el sonido del timbre. Al abrir, se encontró con Shannon.

—Buenos días, señora Deimon, ¿está Jess?

—No la he visto desde el desayuno, habrá salido con Dan a alguna parte.

—Bueno —replicó Shannon decepcionada—, qué se le va a hacer, la llamaré más tarde, gracias, señora Deimon.

—Un placer, preciosa, saluda a tu madre de mi parte.

Los pasos de Suzanne se alejaron en dirección a las escaleras. Estaba inmersa en plena guerra de decoración, como lo solía llamar Jess, y apenas prestaba atención a lo que tenía a su alrededor.

Cuando todo volvió a quedar en silencio, Jess se decidió a hablar. Le apetecía fastidiar un poco a Dan, que parecía respirar tras librarse de la posible tormenta que habría caído sobre él.

—¿Tienes miedo a Shannon? —comentó con humor—. Esa información puede ser muy valiosa para mí cuando se te ocurra coger algo de mi propiedad.

—¿Otra vez con esas? Por Dios, Jess, ¡solo era un libro de amor!



El día anterior Dan había usado uno de sus favoritos para calzar una mesa del porche que cojeaba. Ni siquiera se había disculpado cuando se lo recriminó.

—Era mío —apuntilló—. Aprende a respetar lo de los demás y colaboraré contigo, ¿de acuerdo, *vaquero*?

—¡Está bien! —se rindió a su petición—, lo siento. Pero sobre Shannon, avísame cuando vaya a venir, así al menos podré largarme antes de que me vuelva loco.

—Le encantará saber eso —replicó con humor.

—Ni se te ocurra, mocosa.

—No me presiones, *vaquero*.

—Deja de llamarme así.

—Va-que-ro —vocalizó provocándolo con una sonrisa.

Dan se abalanzó sobre ella y comenzó a hacerle cosquillas. Jess lloraba de risa cuando se rindió.

—Tú ganas, pero a cambio quiero algo.

—Lo que quieras —replicó Dan colocando sus manos en posición de rezo, cosa que creó una nueva carcajada en la joven.

Jess se quedó pensativa, con la mano sujetando su barbilla, antes de responder. Era el momento justo para pedirle un favor, y sabía que no se negaría con tal de que le librara una temporada de Shannon.

—Quiero que me lleves a Austin.

—¿Para qué quieres ir?, ¿que se te ha perdido allí? —preguntó malhumorado—. Cobras bien los favores.

—Dan —puso esa cara con la que conseguía cualquier cosa de él—, dentro de dos semanas es el cumpleaños de mi madre y me gustaría comprar algo especial.

—En el pueblo hay tiendas —replicó dispuesto a negarse.

—¿No escuchas?, he dicho algo especial.

—Seguro que encuentras algo —continuó, abriendo la puerta para salir del armario.

—Quizás vaya al pueblo para coger un autobús a Austin —insistió siguiéndole de cerca.

—Está bien —se rindió finalmente—, tú ganas, pero me libras por un tiempo de tu amiguita.

—Trato hecho, *vaquero*.

—No me llames así, ¿vale? Y ahora en marcha, antes de que nos vea tu madre.

—Como el relámpago —respondió sonriendo feliz— vaquer... ¡era broma! —exclamó al ver que su ceño se fruncía.

El viaje a Austin se hizo más largo de lo habitual, había bastante tráfico al ser fin de semana, pero no se aburrieron porque Jess no paró de hablar en todo el camino. Le preguntó a Dan sobre los caballos, su cuidado y alimentación. Le encantaban, y sobre todo los Mustang, y desde que él le había enseñado a montar, la obsesionaban. Todos los días salía a cabalgar, y aunque le había pedido cien veces que le dejara su caballo, Dan se había negado porque era demasiado nervioso para que ella pudiera dominarlo.

En la ciudad, Jess le indicó la dirección de la tienda de antigüedades favorita de su madre, y una vez elegido el regalo, una delicada figura de porcelana del siglo pasado, Dan se ofreció para

comprar el regalo a medias. Tras ver la hora, decidieron comer en una hamburguesería y, al salir, llamaron a Suzanne para avisar de que llegarían tarde porque iban al cine a ver una película. Les costó decidirse al ver la amplia cartelera, pero finalmente optaron por una de terror. Salieron de la sala riéndose como locos de lo mala que había sido mientras la gente a su alrededor les miraban como a bichos raros.

Oscurecía cuando Dan paró frente a una gasolinera, y al salir de la tienda, metió una bolsa de papel en el maletero antes de proseguir su camino. Quedaban veinte kilómetros para llegar cuando se desvió por un camino de tierra donde aparcó bajo unos altos pinos que ocultaban parcialmente la luz de la luna. Jess se extrañó por la parada imprevista, pero no dudó en seguirle hasta un tronco caído donde se sentaron.

Dan sacó dos refrescos de cola y le tendió uno.

—¿Quieres? Pensé que te apetecería antes de llegar a casa.

—Claro —aceptó disfrutando del frescor de la bebida gaseosa.

—Quería hablar contigo, tengo algo que contarte —comenzó Dan con gravedad.

—Suéltalo —le instó.

—Me voy a vivir a Dallas —soltó sin tapujos—, mi sueño desde que era un mocoso ha sido participar en los rodeos. Antes de que nuestros padres se casaran, ya lo tenía planeado. Estoy inscrito desde hace un año —se excusó—, cuesta mucho entrar en esa lista.

Jess se quedó en silencio sin saber qué decir, se había acostumbrado tanto a la presencia de Dan en su vida que no sabía si podría hacerse a la idea de su marcha. Para qué engañarse, le necesitaba. En aquel momento deseó que volviera a besarla como aquella vez. Él se iría y conocería a muchas mujeres que le perseguirían por su atractivo, y solo de pensarlo sintió que los celos anidaban en su corazón. Ella quería crecer, ser una mujer para que él se fijara en ella.

—Está muy buena —comentó elevando la botella. No estaba preparada para afrontar la conversación que él había iniciado.

—Y el café que tu madre no te deja tomar y te bebes con jarra —comentó Dan con humor.

—¿Te has dado cuenta? —cuestionó, sorprendida de que él se hubiera dado cuenta de tan pequeño detalle.

—No soy tonto, pequeña, será nuestro secreto —respondió con complicidad.

—¡Oh!, Dan, te echaré de menos —confesó Jess antes de aferrarse a su cuerpo, dejándole perplejo ante su gesto.

—Jess, no me gustan las despedidas, por favor —le rogó.

—No puedo evitarlo —replicó elevando su rostro para encontrarse con su mirada.

Dan sintió su cálido aliento sobre su mejilla y, con esfuerzo, tragó saliva. Estaban totalmente a oscuras porque una nube pasó en aquel momento tapando la luna, y entonces Jess le besó.

Notó los labios de ella sobre los propios y comprobó que eran tan suaves y dulces como recordaba. Su cuerpo decía una cosa, su corazón otra y la cabeza dejó de pensar. Ahora era él quien la besaba mientras la aferraba fuertemente contra su pecho antes de sentarla sobre sus rodillas. Se sació de su sabor como hacía tiempo deseaba y acarició su frágil espalda mientras sus lenguas se batían en un duelo. Cuando ella gimió de placer, supo que estaba perdido, pero el ruido de un coche y los faros que les iluminaron, le devolvió a la realidad. La separó con sobresalto y clavó su mirada en su rostro. Lo que estaba haciendo era una locura y la culpa era solo suya porque podía habérselo contado en otro sitio, a plena luz del día. La observó atentamente y vio sus labios rojos por sus besos, los ojos verdes eran casi negros por la pasión. Era espectacular verla así y también peligroso para ambos. Tenía que poner fin a esa situación o nunca podría pararla, llegaría un momento que no

podría resistirse a sus encantos y los dos podían caer al vacío.

—Te dije un vez que esto no podía volver a pasar. Eres la hija de la mujer de mi padre. ¿Lo entiendes?

—Sí —replicó Jess con tristeza.

—Te aconsejo que te alejes de mí, soy peligroso.

—No, no lo eres —le rebatió con vehemencia.

—Te aseguro que esta situación lo es.

—Pero...

—Sube al coche de una maldita vez, nos vamos ahora.

Durante todo el viaje no se dirigieron la palabra. Dan estaba enfadado, perdido en sus pensamientos, mientras Jess no hacía más que recordar las caricias que habían compartido. Él había respondido a su beso, se repitió una y otra vez, sentía algo por ella aunque no quisiera reconocerlo.

Al llegar, salió como una autómatas del coche y corrió hasta llegar a su dormitorio buscando un refugio para dar rienda suelta a las lágrimas que pugnaban por salir.

\*\*\*

Pasaron semanas en las que Dan evitó a Jess en la medida de lo posible. Faltaban pocos días para su partida y la casa se había vuelto un infierno porque Suzanne había decidido reformarla. La rutina se había convertido en un entrar y salir de obreros, fontaneros, pintores, y Dan creía que se iba a volver loco con tanto bullicio. Lo único que le consolaba era saber que su padre era feliz. Nunca le había visto así en sus veintidós años de vida y eso le hacía más fácil su partida. Sabía que estaría bien cuidado por Suzanne, a la que había llegado a apreciar. Le gustaba su carácter dulce, aunque no carente de temperamento que lograba la armonía entre los miembros de la familia recién formada.

Aquel día, los martillazos empezaron muy temprano. Dan se levantó desquiciado y decidió tomarse ese sábado libre para no estar allí. Cuando iba dirección a la cocina, le interceptó Suzanne, que le pidió el favor de que se llevara a Jess de casa toda la mañana, era el cumpleaños de *la niña*, como solía llamarla Suzanne, y al parecer quería prepararle una fiesta sorpresa.

Dan dijo adiós a su día de relax, y aquella vez no podría evitar a Jess. Al entrar en la cocina, se encontró con la dueña de sus pensamientos. Estaba sentada a la mesa con el pelo revuelto, y sus ojos, verdes como el musgo fresco, estaban somnolientos. Vestía un camisón blanco de tirantes de lino y parecía un auténtico ángel. Su imagen le recordó al sueño que había tenido esa misma noche. Se había despertado sobresaltado y sudoroso. Ella le descubrió en ese momento y le dedicó una de sus fantásticas sonrisas que hacía que se sintiera raro.

—Buenos días —le saludó—, veo que tienes mala cara, ¿has dormido mal?

—No —mintió sentándose a su lado—, pero ¿tú no estás cansada de tanto jaleo, polvo y ruido?

—Estoy acostumbrada, sabía la que iba a armar mi madre —replicó con humor.

—¿Qué estabas pensando hacer hoy? —preguntó mientras se servía unos cereales en un bol.

—Me gustaría ir de compras al centro comercial, pero mi madre no quiere llevarme.

—¿Necesitas más ropa? —preguntó incrédulo—. Cuando hicimos la mudanza subí miles de cajas a tu habitación, casi me da lumbago.

—¡No es verdad! —protestó tirándole una miga de pan—. No solo era ropa, también tenían

libros, música...

—Muñecas con sus vestiditos... —hizo ese comentario para enfadarla, había aprendido a conocerla en los meses que vivían bajo el mismo techo y disfrutaba de la cara que ponía cuando se enfadaba.

—¿Crees que soy una cría que juega con *Barbies*? —cuestionó acercándose a su silla mientras le hacía ojitos—. Quizás deje de serlo muy pronto —profetizó mientras le sonreía seductoramente.

Aquellos ojos que tanto le atormentaban, y que no podía dejar de admirar, centelleaban con un brillo especial. Sabía que solo le estaba tomando el pelo y no podía enfadarse por ello, pero empezaba a ponerse nervioso. Notaba que una parte de su anatomía estaba reaccionando sin su permiso y se levantó nervioso en busca del azucarero que había en la encimera de roble.

—Vamos, contesta, *vaquero*.

—Nunca dejarás de ser una cría hasta que dejes de hacer niñerías —replicó con hosquedad.

—Bueno —cedió ella finalmente—, pero ¿me llevarás al centro comercial? —preguntó con esperanza.

Dan tenía la excusa perfecta para sacarla del rancho, como había prometido a Suzanne. Se juró que intentaría mantener su mente sucia entretenida en otra cosa que no fuera Jess y agradeció su próxima partida a Dallas. Tenía la esperanza de que se le pasara la tonta obsesión que tenía con ella.

—Está bien, te llevaré —aceptó—, pero rapidito, que no me gustan las compras, o elijo yo los trapos...

—Imposible, hoy es mi cumpleaños, tienes que obedecerme en todo.

—Pequeña, ¿cuántos cumpleaños?

—Diecisiete, ya estoy más cerca de ti.

Dan no pudo evitar sonreír ante su comentario.

—Cuando volvamos, te invito a Hopper —le ofreció.

—¿De verdad? —cuestionó Jess con desconfianza. Desde el día que se habían besado, huía de ella, y ahora la invitada a comer, algo no cuadraba.

—Claro, recuerda que pronto me iré.

Sus ojos verdes se nublaron al recordar que él se marcharía.

Pasaron la mañana en el centro comercial entre risas y bromas. Jess se probó casi toda la ropa de la tienda, o eso le pareció a Dan, que pensó que ir de compras con ella era peor que trabajar el día entero en el rancho. Cuando llegaron a Hopper, se encontraron con Shannon, que se sentó a la mesa sin ser invitada. Dan puso una cara que hizo que Jess sonriera, disfrutando de la encerrona en la que se había visto envuelto.

Al llegar a casa, se encontraron con que el granero estaba iluminado con luces de colores y de su interior salía música, voces y risas. Su madre le había preparado una fiesta sorpresa, como cada año desde que tenía uso de razón, y cuando entró, la recibió con un abrazo de oso.

Suzanne pensó que su hija ya no era una niña para montarle aquellas fiestas, pero le encantaba organizarlas. Había luchado mucho porque no le faltara nada, para que no percibiera la ausencia de un padre, y tras una ardua lucha, pensaba que había logrado su objetivo. En los últimos meses sus vidas habían dado un giro drástico al que parecía que Jess se había adaptado y al fin se sentía feliz. Pensaba que la vida la había recompensado por los malos momentos del pasado al poner en su camino a John, un amor de adolescencia. En aquel momento, divisó a Dan y Jess bailando, parecían

bromear porque su hija se reía, y se sintió más tranquila al ver que se llevaban tan bien. En un principio Dan le pareció un chico arisco y algo raro, pero tras unas semanas, se había dado cuenta de que era todo corazón y se preocupaba siempre por Jessica.

\*\*\*

Dan se despertó pronto al día siguiente y metió lo imprescindible en una bolsa de viaje de lona color marrón. Había escrito una carta de despedida a la familia y la colocó en la puerta de la nevera con un imán en forma de jirafa. Era temprano y todavía nadie se había levantado, como había previsto, no le gustaban las despedidas.

Cuando llegó a la puerta de entrada y puso su mano sobre el pomo, unos dedos se aferraron a su brazo. Creyó que se le paraba el corazón, y al girarse se enfrentó a unos ojos verdes que le miraban con enojo.

—¿No pensabas despedirme? —le acusó cruzando los brazos sobre su pecho.

—Jess, te dije que no me gustan las despedidas, no deberías estar aquí.

—Te he pillado —replicó mientras se abrazaba a él.

Dan permaneció tenso, pero finalmente la estrechó entre sus brazos.

—Te escribiré, te lo prometo —dijo Jess con vehemencia.

Dan la separó de su cuerpo y se quedó observando sus hermosos ojos, húmedos por las lágrimas. Con un dedo atrapó una de ellas, que caía por su suave mejilla, y enmarcó su rostro con ambas manos antes de besar su frente. Le hubiera gustado rozar sus dulces labios, pero sabía que eso sería un error.

—Vigila a los tortolitos para que se porten bien, ya sabes que a veces son como críos. — Intentó dibujar una sonrisa que no sentía en su rostro—. Nena, te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti —arguyó abrazándose de nuevo a él—, no me olvides —le rogó.

—Ni aunque me lo propusiera lo lograría —replicó mientras abría la puerta tras separarla de su cuerpo—. Vete a la cama corriendo, que aún estará caliente y puedes dormir un poco más, es pronto.

—No podré, pensaré en ti.

—Largo, mocosa.

La despidió antes de cerrar la puerta a su espalda para no verla, para no ser débil.



# CAPÍTULO 6

*Un año después*

La vida en el rodeo era todo lo que Dan había soñado. En su primer torneo había sacado la mayor puntuación en la prueba del lazo, la doma de caballos era una de sus favoritas y que mejor dominaba junto con la monta del toro. Al ritmo que iba, podía quedar con una buena puntuación al final del certamen, y eso le llenaba de orgullo.

Esa noche de viernes, y tras una semana agotadora, había decidido ir junto a su amigo Nick a un exclusivo local de Dallas donde sabía que se movía la gente importante del gremio y donde esperaba hacer contactos. Tomaba una cerveza fría en la barra central mientras observaba a su compañero de piso, que bailaba con una rubia explosiva. Conocía a Nick hacía un tiempo y le parecía un hombre legal, lo único malo era que le gustaban demasiado las faldas. Cuando se lo recriminaba, este respondía con cierto humor que era un rasgo característico de los vaqueros.

Le conoció unos meses antes, al poco de llegar a la ciudad, cuando encontró trabajo en una tienda especializada en piensos, donde cobraba una miseria, pero donde disponía del tiempo necesario para practicar para su próxima participación en el rodeo. En aquellos tiempos buscaba un piso de alquiler, los que había encontrado resultaban ser demasiado caros para su precaria economía, pero tampoco podía permitirse seguir pagando la habitación del modesto hostel donde subsistía desde su llegada. Y cuando Nick le ofreció compartir piso, no lo dudó. Desde entonces estaban juntos.

—Hola, guapo, ¿me invitas a tomar algo? —le preguntó una voz sugerente.

El aludido, al girarse, se encontró con una rubia que le observaba con descaro con unos espectaculares ojos azul índigo. Una sonrisa traviesa se dibujaba en sus labios, y a Dan se le cortó el aliento cuando se acercó un poco más a él.

—Depende —respondió achicando los ojos.

—¿De qué? —cuestionó la joven cruzando sus brazos sobre su generoso pecho.

—De la edad que tengas.

—Eso no es muy caballeroso por tu parte, ¿no crees? —replicó elevando una de sus cejas perfectas—. En fin, tengo veinte años. ¿Ahora puedes invitarme a una cerveza o quieres que te enseñe el carnet?

Dan sonrió ante su respuesta. Le gustaban las mujeres con carácter y esta no parecía carecer de él. Con un gesto de mano llamó al camarero y le pidió un par de jarras espumosas.

—De momento, tómate la cerveza y baila conmigo, el resto ya lo veremos —respondió, dejando libre para ella la silla alta que ocupaba.

Ella pareció complacida con su respuesta y ocupó el lugar que le indicaba antes de hablar.

—¿Cómo te llamas?

—Dan Deimon.

—Yo, Brittany —se presentó tendiéndole una delicada mano de manicura cuidada.

—Brittany, ¿está dispuesta a pasarlo bien?

—Por supuesto, chico guapo.

A la mañana siguiente entró en el apartamento y se quitó las botas, intentando no hacer ruido para no despertar a su compañero de piso, al que imaginaba durmiendo a pierna suelta. Sonrió al recordar la noche que había pasado junto a la rubia, que resultó ser una mujer sensual y alocada.

Al llegar al salón, se encontró con Nick, que estaba tirado en el sillón con la mirada fija en el televisor. Su amigo clavó su mirada en él y estudió su aspecto antes de hablar.

—Tómate lo que hay en una taza en la nevera, lo que es de color marrón —le aconsejó señalando la entrada a la cocina.

—¿Para qué es? —preguntó siguiendo sus instrucciones. Aquel mejunje olía a rayos y no estaba dispuesto a beberlo.

—Te dejaré nuevo, adiós a la resaca.

—Gracias, amigo —le agradeció, aunque cuando dio el primer trago, sintió ganas de vomitar.

—¿Tuviste buena noche? —le preguntó Nick incorporándose del lugar que ocupaba.

—Sí, la verdad es que sí —confesó Dan con una sonrisa en los labios.

—¿Acabaste con la rubia con la que te vi?

—Sí, es una tía genial.

Nick le observó con cierto misterio que a Dan no le pasó inadvertido.

—¿Ocurre algo? —indagó antes de dejar la taza en el fregadero.

—¿Sabes quién es?

—Se llama Brittany —respondió escuetamente. No sabía más de ella, pero tampoco le importaba.

—No, amigo mío, no parece saberlo.

—Tú sí —replicó molesto—, ¿quién coño es?

—Brittany Lee, la sobrina de Raymond Lee. A ese sí que le conoces, ¿verdad?

—Sí —replicó mortificado—, es el miembro más importante del jurado del campeonato, lo estuve leyendo el otro día en un revista especializada. ¡Joder! Ya la he cagado.

—Brittany es como una hija para él —prosiguió Nick—. Tenía cinco años cuando se fue a vivir con el señor Lee y su mujer. Su madre, la hermana del señor Lee, murió en un accidente de avión junto a su marido, y él se hizo cargo de su sobrina.

—Definitivamente, la he jodido —exclamó Dan sentándose junto a su amigo y tapándose el rostro con ambas manos.

—Hombre, no pienses así, Brittany es el ojito derecho de su tío. Si le has entrado a ella, con él no tendrás problemas.

—Me ha invitado a una barbacoa este fin de semana. No pensaba ir.

—Pues deberías, es una gran oportunidad.

—Lo sé.



—¡Perfecto! —exclamó levantándose del sofá—. Ahora tengo que irme, que he quedado con la rubia de ayer —dijo con una sonrisa pícar—. Por cierto, tienes una carta en el mueble de la entrada, es de una tal Jess.

A Nick no le pasó inadvertido el rostro iluminado de Dan al oír el nombre. Su expresión era diferente a las que ya conocía de su amigo. Prácticamente, este corrió hasta la entrada como un chiquillo en Navidad ante la llegada de Papá Noel cargado de regalos.

—¿Quién es Jessica? —indagó intrigado.

Dan no le prestaba atención porque leía la carta ávidamente. Al escuchar su pregunta, simplemente le tendió la foto que estaba incluida en el sobre. Nick se encontró a una chica de larga melena castaña que refulgía con los rayos del sol. Su fisonomía era delicada, pero se adivinaba que tenía carácter a través de aquellos ojos vivos de color verde que completaban sus rasgos. Unos labios apetecibles dedicaban una brillante sonrisa a la cámara. Montaba en un flamante caballo Mustang que parecía empequeñecerla con su envergadura.

—Bonito caballo —comentó devolviéndole la instantánea—. Parece un poco grande para esa preciosidad, ¿quién es?

—El caballo es mío y ella es... —Se tomó unos segundos para contestar—. Mi padre se casó en Las Vegas hace poco con un antiguo amor. Jess es la hija de Suzanne, podría decirse que es mi medio hermana.

—¿Está libre? —preguntó Nick interesado.

—Ni lo pienses —estalló Dan malhumorado—, es demasiado joven.

—¡Hombre, no te enfades! —exclamó Nick palmeando el hombro de su amigo—, era broma. Parece tu hermana de sangre viendo como la proteges, pero te digo que los moscones estarán revoloteando a su alrededor y no podrás espantarlos a todos, y mucho menos desde aquí.

—Es una chica lista —replicó con orgullo mientras colocaba la foto en su cartera.

—Bien, vete a descansar —le aconsejó Nick mientras cogía las llaves de su coche de la mesa—, yo me marcho —concluyó antes de desaparecer por la puerta de entrada.

En la intimidad de su habitación, Dan volvió a sacar la carta. Releía cada una de ellas cuando sentía nostalgia, y necesitaba recibirlas aunque no quisiera admitirlo. En ellas, Jess le relataba todos los acontecimientos que pasaban en su entorno; tanto el nacimiento de un ternero como el último novio de Shannon, pero nunca le hablaba de ella misma ni mencionaba a Red, cosa que le tranquilizaba. En esa en concreto le mencionaba que las cosas se estaban poniendo difíciles en el rancho. Su padre se lo había ocultado y eso le preocupó al no poder hacer nada por ayudar. Sentía que le venía grande eso de tener una familia, y echar tanto de menos a aquella mocosa oprimía su corazón.

Sacó la foto de su cartera y la estudió. Jess se mostraba triunfal desde su alta posición sobre Tor. «¿Quién le habrá dado permiso para coger mi caballo?», se preguntó, pero su sonrisa radiante le

ganaba, consiguiendo que la perdonara por eso o por cualquier otra falta cometida. Le gustaban sus labios perfectos bajo aquellos ojos que le embrujaban, y a pesar de las mujeres que había conocido a lo largo de su vida, la única sonrisa que se colaba en su mente cuando competía era la de Jess. Soñaba cada noche con ella, con el sabor de su boca, y se atormentaba por algo que no podía controlar. A su pesar, guardó la foto en su cartera, como tantas otras que llevaba de ella.

\*\*\*

Tras salir vencedor en el último torneo, Dan se sentía pletórico, había ganado una suma considerable de dinero que había enviado a su padre para tapar algunos agujeros que acuciaban al rancho. El trofeo, en forma de caballo, lo reservó para Jess porque deseaba que tuviera una muestra de su buen hacer. Todo lo que había planeado para su nueva vida estaba saliendo mejor que bien, y el colofón era la barbacoa a la que asistiría al día siguiente en el legendario rancho Lee.

No podía negar que se sentía nerviosísimo ante la perspectiva de conocer a un pez gordo en el mundo del rodeo, él era un don nadie, y Brittany podía rozar el cielo con los dedos desde su posición. Aún no entendía cómo el señor Lee la permitía salir con él, pero no iba a cuestionarse a sí mismo cuando esa situación podía ayudar a su carrera profesional. Debía tener mucho tacto, como le había aconsejado Nick, o le podía salir el tiro por la culata.

Un coche de alta gama fue a recogerlo temprano para llevarle a las afueras de Dallas, donde se situaba el rancho. Borearon la finca y Dan se quedó boquiabierto por su extensión, que nada tenía que ver con la minucia de tierras que poseía su padre. A la entrada de la espléndida mansión le esperaba Brittany junto al mismísimo señor Lee y la que debía ser su esposa. Bajó del vehículo con cierto nerviosismo dominando su cuerpo, pero se relajó cuando el hombre le recibió con una sonrisa y estrechó su mano amigablemente.

—Tú debes ser Daniel Deimon, el amigo de Brittany, te presento a Diana, mi mujer.

La aludida le tendió la mano como si se tratara de una reina, y Dan no dudó en besarla, aunque su mirada despectiva no le pasó inadvertida.

—Me ha comentado mi sobrina que has ganado la última vuelta del campeonato, debes de ser muy bueno —alabó el señor Lee mientras palpaba su espalda.

—Sí, señor, así es —respondió Dan cohibido.

—Impresionante, ¿cuánto tiempo llevas compitiendo?

—Un año, señor.

—Hablaremos de ello más tarde, ahora tengo que recibir a algunos invitados que faltan por llegar. Brittany, cariño, ¿por qué no le enseñas a Daniel las cuadras y los caballos pura sangre?

—Por supuesto —respondió la joven antes de plantar un sonoro beso en la mejilla de su tío y coger la mano de Dan para casi arrastrarle al lugar indicado.

Brittany llevaba un largo vestido blanco de lino, y su pelo rubio brillaba como el trigo bañado por el sol. Sus impresionantes ojos azules le miraban con ilusión, y aquella imagen hizo que una parte de su anatomía vibrara.

La siguió por el sendero que conducía a los establos y quedó impresionado por su tamaño. En el interior caminaron hasta uno de los apartados donde un caballo de color negro les observó con inteligencia.

—Este caballo es la última adquisición de mi tío —le explicó la joven—, se llama Hércules.

—Es espectacular —exclamó impresionado por su belleza.

—Si tú lo dices —respondió Brittany con aburrimiento.

—¿No te gusta? —cuestionó Dan abarcando con un gesto de mano el recinto.

—Me he criado aquí, pero no me gusta el campo ni los caballos.

—¿Y qué te interesa?

—Los vaqueros guapos como tú.

Dan iba a replicar, pero le fue imposible porque Brittany le empujó contra una de las paredes de madera y se encaramó a su cuerpo para besarle. Notó cómo las pulsaciones de su corazón aumentaban, y la decepción cuando ella se apartó para coger su mano y seguir con el recorrido.

Brittany era una mujer que sabía lo que quería, y le quería a él.

Durante la comida le dedicó varias miradas lascivas, y Dan sudó copiosamente al pensar que el señor Lee podría percatarse de la situación. Era una mujer peligrosa, como le había advertido Nick, y tendría que tener cuidado, pero no podía renunciar a los importantes contactos para su carrera que podía conseguir en aquella reunión.

\*\*\*

Había sido un largo día de trabajo y Dan solo deseaba darse una ducha y cenar algo rápido antes de disfrutar de su cama a sus anchas. Salía del cuarto de baño cuando sonó el timbre. Se colocó una toalla atropelladamente y corrió hasta la puerta. Cual no fue su sorpresa al encontrar a Brittany, que estaba preciosa con aquel vestido negro que se ajustaba como una segunda piel a su cuerpo perfecto.

—Brittany, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Cariño, recuerda que yo mandé el coche el otro día para que te recogiera —respondió jugueteando con una punta de la exigua toalla que rodeaba su cintura.

—¿Qué quieres? —cuestionó con nerviosismo—, no te esperaba.

—No te pongas nervioso, solo he venido a verte —respondió entrando en el pequeño apartamento y cerrando la puerta a su espalda.

—Brittany, tenemos que hablar de lo nuestro —comenzó, llevaba varios días sin verla y en ese tiempo se había planteado muchas cosas—. No estoy preparado para una relación sería...

—Dan —le cortó—, déjate de rollos, a mí tampoco me interesa que mi tío se entere de que nos acostamos. Piensa que somos amigos y que ahora voy más al rodeo.

—Pero... —boqueó incrédulo.

—No te equivoques, yo solo he venido a por esto —dijo tirando de la única prenda que le cubría para dejarlo expuesto a su ojos.

Brittany acertó distancias y le besó con intensidad mientras sus manos tocaban su cuerpo de una forma que amenazaba con volverle loco. Cuando atrapó su sexo y lo acarició con pericia, Dan dejó de pensar y aferró su cintura para pegarla por completo a su piel. La deseaba, no lo podía negar, y sus turgentes pechos le hicieron salivar. La alzó en sus brazos y la depositó sobre el viejo sofá marrón sin ninguna delicadeza antes de luchar con la cremallera del vestido. Estaba a punto de

saborear uno de sus pezones cuando una música mecánica tronó por toda la habitación.

Brittany se separó de Dan, que gimió con frustración, y rebuscó en su bolso de *Armani* hasta dar con su móvil.

—¿Si? —respondió con voz temblorosa por la pasión—. Abuelo, se me había olvidado por completo, ahora mismo voy para allá —respondió antes de colgar.

Observó con pena el cuerpo de Dan, que parecía listo para un combate, y suspiró frustrada mientras se acomodaba la poca ropa que quedaba en su cuerpo.

—Cielo, me tengo que ir, pero prometo acabar con lo que empezamos —le dio su palabra mientras se colocaba las sandalias.

Dan la vio salir y maldijo su mala suerte. Le había puesto como una moto y le dejaba tirado como a una colilla. Frustrado, volvió al baño y abrió el grifo del agua fría. Esperaba con ello al menos aliviar en parte la calentura de su cuerpo.



# CAPÍTULO 7

Suzanne preparaba la maleta con ilusión. Después de la reforma de la casa, y junto al trabajo que suponía llevar un negocio, estaba agotada, pero aquel viaje inesperado encerraba grandes promesas por parte de su flamante esposo. Aún se sentía extraña cuando la llamaban *señora Deimon*, pero no podía negar que la encantaba. Llevaba meses como en una nube y daba gracias al destino por haber encontrado al hombre que siempre había habitado en su corazón. Los malos momentos vividos quedaban atrás, y ver tan feliz a su pequeña incrementaba esa sensación de felicidad que a veces la asustaba por temor a que se acabara.

Estaba cerrando la cremallera del equipaje cuando la cabeza de Jess apareció por el hueco de la puerta entreabierta.

—¿Ya lo tienes todo listo? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, cielo, mañana pondremos rumbo a Dallas.

El rostro de la joven se apagó ligeramente antes de adentrarse en la habitación.

—Me hubiera gustado ver a Dan.

Suzanne se acercó a su hija y posó su brazo sobre sus hombros antes de besar su coronilla.

—Lo sé, pero le ha prometido a John que vendrá en Navidad.

«Para eso faltan meses», pensó Jess defraudada, pero dibujó una sonrisa en sus labios porque no quería disgustar a su madre con su frustración, y menos ahora que la veía tan feliz.

—Espero que lo paséis genial —le deseó.

—Y yo, que te portes bien —le advirtió mientras salían de la habitación para dirigirse a la cocina.

—¡Mamá! Siempre lo hago.

—Lo siento, mi amor —se disculpó Suzanne—, es que para mí siempre serás *mi pequeña* —confesó.

—Pues ya no lo soy —replicó Jess con vehemencia.

—Empiezo a darme cuenta, pero dame margen —comentó con una sonrisa en los labios, ella también había tenido su misma edad—. ¿Ya has hablado con Shannon?

La expresión de Jess le dijo que no. Era una chica responsable, estudiosa y cariñosa, pero a veces parecía estar en otro mundo paralelo.

—Se me olvidó, ahora mismo la hago.

—Me parece bien, pero no te tires una hora al teléfono —la advirtió mientras la dejaba en el salón antes de dirigirse a la cocina para vigilar el asado.

Al entrar, el olor hizo que su estómago rugiera, y cuando abrió la puerta del horno y pinchó la carne, comprobó que aún le faltaban unos minutos para estar en su punto. Se acercó a la nevera, cogió la brillante lechuga, que había recolectado aquella misma mañana en el huerto, y se dirigió a la pila para lavar sus hojas y preparar la ensalada. Estaba aliñando la misma cuando la puerta de entrada se abrió para dar paso a Karen. Suzanne se sorprendió por su presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó dejando lo que estaba haciendo para acercarse a su amiga y besar su mejilla—. Creí que estabas en Austin.

—Y así era, pero pensé que me invitarías a comer. —Aspiró el olor que pululaba por el

ambiente y suspiró audiblemente—. Apídate de mi estómago, eso huele que alimenta.

—Por supuesto, ya sabes que siempre hay comida de sobra —comentó mientras le indicaba que se sentara, frente a la mesa de la cocina, y servía un par de copas de vino—. Pero antes —dijo tendiéndole una de ellas—, me vas a explicar el motivo de tu visita. Habíamos quedado para la semana que viene.

El rostro de Karen se transformó en gravedad, y tras dar el primer sorbo a la bebida, rebuscó en el maletín que siempre la acompañaba. De su interior extrajo una revista de papel cuché y la abrió por la página central antes de ponerla ante los ojos de su amiga.

Suzanne la observó dudosa, hasta que sus pupilas se fijaron en el rostro que mostraba la foto. Su piel perdió parcialmente el color al reconocer al padre de Jess, que se mostraba sonriente junto a una joven rubia. Cerró la publicación con fuerza y se la tendió con rapidez.

—Karen, guarda eso ahora mismo —le rogó—, no quiero que Jess la vea.

Su amiga hizo lo que la pedía y la devolvió al fondo del maletín de cuero.

—Suzanne, ya sé que hemos hablado de este asunto mil veces, pero sigo pensando que deberías contarle la verdad.

—¿Para qué? —cuestionó frustrada—. Prefiero que piense que su padre está muerto a que sepa la verdad.

—Jess tiene derecho a saberlo —le recalcó Karen a pesar de que sabía que su amiga se enfadaría.

—Eso no cambiará nada. Su padre me dejó cuando supo que un ser crecía en mi vientre, y no creo que a mi hija le haga bien saber que me dio un dinero para que *me deshiciera del problema*. Él nunca querrá hacerse responsable de ella. Además, estoy segura de que ni siquiera se acuerda de mí. Entonces era una chica inocente que había llegado a la ciudad y a la que logró impresionar con sus coches caros, sus reservados en las mejores salas de fiesta de Austin y con fruslerías. ¿Qué sentido tiene después de tantos años?

Su conversación fue interrumpida por la llegada intempestiva de Jess a la habitación. Al ver a Karen, se acercó corriendo y besó sonoramente su mejilla.

—Tía Karen, no sabía que ibas a venir —exclamó aferrándose a su cuello.

—Quería daros una sorpresa —replicó la aludida acariciando su mejilla.

—¿Te quedarás a comer? —preguntó con esperanza.

—¿Acaso crees que me puedo resistir a ese olor? —cuestionó moviendo la mano ante sus narices para hacerlo llegar a sus fosas nasales—. Estaría loca —finalizó con humor.

\*\*\*

Dan pensaba pasar una fantástica tarde de domingo tranquilo, sentado en el sofá y tomándose una cerveza, mientras veía un partido de beisbol por la televisión. Brittany le había llamado para decirle que no podría ir a verle porque tenía una comida familiar, y él, lejos de molestarse, agradeció esas horas libres para sí.

Estaba disfrutando de la victoria de su equipo cuando el sonido metálico de su móvil le sobresaltó. Estiró su brazo hasta llegar a la mesa a su derecha, donde la pantalla se iluminaba, y cual no fue su sorpresa al descubrir que se trataba de su padre. Descolgó y le escuchó relatar los últimos acontecimientos del rancho. Le sorprendió con la noticia de que pensaban viajar hasta Dallas para comprar unas cabezas de ganado en la feria que se realizaba anualmente, y Dan se sintió pletórico ante la perspectiva de reencontrarse con su familia.

—¿Vendrá Jess con vosotros? —preguntó esperanzado.

—No, hijo, se quedará en casa a cargo de todo.

—¿Sola? —cuestionó preocupado.

—Estará Roger, y Shannon se quedará con ella. Es una chica responsable y está hecha toda una mujercita. Si vieras cómo se maneja en el rancho y con los animales, te quedarías atontado —proclamó John con orgullo.

—Papá, no me gusta, ¿y si le pasa algo?

—No te preocupes tanto, hijo, puede llamar a Red, el chico del taller. Es un buen muchacho y a veces me ayuda con el ganado.

Dan apretó el teléfono hasta que los dedos se le pusieron blancos.

—Jess no me dijo nada —replicó con voz cavernosa.

—Dan, ¿pasa algo? —preguntó John confuso al notar el cambio en su voz.

—Nada —le quitó importancia—, que estoy desahogando veros.

—Y yo a ti, hijo mío.

—Es una lástima que Jess no pueda venir. —Tenían muchas cosas de las que hablar.

—Ella quería, pero a Suzanne y a mí nos apetece estar solos unos días —se justificó.

—Lo entiendo —respondió escuetamente—. En Navidad la veré.

—Hijo, te quiero, estoy orgulloso de ti.

La confesión de su padre provocó que un nudo se formara en su garganta.

—Y yo, papá.

—Nos vemos dentro de unos días —prometió antes de dar por finalizada la llamada.

Dan estaba inquieto por la llegada de su padre y Suzanne. Sentía un ansia desconocida por verles a pesar de que siempre había deseado huir de su hogar. Lo que más le inquietaba era la aparición de Red en escena, estaba molesto porque no quería que se acercara a Jess ni a medio metro, y pensaba tener una conversación con el mecánico en cuanto lo tuviera delante. Con nostalgia, sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y buscó la foto de Jess. Aunque había luchado contra lo que sentía por ella, y a pesar de estar feliz con Brittany, cien veces al día, su imagen le atormentaba.

Para distraerse durante la espera, se dedicó a comprobar que el piso estuviera en perfecto orden. El timbre rompió el silencio reinante y Dan se dirigió a la puerta con celeridad, esperando encontrarse con sus invitados, pero cuando la abrió se encontró con Brittany, tan espectacular como siempre.



La joven pareció percatarse de su desilusión.

—Dan, ¿esperabas a otra? —preguntó alzando una ceja.

Entró y dejó su bolso sobre la mesa de la entrada, y su mirada se topó con la instantánea que reposaba sobre la superficie.

—¿Quién es ella? —preguntó estudiando la imagen de la joven sonriente.

—Es Jess —respondió escuetamente, molesto por su inesperada aparición.

—Tiene unos rasgos muy parecidos a los de mi tío —reflexionó Brittany sin prestar atención a su rudeza—, es algo extraño, es como si él me estuviera mirando.

—Cuando conocí al señor Lee, tuve la misma sensación.

—Eso no explica quién es ella.

—Cielo, ¿estás celosa? —preguntó con una sonrisa en los labios mientras enlazaba su cintura con una mano y con la otra atrapaba la fotografía para guardarla en su bolsillo—, es mi hermanastra.

—¿Hermanastra? —exclamó sorprendida—, nunca me has hablado de ella. ¿Cuál es la historia?

—Mi padre se casó con Suzanne y pasamos a ser hermanos, no hay mucho más que contar.

—Aún me siento celosa —confesó haciendo pucheros como una niña.

—Te voy a quitar esa sensación con besos —prometió mientras descendía por su cuello, lamiendo su piel.

—Ahora no, vaquero —respondió Brittany apartándose—, he venido a invitarte a comer, quiero presentarte a mi abuelo.

—Me encantaría —replicó Dan frustrado—, pero estoy esperando a mi padre.

—¿También viene tu hermanita? —preguntó Brittany con sorna, molesta por su negativa.

—No, viene con Suzanne. Quieren visitar la feria de ganado, pero no quiero aburrirte con los detalles —finalizó al ver su ceño fruncido.

—Está bien —claudicó la joven—, tengo que marcharme, el abuelo me espera en el coche.

Dan supo al instante que estaba enfadada. En el tiempo que llevaban saliendo había aprendido a conocerla y sabía que no le gustaba que le negaran nada.

—Cielo, te compensaré —le prometió cogiendo su rostro entre sus manos antes de besar sus labios.

—Más te vale —replicó apartándose de su cercanía para recoger su bolso—. Le diré a mi abuelo que no has podido venir, tenía muchas ganas de conocerte.

—Y yo a él, parece un hombre interesante; creo que me gustará.

—Y tú a él.

La primera sonrisa era buena señal.

—Pórtate bien —le advirtió antes de abrir la puerta y salir del pequeño apartamento balanceando sus caderas.

Dan se quedó hipnotizado por sus movimientos felinos, hasta que desapareció de su vista tras las puertas del ascensor. Llevaban unos meses saliendo y se sentía enganchado a ella y a su cuerpo

curvilíneo. Le iba a visitar casi todos los días para dar rienda suelta a sus instintos, era una mujer insaciable, y él estaba encantado con esa faceta sexual de Brittany.

Desde que salían, le llamaban los mejores patrocinadores. Su relación con la sobrina del señor Lee le estaba abriendo muchas puertas, pero no podía evitar que aquella situación le incomodara. A pesar de que se entendían físicamente, no tenían nada más en común. Brittany odiaba todo lo que para él era importante. Su sueño de convertirse en una estrella del rodeo a ella no le interesaba, y en múltiples ocasiones se había planteado dejar la relación, pero tampoco sabía cómo hacerlo o si verdaderamente quería hacerlo.



# CAPÍTULO 8

Dan volvió a revisar las manecillas de su reloj con nerviosismo. Habían pasado cuatro horas y aún no tenía noticias de Suzanne y su padre. Les había llamado varias veces, pero una voz mecánica le decía que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Empezaba a preocuparse y no sabía qué hacer.

Cuando sonó su móvil, lo cogió con celeridad, esperando escuchar a su padre, pero no fue así. Cuando aquella voz desconocida pronunció su nombre, el bello de sus brazos se erizó.

—Sí, soy Daniel Deimon —respondió confuso.

Se trataba de un agente policial que le llamaba para informarle de que una pareja con la identidad de John y Suzanne Deimon habían tenido un grave accidente de tráfico en el centro de la ciudad. Un conductor ebrio les había arrollado con un camión de mudanzas y ambos habían muerto en el acto. La sangre se le heló en las venas y el teléfono cayó de sus manos antes de desplomarse sobre el sofá y taparse el rostro con ambas manos. Lo que estaba pasando no podía ser real, se dijo una y otra vez, todo tenía que ser un error. Suzanne y su padre llegarían de un momento a otro, estaba seguro, no podían estar muertos. Inconscientemente, comenzó a balancearse sobre sí mismo y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Había entrado en estado de shock.

—¡Dan! ¡Dan! ¿Me escuchas?

Nick zarandeaba a su amigo, que no parecía reaccionar.

—¡Dan! —gritó hasta que el aludido le miró con ojos turbios—. ¿Qué pasa?

—No pueden estar muertos —repitió mecánicamente.

—¿Quiénes? —Su comportamiento le empezaba a preocupar.

—Mi padre y su esposa.

—Pero...

—La policía llamó —dijo cogiendo el teléfono olvidado en la alfombra—, tengo que ir a la morgue para reconocer los cadáveres.

Nick maldijo sonoramente antes de mesarse el cabello con nerviosismo. Observó a su amigo y finalmente lo estrechó entre sus brazos.

—No te preocupes, yo te acompañaré —le prometió mientras le instaba a levantarse y caminar hacia la puerta del apartamento.

Dan se alejó de la sala del forense con piernas temblorosas, apoyado en su amigo Nick. Sabía que los rostros blanquecinos que había reconocido nunca podría olvidarlos, y que el dolor lacerante de su pecho tardaría en sanar. Se sentía mareado y sin rumbo, pero era consciente de que debía reponerse porque lo que sucedería a partir de aquel momento no sería fácil. Solo de pensar que tendría que contarle la noticia a Jess, le quitaba el poco aliento que quedaba en sus pulmones, pero ahora ella era su responsabilidad.

Después de dos largos días, en los que había tenido que arreglar papeles para el traslado de los cuerpos, al fin Dan era libre para ir al rancho. Ni siquiera había intentado llamar a Jess, posponiendo lo que tenía que confesarle porque no sabía cómo hacerlo ni si se veía con las fuerzas necesarias. Al llegar a casa, descubrió que había dejado su móvil olvidado sobre el sofá. Indagó en la memoria y se encontró con un centenar de llamadas pendientes. Muchas de ellas eran de Brittany, y maldijo en alto porque aún no le había contado lo sucedido. Con resignación dio al botón de rellamada. Antes de poder articular palabra, tuvo que soportar una retahíla de recriminaciones, pero cuando la cortó y le explicó lo sucedido, ella insistió en ir a verle, pero Dan logró convencerla de lo contrario porque debía volver al rancho para solucionar algunos asuntos y dar las indicaciones pertinentes para el entierro. Ella se enfadó, pero logró controlar su genio al ver en el estado que se encontraba Dan y dejó de insistir.

Decidió que el resto de llamadas tendrían que esperar, y con paso lento se dirigió a su dormitorio para preparar un pequeño equipaje. Salió de la habitación, con la intención de escribir una breve nota para su compañero de piso, pero sus pasos se detuvieron al ver a Nick con una bolsa parecida a la suya colgando de su mano.

—¿Qué significa esto? —preguntó confuso.

—Creo que está muy claro, no pienso dejarte conducir en tu estado.

—Pero...

Nick le impidió seguir hablando con un gesto de mano.

—No hay nada que discutir, no tengo nada que me retenga en Dallas, y tú me necesitas.

—¿Y tu trabajo?

—Eso es lo de menos, primero están los amigos —le dijo palpando su hombro.

—Gracias —replicó Dan con voz cargada de emoción.

—Pues en marcha —replicó su amigo.

\*\*\*

Era viernes y Jess se había levantado temprano porque tenía muchas cosas por hacer. Se vistió con unos vaqueros gastados y una camiseta vieja y se dirigió a la cocina para desayunar. Su teléfono reposaba sobre la encimera, cargando su batería, y lo cogió para averiguar si tenía alguna llamada perdida. Se encontraba intranquila por su madre y John, la última vez que había hablado con ellos había sido a su llegada a Dallas, y de eso hacía días. Había intentado contactar con ellos, pero el teléfono siempre le anunciaba que estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intentó también con Dan, pero tenía el mismo problema. Durante la semana había estado ocupada y apenas le había dado importancia al asunto, pero ya empezaba a preocuparse.

Tras degustar un buen jarro de café caliente, acompañado con unas magdalenas, salió al exterior. En el rancho había mucho trabajo pendiente, y Roger era demasiado mayor para ayudar. Sabía que cuando se encontrara con él, le diría lo de siempre, que ese trabajo no era para mujeres,

discutirían un rato y al final se saldría con la suya. Estaba limpiando las cuadras cuando escuchó que un coche se aproximaba por el camino de tierra. Dejó la horquilla apoyada contra una de las paredes de madera y salió corriendo, imaginando que se trataba del coche de John, pero la sonrisa se apagó en sus labios al descubrir un cuatro por cuatro de color rojo. «¿De quién será esa preciosidad?», se preguntó mientras hacía de visera con su mano para protegerse de los rayos del sol.

Su duda fue resuelta al ver bajar del todoterreno a Dan. Su corazón comenzó a latir aceleradamente y se acercó unos pasos con timidez. Ya no era el hombre que recordaba, parecía más seguro de sí mismo. Su cuerpo, antes delgado, ahora era todo músculo compacto, y su pelo, negro como el carbón, seguía teniendo el mismo brillo. Aquellos ojos que tanto aparecían en sus sueños se clavaron en su rostro y, sin poder contenerse, corrió hasta él y se tiró en sus brazos. Poco le importó mancharle con el estiércol que ensuciaba sus ropas, necesitaba sentirlo totalmente pegado a ella.

—Dan, ¡has venido! —exclamó con ilusión mientras se separaba lo suficiente para poder ver su rostro—. Seguro que John te ha convencido, me he puesto muy pesada —explicó avergonzada.

Al ver que él no hablaba, y que su rostro se mostraba serio, sospechó que algo sucedía.

—¿Dónde están los tortolitos? —indagó con inseguridad.

—Jess, no van a venir —respondió con voz contraída.

—¿Se van a quedar unos días más en Dallas?

—No.

—Dan, ¿qué está pasando? —Sabía que algo no andaba bien.

—Jess, yo...

No sabía cómo darle la noticia, ¿cómo podía decirle que la madre a la que tanto adoraba no iba a volver? Tragó el nudo que oprimía su garganta y habló atropelladamente.

—Ellos no van a volver. Cuando llegaron a Dallas, tuvieron un grave accidente de tráfico.

—¿Qué? —boqueó apartándose de él, percibiendo que su cuerpo se volvía de mantequilla.

—No sufrieron —intentó consolarla.

La vio tambalearse e intentó acercarse, pero ella lo apartó como si su contacto quemara. Parecía fuera de sí mientras se mesaba el cabello de forma compulsiva, revolviéndolo en una maraña marrón. Finalmente, Dan logró atrapar su cintura y la apretó contra su cuerpo a pesar de que ella se resistía.

—Lo siento, cielo —le susurró al oído.

—¡No puede ser! —gritó desgarrada de dolor antes de desmayarse.

Dan agradeció tenerla asida entre sus brazos y, sin demasiado esfuerzo, ya que pesaba menos que una pluma, la tomó en sus brazos antes de dirigirse a la casa.

Nick, que había observado toda la escena desde su posición, sintió la misma necesidad de tragar el nudo que se aferraba a su garganta. Se colocó el sombrero calado, para ocultar sus ojos, y se encargó de descargar el escaso equipaje que esperaba en el maletero. Tras dejar las bolsas sobre el sofá del salón, volvió a salir. Estudió el entorno y descubrió que el rancho estaba algo descuidado y que necesitaba mucha faena. Para no sentirse impotente se decidió a continuar con el trabajo por hacer y así dejar intimidad a su amigo para consolar a la joven.

Dan había subido al piso superior con Jess en sus brazos y se dirigió a su dormitorio, donde la tumbó en la cama con delicadeza. Apartó el pelo que ocultaba su rostro y lo colocó a ambos lados con manos temblorosas. Tenía grabado en la retina la expresión de su rostro cuando le había dado la

fatal noticia, y hubiera dado lo que no tenía porque todo aquello solo fuera un mal sueño del que poder despertar.

Esperó, durante minutos que parecieron eternos, hasta que Jess finalmente abrió los ojos, que volvieron a teñirse de horror al recordar lo sucedido. Solo pudo hacer una cosa, cogerla en sus brazos y tumbarse junto a ella para poder acunarla entre sus brazos mientras susurraba palabras de consuelo a su oído. Él también lloraba, sin contenerse, para poder desahogar lo que oprimía su cuerpo, en busca de un consuelo que parecía inalcanzable. Finalmente, ambos se quedaron dormidos por el cansancio y se dejaron llevar por los cantos de Morfeo, para no pensar, para no sufrir.

Dan se levantó de la cama, procurando no despertarla, y la observó durante un minuto interminable, en el cual su corazón volvió a encogerse.

Sin cambiarse la ropa con la que había dormido, bajó las escaleras hacia la cocina en busca de un café que despejara su mente. Aquella noche había dado rienda suelta al dolor, pero tenía que tomar el mando de la situación. Se sorprendió al encontrar a Nick y Shannon desayunando tranquilamente frente a la mesa. Esta, al verla aparecer, abandonó la silla que ocupaba para dirigirse a su encuentro y abrazarle sentidamente.

—Dan —le llamó—, siento mucho lo sucedido.

—Gracias, Shannon —le agradeció.

—Subiré para ver si Jess quiere algo de comer —se ofreció.

—No —replicó Dan bruscamente—, prepáralo y yo se lo subiré.

—Como quieras —contestó la joven desconcertada por su reacción.

—Shannon, perdóname —se disculpó—, estoy algo nervioso.

—No te preocupes —le tranquilizó con una leve sonrisa—, cuando tenga la bandeja lista, te aviso.

Dan se mesó el cabello y se giró para sentarse frente a su amigo. Se sirvió en una taza una generosa cantidad de café caliente y le dio el primer sorbo antes de dirigirse a Nick.

—Siento no haberte tratado correctamente ayer, ni siquiera te dije dónde dormir.

—No te preocupes —le cortó con un gesto de mano—, sé apañarme solo. Ya sabes que he venido para ayudar.

—Gracias, Nick —le agradeció con emoción.

—Para eso están los amigos.

Shannon colocó un plato de huevos revueltos en la bandeja junto a unas rebanadas de pan con mermelada de fresa y una taza de café. Abrió la nevera, para servir un zumo de naranja, cuando vio la nota que ella misma había escrito poco antes y la cogió.

—Dan —le llamó acercándose a la mesa y dejando la nota sobre la superficie—, a primera hora te ha llamado el abogado de tu padre. Quiere hablar contigo sobre unos asuntos legales.

Dan sintió que sus hombros se hundían. Aún no estaba preparado para hacer frente a todos los problemas que sabía que llegarían tras la muerte de su padre y Suzanne, pero no le quedaba más remedio que tomar el toro por los cuernos, como habría hecho en uno de los circuitos de Dallas.

El día del funeral había amanecido con un manto gris, y pronto las gotas de lluvia se hicieron paso a través de las nubes. Dan no soportaba los rostros lastimeros que le daban el pésame cuando antes de la muerte de su padre apenas se habían dignado a mirarle a la cara. Sabía que parte de ese rechazo se debía a la familia de su madre, con los que no tenía relación, y que nunca habían aceptado el matrimonio de su pequeña con *el muerto de hambre de John Deimon*, pero eso era el pasado y ahora solo le restaba mirar al futuro. No se trataba de él, ahora tenía que preocuparse por Jess, que no tenía a nadie más en el mundo.

La abrazó contra su costado, en un gesto protector, y tras los últimos salmos pronunciados por el pastor, la instó a andar para salir del campo santo y regresar al rancho, a la seguridad de su hogar.





# CAPÍTULO 9

El abogado de su padre, el señor Crosswell, le había citado a las diez de la mañana, y la espera se había excedido con creces. No le gustaba perder el tiempo, pero no podía marcharse. El bufete estaba repleto de personas que esperaban su turno con gesto aburrido. Suspiró aliviado cuando la secretaria pronunció su nombre, y se levantó agradecido, estirando sus piernas.

Entró en el pequeño despacho con paso inseguro y estudió con curiosidad los estantes repletos de libros y carpetas que se amontonaban en sus baldas en completo desorden. El escritorio no parecía tener mejor fortuna, y un sinfín de documentos se expandía por la superficie de madera. El abogado, que no había levantado la vista de las líneas de un contrato, era un hombre regordete y bajito. Su cabeza denotaba las entradas de una calvicie precoz, y sus ojos azules parecían achicarse tras los cristales de las gafas de alta graduación. Finalmente, pareció percatarse de su presencia y tras darle el correspondiente pésame, no perdió tiempo en explicarle la situación.

Suzanne y su padre no habían llegado a redactar un testamento conjunto, por lo que la legitimidad de las propiedades de ambos pasaría a manos de sus respectivos hijos. Jess heredaría la tienda de decoración, con el apartamento situado en la planta superior, que estaba libre de cargas. Y a Dan le pertenecía el rancho, que, según le informó, no estaba en las mejores condiciones económicas. Sabía que las cuentas de su padre nunca habían estado al día, pero no imaginaba que la situación llegara a la gravedad que le había expresado el señor Crosswell.

Otra cuestión que cayó como un mazazo sobre Dan fue descubrir que tendría que separarse de Jess, que aún era menor de edad. La custodia pasaba a Karen Logan, a petición de Suzanne, hasta que fuera mayor de edad, y para eso faltaba más de un año. Sabía que era lo mejor para ella, pero no podía evitar el dolor que traspasaba su cuerpo al ver cómo todo lo que había aprendido a amar se desmoronaba a su alrededor.

Al llegar al rancho, descubrió el vehículo de Karen Logan aparcado en la entrada. Salió del coche con abatimiento y entró con paso lento dispuesto a dar las malas noticias que portaba. Encontró a Jess reconfortada con el abrazo de Karen, sentadas la una al lado de la otra mientras Nick y Shannon las acompañaban a la mesa.

—¿Qué te ha dicho el abogado? —le preguntó Nick directo.

Con calma, cogió una jarra de la alacena y se sirvió una taza de café caliente. Dio el primer trago para ganar tiempo, y se mesó la nuca con la mano libre mientras apoyaba la cadera en la encimera a su costado.

—La cosa está bastante complicada —confesó—, mi padre y Suzanne no habían hecho testamento conjunto —soltó finalmente.

—¿Entonces? —cuestionó su amigo confuso.

—Es simple, la tienda de Suzanne la hereda Jess; y yo, el rancho.

—¿Tengo que irme del rancho? —preguntó la joven con angustia.

—Me temo que sí —contestó Dan con esfuerzo, más viendo el dolor en su rostro—, aún eres menor de edad y tienes un tutor legal que no soy yo.

—Pero... —intentó objetar Jess, pero Dan la detuvo con un gesto de mano.

—No puedo explicarte mucho más, pero supongo que Karen sí —dijo clavando su mirada en la aludida, que asintió con un gesto de cabeza—. Supongo que ahora te llevarás a Jess a vivir contigo, y con el rancho no sé qué pasará.

—¿Por qué que no puedo quedarme aquí? —preguntó Jess ingenuamente—, ¿cuál es el problema?

—El rancho está hipotecado hasta los cimientos, está a punto de llegar una carta de embargo. Es una deuda muy grande y no tengo tanto dinero.

—¡Joder! —exclamó Nick levantándose de la silla que ocupaba—. ¿Tanta pasta hace falta?, yo te puedo prestar algo —se ofreció.

—Gracias, amigo, pero no te puedo pedir eso.

Jess había escuchado con atención sus palabras, analizando el problema en el que estaban metidos. Había llegado el momento de dejar de llorar y empezar a actuar para poder salvar el rancho que había llegado a amar. Aquel lugar había pertenecido a los Deimon desde hacía varias décadas, y ella era parte de aquella familia diezmada.

—¿Si vendiéramos la tienda, llegaría? —preguntó en voz alta.

Dan se le quedó mirando como si se hubiera vuelto loca, pero ella no se amilanó, manteniendo el reto que veía en sus ojos oscuros.

—¿Llegaría? —volvió a preguntar.

—Seguramente, pero es una locura, además, no lo puedo aceptar.

—Dan, no es un regalo, el rancho estaría a nombre de los dos —expuso con rotundidad.

Dan la miró incrédulo. Recordaba a una adolescente flacucha y con pájaros en la cabeza, y ahora era toda una mujer y quería la mitad del rancho. Pero no era tan fácil como ella lo veía.

—Jess, legalmente no puedes vender la tienda hasta que no seas mayor de edad, y para eso falta más de un año, el embargo se hará efectivo en cinco meses. Lo más sensato sería que alquilaras la tienda, y con el dinero que te reporte, seguir estudiando en Austin. Tienes que ir a vivir a casa de Karen. Por una vez en tu vida, haz caso —le aconsejó.

Jess se levantó de la silla como un resorte y se enfrentó a él.

—Te voy a decir una cosa, este rancho es mi hogar y aquí soy feliz. No pienso irme a ninguna parte, acéptalo de una vez.

—¡Jess! —siseó acercándose a ella, amenazante—, ¿crees que no quiero salvar el rancho?

—Pero... —intentó ella replicar sin amedrentarse.

—No podemos hacer nada, y deberías hablar con Karen antes de soltar chorradas por esa boquita.

—Tranquilos, chicos —medió Nick intentando poner paz entre ambos—, tengo una idea.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono.

—Si Jess estuviera casada, su marido podría vender la tienda, y con el dinero se salvaría el rancho, y después de un tiempo...

—¿De qué coño estás hablando?... —exclamó Dan fuera de sí.

—No es mala idea —intervino Karen, que no había dicho nada en toda la conversación—. Si os casáis, tendréis bienes gananciales y así podréis vender la tienda y sacar a flote el rancho. En el momento oportuno, cuando Jess sea mayor de edad, os podéis divorciar.

Dan la observó desconcertado. Toda aquella conversación era absurda.

—¿No sospecharán que lo hacemos por interés? —inquirió.

—A la gente se les puede decir que siempre os gustasteis y que por eso tú te fuiste —replicó Karen como si nada. Mil pensamientos pasaron por la cabeza de Dan al escucharla—. Yo puedo decir que a Suzanne le preocupaba porque Jess era un poco joven, pero que veía bien la relación.

—Sigue siento menor de edad —la rebatió Dan, deseando dejar aquella descabellada idea.

—Como su tutora legal, yo os daré mi autorización.

—¡Esto es absurdo!, os estáis volviendo locos —exclamó, pero cuando encontró la determinación en los ojos de Jess, supo que estaba perdido.

—Karen —apeló a la persona que debía ser más cabal de las que ocupaban la cocina—, Jess podría vender la tienda con tu autorización y luego poner el rancho a nombre de los dos.

—Dan, como abogada que soy te digo que la burocracia es lenta, y según tengo entendido, no tenemos mucho tiempo. Es la solución más factible.

—Decidido —proclamó Jess con exceso de energía—, mañana nos vamos a Las Vegas y nos casamos.

—Bueno, chicos —intervino Nick al ver que la situación se desbordaba—, habría que hacerlo bien para que nadie sospeche. Tendremos que hacer creer a la gente que os casasteis por amor, y para eso necesitamos que crean que estáis enamorados.

—Buena idea, así la gente no pensará mal —acotó Karen.

—Diréis que estabais enamorados y que al volver a veros en el dolor mutuo... —comenzó Shannon con teatralidad.

—Cállate —la cortó Jess molesta—, y deja de decir tonterías.

—La rubia tiene razón —intervino Nick—, tendréis que salir por el pueblo y parecer liados.

—Aún es pronto... —protestó Dan.

—El sábado he quedado, podemos salir en grupo —prosiguió Shannon con efusividad.

Dan iba a negarse, pero la voz de Jess le silenció.

—¿Quieres el rancho? —le presionó.

—Está bien —aceptó, elevando sus manos sobre su cabeza en un gesto de derrota—, vosotros ganáis.

\*\*\*

Dan pasó parte de la tarde reparando las cercas de los pastos del sur, que parecían tal cual las había dejado él la última vez que había estado allí. Recordó con nostalgia que, a su padre, ese tipo de cosas no se le daban demasiado bien, y procuraba dejarlas para última hora cuando ya no quedaba más remedio que ponerse manos a la obra. Notó cómo se oprimía su pecho al evocar a un hombre al que jamás volvería a ver y al que siempre había admirado pese a sus disputas.

No hacía más que dar vueltas a la cabeza, meditar en lo que se había convertido su vida en las últimas semanas. Se encontraba de nuevo en el punto de partida, en el rancho, y ya podía despedirse del campeonato y de sus sueños. Luego estaba la otra cuestión, la de casarse con Jess. A pesar de haber aceptado, seguía pensando que era una completa locura, y no estaba seguro de poder hacer lo que le pedían. No entraba en sus planes pasear por el pueblo como si se trataran de unos tortolitos enamorados, cogidos de la mano y besándose... Se le debían estar derritiendo los sesos con el calor del sol que le asolaba, porque solo de pensar en besar a Jess se le aceleraba el pulso.

Cuando llegó a casa, fue directo a darse una ducha fría para recuperarse del calor, y al bajar a la cocina se encontró a Shannon, Nick y Jess esperándole en la mesa con la cena puesta. Parecían una especie de familia hecha de retazos, y él era uno de ellos. Estaban degustando el postre, una sabrosa tarta de manzana, cuando el sonido de su móvil se propagó por la habitación. Dan se levantó y lo rescató del bolsillo de su chaqueta, disculpándose antes de salir por la puerta que daba a la parte trasera de la casa.

Era Brittany, apenas habían hablado esos días y sabía que estaría furiosa. Y lo peor de todo era que no sabía cómo le iba a contar lo de su *boda* con Jess. Conociéndola, sabía que no se lo iba tomar demasiado bien, y no podía culparla.

Tras soportar durante unos minutos sus quejas y reprimendas, decidió abordar el tema más espinoso: la boda, y, como esperaba, Brittany comenzó a chillar como una loca antes de ponerse a llorar. Poco después le exigió que fuera a Dallas para hablar del asunto en persona o se podía ir al cuerno.

—Bree, ahora no es buen momento.

—Dan, no me cuentes cuentos, ven enseguida.

—¡Joder! —exclamó frustrado cuando ella colgó—, lo que me faltaba.

Brittany era la mujer perfecta y se le estaba escapando de las manos como muchos de sus sueños, y todo por aquel maldito rancho del que no podía desligarse.

En la cocina, Shannon intentaba morderse la lengua para no preguntar, pero finalmente no pudo controlarla y abordó a Nick directamente.

—¿Quién le llama?

El aludido levantó su mirada del plato y estudió a Shannon con atención antes de responder.

—Rubia, ¿no crees que eres demasiado chismosa?

—¿Y a ti nunca te han dicho, *sucio vaquero*, que antes de entrar en casa hay que quitarse las botas? He tenido que volver a barrer el suelo por tu culpa.

—Tranquilos, por favor —les llamó al orden Jess—. A nosotras no nos importa la vida privada de Dan, ¿verdad Shannon? —finalizó clavando la mirada en su amiga.

—¡Jess! —exclamó la aludida sin poder contenerse—. ¡Os vais a casar! No puedes permitir que ande liado con alguna pelandrusca.

—Shannon, por Dios, la boda es ficticia y no me importa con quién habla —mintió.

—¡Está bien! —las sorprendió Nick cortando la discusión entre ambas—. Es una amiga especial de Dallas, pero, conociéndola, pronto dejará de serlo.

—Me siento fatal —confesó Jess con tristeza—, le estoy obligando a hacer algo que no quiere.

—No digas eso, cielo, sé que estás haciendo lo correcto —la animó el vaquero.

—No sé qué pensar.

Nick se acercó a Jess y cogió su mano con ternura.

—Le conozco bien, pequeña, y sé que, aunque él no lo sepa, este rancho lo lleva en la sangre, como tú en el corazón.

—Gracias, Nick —le agradeció Jess besando su mejilla—, eres un buen hombre.

Dan contempló la escena desde el quicio de la puerta y no pudo evitar que la ira invadiera su cuerpo. Se giró sobre sus talones y se dirigió hasta los establos para intentar serenarse. No le había gustado la expresión que había visto en el rostro de Nick cuando Jess le había besado. No quería asumirlo, pero unos celos incontrolados se habían apoderado de su mente.



# CAPÍTULO 10

Tras una dura semana de trabajo, Dan esperaba a Jess en el porche. A unos pasos estaba su todoterreno rojo. Se lo había comprado el año anterior a un vaquero que necesitaba dinero y se lo había dejado a buen precio. Era el coche que había deseado toda su vida, pensó con nostalgia, y al menos había conseguido cumplir uno de sus sueños.

Estudió las manecillas de su reloj, el que le había regalado Brittany para su cumpleaños, y chascó la lengua, molesto por el retraso. Se giró y se encontró con su propio reflejo en la ventana del salón. Estudió su aspecto y se sintió orgulloso por la planta que mostraba. Se había vestido con unos tejanos negros, camisa azul claro y sus botas favoritas de piel, que estaban relucientes.

Su paciencia estaba a punto de colmarse cuando escuchó el sonido de las bisagras de la puerta a su espalda, y se giró para encontrarse con Jess. Su cuerpo fue incapaz de moverse y sus pulmones dejaron de insuflar aire.

La figura femenina iba cubierta por un vestido negro de gasa, con escote en uve, que se ataba a su nuca, y la exigua largura de la prenda mostraba unas largas piernas bronceadas. Unos tacones de vértigo completaban el conjunto. Su flamante cabellera castaña iba suelta sobre su espalda, ligeramente ondulada en las puntas, y su rostro, levemente maquillado. Jess se había convertido en toda una mujer, pensó confuso, con todas las curvas que le habían faltado de niña. Cierta parte de su anatomía protestó y se amonestó mentalmente por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

Dan recuperó el aliento cuando ella pasó a su lado, para dirigirse al coche con cara de pocos amigos, ya que habían vuelto a discutir aquella tarde, como había sucedido en los últimos días. Durante el trayecto, Dan no pudo dejar de observar furtivamente las piernas de Jess, a escasos centímetros de su mano aposentada sobre el cambio de marchas manual. Una gota de sudor se deslizó por su espalda, y deseó llegar cuanto antes para no inhalar su fragante olor, que pululaba en la cabina para torturarlo.

Al llegar a la puerta del restaurante, vislumbraron a Shannon vestida de rojo pasión. Estaba claro que le gustaba llamar la atención, pero al lado de Jess no tenía nada que hacer. Estaba flanqueada por dos hombres, uno de ellos era Nick, pero al descubrir la identidad del otro, se sorprendió.

—¿Qué hace Red aquí? —preguntó molesto.

—Hace unos meses que sale con Shannon —respondió Jess sin inmutarse.

—¡No fastidies! —exclamó incrédulo—, ¿no te molesta?

—¿Debería? —le restó importancia elevando una de sus cejas.

—A veces no entiendo a las mujeres —refunfuñó mientras apagaba el motor.

—Pues deberías —escupió Jess antes de salir y dar un sonoro portazo.

—Cuando lo seas, te entenderé —replicó Dan mordaz.

—Aunque no lo creas, soy una mujer, y los hombres se fijan en mí.

—¿Como Nick? —preguntó cogiendo su brazo para detener su avance—. Ayer vi cómo te abrazaba, no deberías permitirle esas confianzas —le recriminó.



Jess se sintió furiosa y se soltó con virulencia de su agarre.

—No eres mi dueño, y cuando pasen estos meses, y sea mayor de edad, nos separaremos. Entonces podré fijarme en quien me dé la gana y no podrás impedirlo.

—¡Jess, maldita sea!

Ella ignoró sus palabras y aceleró el paso hasta llegar a donde les esperaban sus amigos. Dan la siguió igual de furibundo, deseando volver por donde había llegado y dejarse de tonterías.

—Chicos, llegáis tarde —les recriminó Shannon molesta.

—Lo siento —se disculpó Jess—, ha sido culpa mía.

—Dan, que sorpresa verte de nuevo por aquí —soltó Red de improviso—, hacía mucho que no sabía nada de ti. Jess no habla demasiado de ti.

Jess miró a Red con fuego en los ojos, no estaba de humor para sus tonterías.

—Cállate y entremos de una maldita vez —exclamó dejando a todos sorprendidos.

Desde el principio, Jess supo que no había sido buena idea juntar a Red y Dan, pero, claro, no podía ser de otra forma si la propuesta había surgido de los labios de Shannon. «Mi amiga y sus fantásticos planes», pensó molesta. No sabía ni por qué seguía haciendo caso a sus consejos, ya que siempre acababa metida en un lío. Para colmo, Dan estaba saturando su paciencia con las miradas furibundas que dirigía a Nick, cosa que no comprendía. Este, lejos de enfadarse, le miraba con cierta guasa. Ignoraba a su amigo e hizo reír a las chicas con sus anécdotas durante toda la velada.

Al concluir la cena, decidieron ir a un local de Country cercano. Nick le pidió bailar a Jess nada más entrar, y ella aceptó encantada, deseando alejarse de Dan. Jess no sabía bailar demasiado bien, pero Nick la guió encantando a pesar de llevarse algún que otro pisotón mientras reían.

Dan los vigilaba desde la barra mientras se tomaba una cerveza helada.

Nick se divertía de lo lindo viendo la cara de cabreo que mostraba su amigo. Estaba claro que le molestaba que tuviera entre sus brazos a su *querida hermanita*, y eso ayudaba al plan que habían trazado, porque a nadie le pasaría inadvertidos los celos que parecían consumirle.

La siguiente canción fue una balada, y Dan no pudo contenerse por más tiempo. Dejó la botella sobre la barra y se encaminó furioso a la pista de baile. Sin demasiada delicadeza, separó a Jess de Nick y la tomó en sus brazos. La apretó contra su cuerpo.

Los ojos verdes de Jess se abrieron desmesuradamente por la sorpresa. Sentía cada fibra de su ser vibrar con su cercanía, y un calor desconocido recorrió su cuerpo. Sus manos comenzaron a acariciar su espalda desnuda, y lentamente descendieron hasta llegar a su trasero. Sus pulmones se quedaron sin aire cuando su lengua rozó su cuello.

Dan lanzó una mirada de advertencia a Nick, que los observaba desde la barra mientras degustaba su bebida. Se sentía furioso con él, y si había pretendido provocarle, lo había logrado con creces. Si Jess quería llamar la atención de la gente que los rodeaba, pues adelante el primer acto de la función, pero no iba a permitir que nadie se confundiera pensando que estaba con Nick. Fue el último pensamiento racional que tuvo antes de besar sus labios. La dulzura de su boca le absorbió y

perdió el control cuando ella comenzó a jugar con su pelo entre sus dedos. Sintió que la única cosa que necesitaba en el mundo para ser feliz era tenerla entre sus brazos, y disfrutó del momento. Con cada caricia, con cada roce, la temperatura de su cuerpo ascendió, amenazando con quemarlos en el fuego de la pasión.

La música lenta cesó, rompiendo el hechizo que los envolvía, y Dan se separó con precipitación, aturdido por lo sucedido.

—Jess, será mejor que volvamos a casa —dijo con voz cavernosa—, ya nos han visto en acción, era lo que querías, ¿verdad?

Jess se despertó del sueño vivido, y entonces fue consciente de que Dan solo la había besado de aquella forma para que todos los vieran. Casi se había desmayado de placer, y él solo estaba actuando. No se engañaba, sabía en lo que habían quedado y que se jugaban mucho, el todo por el todo. Solo rogaba a Dios para que arrancase de su corazón aquel enamoramiento infantil que sentía por él. Pronto se marcharía de su lado y tendrían vidas separas, ya nada los uniría. La furia se impuso sobre el dolor, y una rabia desmesurada se apoderó de su cuerpo. ¿Quería teatro?, pues lo tendría, iban a hablar de ellos en el pueblo durante semanas.

—*Vaquero* —lo llamó lo suficientemente alto para que quien estuviera a su alrededor pudiera escucharla—, si quiero algo más de ti, lo cojo, no te lo pediré.

Con altanería, atrapó el rostro de Dan entre sus manos y le besó con ardor. A su espalda se escucharon algunos silbidos acompañados por palmadas. En aquel momento eran la atracción de la noche. Finalmente, le soltó, empujando su pecho para apartarle.

—Con esto me bastará de momento, no te vayas muy lejos —escupió antes de salir del local contoneando sus caderas.

Durante el trayecto de vuelta al rancho, ninguno de los dos habló. Cuando Dan aparcó, Jess salió del coche y, sin mirar a atrás, entró en la casa. Dan se demoró a propósito, y poco después subió a su dormitorio. Sacó su bolsa de viaje del armario y tiró algunas prendas en su interior en completo desorden antes de cerrar la cremallera. Necesitaba huir, aunque sabía que era una cobardía, pero necesitaba alejarse para meditar sobre lo sucedido con distancia.

Iría a Dallas, donde tenía una conversación pendiente con Brittany. Estaba seguro de que cuando la viera, sus dudas se disiparían como sal en el agua.

\*\*\*

Jess se sintió extraña al salir del probador de la única tienda de vestidos de novia del pueblo. Karen prácticamente la había arrastrado hasta allí, y todo porque le había comentado que pensaba ponerse un vestido de gasa azul para la boda. No tenía planeado comprarse nada porque no andaban bien de dinero y le parecía un gasto innecesario. Pero Karen puso el grito en el cielo, y tras más de una hora de discusión, logró convencerla por la vía del chantaje emocional, alegando que a su madre le hubiera gustado que su hija fuera de blanco hasta el altar de la iglesia del pueblo donde había nacido.

El reflejo que le mostró el espejo la dejó asombrada y sin palabras. El diseño realmente era hermoso, como decía la señora Potter, no lo podía negar. Era de un luminoso color marfil y las mangas caían sobre sus hombros como delicados pétalos bordados en pedrería. El escote, en forma de uve, también lucía pedrería y se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel hasta llegar a sus caderas, donde se ensanchaba para formar capas de raso alrededor de sus piernas.

Se sintió como una princesa de cuentos de hadas hasta que su mirada se fijó en la etiqueta que pendía de la prenda. Sus ojos se abrieron desorbitadamente y negó con la cabeza.

—¡Dios!, no puedo gastarme tanto dinero en este vestido —exclamó, escandalizada por la cifra.

—Te lo regalo yo —afirmó Karen tajante.

—No puedo aceptarlo... —replicó, pero Karen no la dejó proseguir.

—Lo vas a hacer porque te adoro —dijo acercándose a ella y enlazando su cintura con su brazo mientras estudiaba el reflejo de ambas—, y quiero que lleves este vestido.

—Karen —pronunció con la emoción latente en su voz—, no tengo palabras.

—Ni las necesito, guárdalas para dentro de unas semanas. ¿Qué tienes preparado de la lista que te di? —preguntó cambiando drásticamente de conversación.

—La verdad es que no mucho —confesó mordiéndose el labio con nerviosismo—, he andado muy ocupada con el rancho...

Por la cara de horror que Karen mostró, supo al instante que algo andaba mal.

—¡Dios bendito!, no has preparado nada —adivinó—. Bueno, todo tiene solución —comentó mientras se paseaba por la pequeña tienda, mesándose la barbilla, pensativa—. Podemos habilitar una zona con mesas y toldos en el rancho, y respecto a los manteles, flores y el servicio de catering...

—Karen, no podemos permitirnos eso —confesó Jess avergonzada, posando su mirada en la alfombra rosa bajo sus pies.

—Cielo, es lo que se espera de una boda —le rebatió Karen acercándose a ella y elevando su rostro con un dedo bajo su barbilla—. Tienes que engañar a todo un pueblo, y eso no será fácil. No te preocupes por nada, tengo gente que me debe algunos favores y pienso cobrarlos —finalizó con una sonrisa.

—Es demasiado para una farsa.

—Cariño —dijo acariciando su mejilla con dulzura—, esto puede ser lo que tú quieras que sea, pero sobre todo tienes que disfrutarlo, una boda es siempre una boda.

—Me parece que estás algo loca —dijo Jess sonriendo sin poder contenerse.

—Puede ser, pero quiero que seas la novia más esplendorosa de Devine. Deja a todos con la boca abierta —le pidió.

—Lo intentaré, pero a Dan no le gusta nada este asunto —por no hablar de que apenas se habían dirigido la palabra desde lo que había sucedido unas semanas antes—, nos costó mucho convencerlo, y si ve tanto despliegue, quizás se arrepienta.

—Jess, ¿sabes una cosa?, Dan no sabe lo que quiere; no lo haría ni aunque le explotara en plena cara —profetizó.

—¿Tanto crees que le conoces? —replicó Jess con sorna.

—Se parece bastante a su padre, y con eso me basta. Si no está a gusto con la boda, que se aguante. El rancho pertenece a su familia desde hace décadas, y has tenido que venir tú a luchar por él. Debería ponerte en un altar por querer salvar su culo.

Jess no pudo evitar reír con ganas tras el comentario.

\*\*\*

Una semana antes de la boda llegó mucha gente al rancho y lo puso todo patas arriba. Los carpinteros montaban toldos y mesas, la floristería probaba los centros idóneos, y el catering decidía el menú junto a Karen, que llevaba una semana viviendo en la casa.

Dan se sentía como en un circo, y, para colmo de males, Nick le había obligado a encargarse de un traje para la boda. Ese día tenía que ir a recogerlo a Austin, y había decidido aprovechar la ocasión para ver a Brittany, que se encontraba en la ciudad junto a su tío. Necesitaba desconectar de la presión que pesaba sobre sus hombros, y Brittany era muy buena en hacerle olvidar. Pero nada salió como tenía planeado porque Jess se empeñó en acompañarlo. Por más que lo intentó, no logró deshacerse de ella porque cuando algo se le metía en la cabeza, era casi imposible hacerla cambiar de opinión. Estaba tan harto de escucharla, que finalmente tuvo que ceder y llevarla con él.

Llegaron a primera hora de la mañana y, tras recoger el encargo de Dan, entraron en una zapatería cercana donde Jess se decidió por unas sandalias de tiras blancas de tacón alto. Al observar sus delicados pies, enfundados en ellas, se imaginó besándolos y mordisqueando uno a uno sus dedos. Se maldijo por ello y con un gesto de cabeza hizo desaparecer aquellas imágenes que poblaban su mente. En la tienda de bisutería, Jess eligió unos pendientes en forma de perla que colgaban de unas cintas de fina plata que realzaban su cuello. No quería mirarla porque cada vez que veía la ilusión en su rostro algo en su interior se removía.

Al salir de la tienda, Dan insistió en coger un taxi porque tenía que ir a un sitio. Jess se sorprendió, pero no preguntó porque estaba claro que no pensaba darle ninguna explicación al respecto. El coche se detuvo frente a un edificio de la zona empresarial y ambos bajaron del vehículo. Dan le indicó que esperara allí mientras hacía un recado y se perdió por las grandes puertas de cristal.

Jess se entretuvo observando el tráfico peatonal, el ir y venir de gente que vestía con costosos trajes de diseño. «¿Qué tendrá que hacer Dan allí?», se preguntó. Su comportamiento nervioso le demostraba que ocultaba algo que no quería que ella supiera. Se sintió frustrada y ridícula allí plantada, vestida con unos sencillos vaqueros, camisa azul y con las manos llenas de bolsas. Tras unos minutos de duda, decidió entrar en el gran hall revestido de mármol blanco y se dispuso a esperar.

Cuando uno de los enormes ascensores abrió sus puertas, se sobresaltó, y más al ver salir a Dan de allí. No se había percatado de su presencia, y hablaba animadamente con un hombre de

mediana edad, rubio y de piel bronceada. De su brazo se colgaba una rubia despampanante vestida con un elegante vestido crema que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Les seguía de cerca un viejo de pelo cano y ojos grises como el acero.

Cuando Dan la vio, maldijo para sus adentros, pero se acercó a ella con el grupo que la acompañaba. El hombre de pelo cano reparó en su persona y la observó con intensidad.

—Esta es mi hermana Jessica —la presentó—, ya les he hablado de ella en alguna ocasión.

—Encantada —balbuceó Jess con nerviosismo.

El hombre más joven de los dos le dedicó una seductora sonrisa antes de extender la mano para saludarla.

—Encantado, preciosidad. Este es mi padre, Calvin Lee, y mi sobrina Brittany.

La aludida la observó con intensidad, pero dibujó una sonrisa en sus labios.

—Dan me ha hablado maravillas de ti.

—Gracias, señorita —replicó Jess incómoda.

—Bueno —comenzó Dan con nerviosismo—, nosotros nos tenemos que ir.

—¿Tan pronto? —exclamó Brittany molesta—, pensé que pasaríamos un rato juntos, hace mucho que no nos vemos —le recriminó.

—Cariño, lo siento —se excusó besando fugazmente sus labios—. Te debo un fin de semana juntos.

—Solo promesas —refunfuñó.

—Señores, nos vemos pronto, nos está esperando el taxi —se excusó antes de coger el brazo de Jess y casi arrastrarla a la salida.

Cuando salieron a la calle, y se alejaron del edificio, Dan se paró en seco con cara de poco amigos.

—¿No te dije que esperaras fuera? —gritó enfadado—. La próxima vez que te mande algo, hazlo.

A Jess le hubiera gustado replicar, pero Dan no le dio opción. No se dirigieron la palabra en todo el trayecto de vuelta a casa, y cuando llegaron, Jess bajó del coche antes casi de que este frenara. Cuando entró por la puerta, dirección a la escalera, se cruzó con Nick, que vio sus lágrimas.

Unos golpes en la puerta lograron que Jess levantara la cabeza de la almohada húmeda en la que lloraba.

—Jess, ¿puedo pasar? —preguntó Shannon tímidamente.

Al no recibir respuesta, entró y cerró la puerta a su espalda. Cuando descubrió los ojos enrojecido por el llanto, la abrazó y acunó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Shannon tras unos minutos.

—Nunca debí aceptar ese loco plan de boda, fui una estúpida. Era más fácil no pensar en él cuando estaba lejos, pero ahora...

—¿De qué estás hablando?

—Estoy enamorada de Dan desde hace años —confesó—, y me parece que me he metido en un buen lío.

Shannon la observó incrédula, nunca lo había sospechado.

—¿Estas llorando por eso?

—No, es porque en Austin nos encontramos con Brittany, la novia de Dan.

—¿Y cómo es ella? —preguntó Shannon con curiosidad.

—Pelo rubio, cuerpo escultural, sonrisa perfecta... ¿sigo?

—Lo siento cielo. —La mirada de entendimiento de su amiga apagó un poco la tristeza de su corazón—. Pero deberías intentar conquistarlo.

—Shannon, no soy tan ilusa.

—Pero...

—No insistas.



# CAPÍTULO 11

Dan se levantó temprano el día de la boda. Los nervios atenazaban su cuerpo al imaginar la jornada que le esperaba. Se había despertado con un sueño muy real, en el que estaba con Jess pintando de nuevo la habitación de sus padres entre risas y bromas, pero en aquella ocasión no solo le hacía cosquillas, acababa haciéndole el amor.

Se dirigió al baño bostezando, con la intención de darse una ducha para despejarse y relajar los músculos de su cuello. Las últimas horas habían sido una locura, y, para colmo de males, Nick estaba enfadado con él. Aún recordaba la cara de cabreo que mostró cuando le contó que Brittany asistiría junto a su abuelo. No llegaba a comprender por qué lo veía tan mal, a fin de cuentas, todo aquello era una farsa y todos los implicados lo sabían. La situación con Jess no era mucho mejor, desde el viaje que habían compartido a Austin apenas le dirigía una mirada, y mucho menos una palabra a menos que fuera estrictamente necesario.

En la iglesia, sus ojos buscaban continuamente las manecillas de su reloj, y cuando comenzó la marcha nupcial, se giró como un resorte. Se quedó hipnotizado por la belleza de la novia. Su larga cabellera caía por su espalda, apenas recogida con unos pasadores, y sus mejillas sonrojadas daban luminosidad a su rostro. Su sonrisa era sincera y sus ojos verdes nunca habían brillado con tanta intensidad.

Jess se encontraba como en un trance mientras sus pasos la llevaban hasta el altar. Aún estaba enfadada con Dan por lo sucedido en Austin, pero cuando le vio, todo se borró de su mente. El ramo temblaba en sus manos al ver lo atractivo que estaba con aquel traje azul oscuro, que contrastaba con la camisa blanca. Sus ojos oscuros la observaban de una manera que hizo vibrar su cuerpo.

Cuando el párroco comenzó con los votos, ninguno de los dos dejó de mirarse, como hipnotizados por algo mágico, pero cuando les indicó que podían besarse, Dan bajó su rostro hacia ella, pero se contuvo. Jess pensó que la besaría como ambos parecían desear, pero rozó levemente sus labios. Se sintió frustrada, pero él no pareció percatarse porque estaba más pendiente de localizar a Brittany, situada en la parte trasera de la iglesia.

Al llegar al rancho, Jess intentó olvidar lo sucedido, dispuesta a disfrutar de la boda como si fuera real, como le había aconsejado Karen. No fue tarea fácil con la flamante novia de Dan presente, llamando la atención de los invitados con su traje de firma costoso y una actitud desdeñosa con lo que la rodeaba.

Jess apenas comió, pero brindó demasiadas veces con la dorada bebida, y cuando llegó la hora de cortar la tarta, ya estaba más que mareada. Tras repartir los primeros trozos, la gente comenzó a corear, pidiendo un beso por parte de los novios. Pudo ver la incomodidad de Dan, pero ni corta ni perezosa, se acercó hasta él y, poniéndose de puntillas, le besó con ardor. A su pesar, Dan la cogió por la cintura y le devolvió la caricia, pegándola a su cuerpo mientras todo el mundo silbaba.

A última hora de la tarde, Brittany y su abuelo decidieron marcharse. Mientras Brittany



susurraba al oído de Dan, el abuelo de esta se quedó mirando a Jess intensamente.

Aquel hombre estaba poniendo nerviosa a Jess, la miraba de una forma que erizó el bello de sus brazos.

Dan se despidió del último invitado antes de entrar en el salón, donde encontró a Jess tirada en el sofá, con los pies descalzos sobre la mesa. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa tonta se dibujaba en sus labios. Parecía una Ninfa del bosque con aquel vestido blanco, y el pelo, suelto sobre el respaldo del sofá, una nube ondulada.

—Jess... —la llamó—, ¿un último brindis?

Ella abrió los ojos y le observó largo tiempo antes de contestar.

—Trae las copas, me gusta brindar con ellas —respondió.

Dan se deshizo de la molesta corbata, y se giró sobre sus talones para dirigirse a la cocina, donde cogió un par de copas de talle alto y la última botella de champán. Regresó al salón y se sentó a su lado antes de tenderle la burbujeante bebida.

—Brindemos porque todo haya salido a pedir de boca —dijo chocando los vidrios.

—Por nosotros —rectificó Jess antes de dar el primer sorbo—, y por la gente que nos ha acompañado y se ha divertido. Bueno —continuó—, menos tu novia, que parecía que se le iban a salir los ojos de las orbitas cuando nos besamos.

—Yo no te besé —replicó Dan molesto—, y no debiste hacerlo.

—No pareció disgustarte demasiado, además, te recuerdo que tú también me besabas y parecías estar disfrutando.

—Brittany nos estaba mirando y....

Los ojos de Jess ya estaban vidriosos.

—No se te ocurra llorar —le rogó Dan, pero ya era tarde.

Densas lágrimas rodaban por las mejillas femeninas. Dan chascó la lengua, y sin demasiadas ceremonias la sentó sobre sus rodillas y la abrazó. Ella se aferró a su cuerpo como si se tratara de su tabla de salvación. Poco a poco sus lágrimas fueron remitiendo, y sin saber muy bien por qué, acabaron besándose.

Dan se perdió en aquella caricia, se sentía sediento y solo podía pensar en lo bella que estaba. En un movimiento diestro logró tumbarla sobre el sofá y colocarse sobre ella posesivamente. Solo se separó para poder insuflar aire a sus pulmones y clavó su mirada en sus ojos, sintiéndose hipnotizado.

—Estabas tan bonita esta mañana, me quedé sin aliento —confesó con voz melosa.

—¿De verdad? —preguntó Jess, que quería creer en sus palabras.

—Parecías un hada de los bosques.

—¡Oh, Dan!, deja de hablar y sigue besándome —le rogó por miedo a que la magia se rompiera.

La boca de Dan dibujó una sonrisa lobuna y, sin dudar, atrapó sus labios para complacer su demanda. No pensaba en nada, solo en cada caricia que ella le prodigaba mientras sus manos luchaban con los metros de tela de aquel majestuoso vestido. Finalmente, se vio recompensado con la suavidad de sus piernas, y creyó enloquecer al descubrir las medias prendidas por un ligero. El olor del hueco de su cuello, mientras mordisqueaba su piel, hizo que sus instintos se desbocaran.

Una melodía metálica tronó en el silencio reinante y los sacó del reino de pasión donde se encontraban. El sonido provenía del teléfono móvil de Dan, que ambos localizaron sobre la mesa baja a su costado.

—¡No lo cojas! —le rogó Jess, aferrando su cuello.

—Tengo que hacerlo, puede ser importante —replicó deshaciéndose de su agarre.

—Será tu querida Brittany —exclamó Jess cruzando los brazos sobre su pecho con enfado—, *doña perfecta* te reclama.

Dan estaba furioso por el comentario, pero no respondió y se incorporó para ver la pantalla. Le dio la espalda antes de descolgar.

—Brittany, cariño, tranquilízate. Ahora voy, llevaré una rueda de repuesto —dijo antes de colgar.

Dan suspiró frustrado, y al girarse se encontró con Jess, que le observaba fijamente. Sus ojos descendieron hasta encontrarse con sus labios, hinchados por sus besos, y la culpabilidad le atrapó. Si no hubiera sido por la llamada de Brittany, no sabía dónde podría haberle llevado la pasión que se había apoderado de su sangre.

—Supongo que ahora saldrás corriendo como un perrito faldero —le retó Jess con ira latente en su voz.

—Ella es mi novia, no lo olvides —le recordó Dan apuntándole con un dedo amenazante.

—¡Oh, vamos! Hace unos minutos ni te acordabas de su nombre —le recordó.

—*Pequeña* —la llamó—, será mejor que te acuestes, creo que has bebido demasiado.

—¡Maldito seas, Dan Deimon! —gritó enfurecida antes de estampar su mano en su rostro.

Dan no replicó ni se defendió, simplemente se giró y desapareció por el quicio de la puerta, dejándola sola junto a los restos de la pasión compartida.

\*\*\*

Nick había pasado gran parte del día pendiente de localizar a unas reses que habían roto un cercado y se habían dispersado por la zona sur. Había conseguido reunir el rebaño y guiarlo junto al resto. La llegada de la primavera había traído tardes más largas, pero la época de cría había multiplicado el trabajo en el rancho. Necesitaban urgentemente más mano de obra, o más bien un milagro.

Al entrar en la cocina, olisqueó un guiso de carne con patatas que hizo que su estómago rugiera. La *rubita* estaba situada frente a los fogones, y Nick no pudo evitar fijar su mirada en su bonito trasero. Con esfuerzo, la apartó de aquella tentación para situarla en la mesa, que estaba puesta para dos personas.

—Shannon, ¿no piensas darme de cenar? —preguntó sobresaltando a la joven, que se giró para enfrentarle.

—Dan y Jess son unos cabezones y no quieren dejar la cuadra hasta que esa vaca estúpida termine de parir. Hace un momento se han llevado unos bocadillos.

—¿Cenaremos solos? —indagó con una sonrisa ladina que no pasó desapercibida para la joven.

—Sí, incluso puedes repetir si quieres, como comes como un caballo.

Nick frunció el ceño ante su comentario y la miró amenazante.

—Shannon, te estás pasando, deberías tener cuidado.

—Tenlo tú si quieres comer —replicó mientras colocaba la olla sobre una tabla de madera en el centro de la mesa—. Cállate y siéntate de una vez.

—¿A qué vienen tantas prisas? —protestó siguiendo sus indicaciones.

—Vienen a buscarme en un rato y tengo que recoger la cocina.

—¿Dónde vas?

—A mi casa, recuerda que no vivo aquí. Mi madre me reclama. ¡No puede vivir sin mí porque soy extraordinaria! —dijo poniendo una mano sobre su corazón con gesto de dramatismo.

—Déjate de tonterías. ¿Quién va a hacer la comida ahora? —preguntó sirviéndose una generosa ración.

Shannon le observó iracunda antes de responder.

—Ese no es mi problema, pero podrías aprender a cocinar.

—Muy graciosa —refunfuño—. ¿Quién viene a buscarte, *tu mamá*? —preguntó con sorna.

Shannon le fulminó con la mirada antes de responder.

—Red, mi novio.

Nick estalló en sonoras carcajadas.

Shannon se puso roja, presa de una ira incontrolada, y ni siquiera fue consciente de que su mano se dirigía al rostro sonriente de él, que atrapó su muñeca sin esfuerzo.

—Eres una chica mala, pero ni me rozaste —se mofó.

Shannon se mordió el carrillo al verse inmovilizada, pero era una chica con recursos y le daría su merecido por su burla.

Nick no esperaba la patada en la espinilla que le propinó, y se agarró la zona dolorida maldiciendo.

—¿No te hacía tanta gracia? —preguntó la joven con una sonrisa satisfecha en los labios.

—¡Me las pagarás! —amenazó.

—Cuando quieras, pero antes, responde a mi pregunta.

—No imaginaba que ese tal Red fuera tu pareja ideal.

—Métete en tus asuntos, ¿no te lo ha dicho nunca nadie?

—Y tú no vuelvas a agredirme o tendré que tomar medidas.

—No me das miedo, pero no tengo ganas de seguir discutiendo contigo.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, degustando la cena caliente. Pero Nick se aburría, tenía ganas de hablar y decidió preguntar lo que hacía tiempo que deseaba saber.

—¿Hace cuánto conoces a Dan y Jess? —preguntó, sorprendiendo a la joven.

—Jess vivía en Austin con su madre, y cuando murieron sus abuelos, se mudaron.

—¿Hace cuánto de eso?

—Tres o cuatro años.

—¿Y cómo acabaron en este rancho?

—Su madre se casó con el padre de Dan.

—¿Y cómo se llevan?

—Bien, aunque Dan es un auténtico gruñón.

—Parece muy protector con ella.

—Y tanto. Cuando Jess estaba loquita por Red, siempre se interponía.

—¿El mismo Red con el que sales tú ahora? —preguntó confuso.

Shannon le observó como si se tratara de un niño pequeño al que había que explicar todo.

—Empezamos a salir hace poco, en este pueblo no hay mucho donde elegir —comentó con humor—. Y ahora come, que tengo que recoger antes de irme.

—¿Volverás? —indagó Nick sin apartar la mirada de su rostro.

Shannon se asombró ante aquella mirada profunda y la pregunta que vino a continuación.

—Shannon, ¿volveré a verte?

—Por supuesto, no dejaré a mi mejor amiga en medio de dos garrulos como vosotros.

—Me puedes llamar cuando quieras para que vaya a buscarte —se ofreció, sintiéndose estúpido en el acto.

—¡Vaya sorpresa!

—Tus pasteles son deliciosos y los echaré de menos.

—¡Claro!, mis pasteles. Te he dejado uno en el horno, *vaquero goloso*.

—¡Te adoro! Desde este mismo momento soy tuyo.

—Me debes una y ya me la cobraré —le amenazó.

—Cuando quieras, *rubita*.

\*\*\*

Pasaban las once de la noche cuando Dan dejó al ternero y a su madre en un apartado con paja limpia en el granero. Poco antes había logrado convencer a Jess para que regresara a la casa para descansar. Entró en la cocina y sobre la mesa encontró una tartera con el guiso de carne que había dejado apartado Shannon por si tenían hambre, pero estaba tan cansado que ni tenía fuerzas para comer. Subió con paso lento por las escaleras, deseando darse una ducha y acostarse. Al entrar, se sorprendió al escuchar el agua correr en el cuarto de baño y, movido por la curiosidad, se acercó a la puerta entornada y echó un vistazo en su interior.

Contuvo el aire en sus pulmones al descubrir el cuerpo desnudo de Jess a través del espejo que colgaba sobre el lavabo. Sus manos se movían rítmicamente sobre su piel, prescindiendo de esponja, y su larga cabellera estaba cubierta por una capa de espuma. A su pesar, había fantaseado

con ella en sus sueños, pero lo que tenía ante sus ojos superaba con creces sus expectativas. Unas piernas largas y curvilíneas, unos pechos generosos y un trasero que invitaba a ser atrapado entre sus manos. Se recriminó por tener esos pensamientos e intentó retroceder, pero la mala suerte quiso que tropezara con una caja que había en el suelo. Se maldijo por no haber desempaquetado aún sus cosas, y sus ojos volvieron con celeridad al espejo, rezando para que Jess no se hubiera percatado de su presencia, pero ya era tarde porque los verdes de ella le miraban airados mientras intentaba taparse con una toalla azul.

—Lo siento, Jess, no sabía que te estabas duchando —se excusó, apartándose de la puerta por la que segundos después salió Jess.

—¡Dan! —exclamó irritada mientras afianzaba la felpa en torno al cuerpo—, te dije hace una semana que la ducha de mi habitación no funciona.

Dan apretó los puños a los costados. Aquello era el colmo, apenas dormía seis horas al día, bregando con los múltiples problemas del rancho, y ahora la señorita también quería que se dedicara a desatascar tuberías.

—Escúchame bien; estoy harto de trabajar más de doce horas, y sobre todo de escuchar tus constantes protestas.

Jess apretó la toalla entre sus dedos, furibunda por sus palabras, y si hubiera tenido las manos libres, lo habría abofeteado con sumo gusto, pero tendría que conformarse con un duelo dialéctico.

—Pues lárgate de una maldita vez —siseó—, yo no te pedí que vinieras.

—Eso es lo que tendría que hacer, *mocosa del demonio*.

—Yo también trabajo doce horas, además de lavar la ropa, planchar, hacer la compra y un largo etcétera, y nunca protesto.

Jess intentó controlar las lágrimas que pugnaban por salir. Apartó el rostro para que él no las viera, pero fue demasiado tarde. Cuando él la asió por los brazos y la obligó a apoyar su rostro en su hombro se dejó hacer.

—Lo siento, nena, tú también estas muy presionada, quizás lo mejor sería vender el rancho...

Jess le apartó violentamente al escuchar sus palabras.

—Daniel Deimon, no pienso renunciar al rancho. Es mi hogar y, te guste o no, seguiré aquí. Te puedes largar cuando quieras, te mandaré informes a dónde demonios te quieras ir.

—Jess, escucha...

—No —le cortó antes de salir por la puerta hecha una fiera.

—¡Joder! —exclamó Dan frustrado al quedarse solo.

Dio una patada a la caja traidora, y al caer se abrió esparciendo su contenido por el suelo. Su mirada se fijó en el marco que mostraba a Suzanne y su padre el día de su boda, y algo se removió en su interior. Apesadumbrado, recogió su contenido y antes de poder arrepentirse, decidió disculparse con Jess por lo sucedido.

Llamó en varias ocasiones a la puerta y al no escuchar una respuesta, decidió entrar. Jess permanecía tirada sobre la cama, cubierta apenas con un camisón de tirantes veraniego. Tenía los ojos cerrados y escuchaba música en el *mp3*. Se acercó con cautela y se sentó a su lado provocando que el colchón cediera bajo su peso. Los ojos de Jess se abrieron plausiblemente al percatarse de su presencia, y con desgana apagó el aparato de sonido.

—¿Qué quieres? —preguntó Jess, molesta por su presencia.

—Vengo en son de paz —comenzó Dan con precaución—. Tienes razón en todo lo que has dicho, pero sabes que siempre he sido un bruto, tienes que perdonarme.

Jess dudó, mordiéndose el labio inferior, antes de responder.

—Está bien, estás perdonado, pero no vuelvas a tratarme así. —Finalmente, se incorporó y se abrazó al cuerpo masculino.

Dan la recibió sin reticencias, estrechándola contra su cuerpo. Su cabello, aún húmedo, olía a fresas, y su piel parecía sedosa. Deseaba tocarla, y cansado de luchar contra lo que sentía, sus labios buscaron su cuello y disfrutó de su sabor al lamerlo. Ella pareció tensarse con su caricia, pero finalmente se rindió.

Sus labios se encontraron y sus lenguas se abandonaron a una lucha sin tregua por acaparar mayor terreno el uno del otro. Ninguno de los dos se permitió pensar en lo que estaban haciendo porque sabían que si lo hacían, el embrujo que los rodeaba se rompería en mil pedazos. Las manos de Dan recorrían su cuerpo con adoración y cuando sus dedos rozaron el encaje de su ropa interior, creyó que los latidos de su corazón romperían su caja torácica. Aunque nada comparado al notar las pequeñas manos femeninas campando a sus anchas en su pecho.

—¡Dan! —los gritos de Nick desde las escaleras les alertaron—, ¡Dan! Tienes una llamada.

Ambos se quedaron quietos, con los ojos clavados el uno en el otro y con la respiración entrecortada. Los pasos se acercaban por el pasillo, y Dan, antes de que Nick los descubriera en aquella posición, se levantó como un resorte y salió apresurado de la habitación.

—¿Quién es? —preguntó a Nick con brusquedad.

—Raymond Lee, quiere que le llames cuanto antes.

—¿Te ha dicho de qué se trata?

—Un nuevo campeonato. Te ha recomendado a un buen patrocinador.

—¡Un campeonato! —exclamó con ilusión—, voy a llamarle —dijo antes de desaparecer por las escaleras en dirección al salón.

Jess escuchó toda la conversación desde la puerta de su dormitorio, y Nick, al percatarse de su presencia, se le acercó y la observó detenidamente. Sus labios estaban rojos, evidencia de que acababan de ser besados, y junto a la camisa desbrochada de Dan, le confirmaron que algo había sucedido entre ambos.

—¿Te apetece un café y un poco de pastel? —ofreció Nick amistoso al ver la tristeza en sus ojos.

—No —contestó desgana.

—Como quieras, princesa, pero ahora descansa, te exiges demasiado.

—Nunca es suficiente —comentó, pensando en lo sucedido con Dan.

—Lo será en algún momento —vaticinó Nick, que parecía leer pensamientos—, solo tienes que tener paciencia.

Nick besó fraternalmente su frente antes de desaparecer tras la puerta de su dormitorio, dejando sola a Jess, que regresó al propio con pesar. Intentó dormir, pero dio mil vueltas antes de lograrlo. Temía que Dan se fuera y la dejara sola para siempre.

Al día siguiente, sus peores temores se cumplieron. Dan se había marchado a Dallas, según le había contado Nick, para participar en un importante campeonato y dejaba todo en sus manos y en las de Nick.





# CAPÍTULO 12

*Devine, Texas, seis años después*

Jess dio a la tecla de *enter* triunfal, guardando así los últimos cambios que había hecho en el documento. Empezaba a dominar el nuevo programa de contabilidad que le había regalado Nick por Navidad y que había mejorado mucho la tediosa tarea de llevar las cuentas del rancho. Estaba cerrando las del último mes, y la mañana no podía ir mejor. La reciente llamada que había realizado le había confirmado el nuevo contrato con una cadena de hamburgueserías local que quería su carne para sus restaurantes.

Se sentía satisfecha consigo misma. Aún no podía creer que hubieran levantado el rancho de la nada en los años transcurridos desde la marcha de Dan. En los últimos meses no solo se habían incrementado los pedidos, incluso empezaban a tener ofertas de importantes restaurantes de Austin, que querían probar su género. Pero no solo era mérito suyo, Nick había trabajado duro y manejaba el rancho como si se tratara de un reloj suizo. Desde sus comienzos, muchas cosas habían cambiado en el rancho. Ahora tenían contratados a doce hombres, algunos eran del pueblo y otros eventuales, y con tanta gente para comer no les quedó más remedio que contratar una cocinera. Shannon se ofreció para el puesto, y Nick aceptó de inmediato, adoraba la repostería que ella preparaba.

Estaba apagando el ordenador cuando sonó el timbre de la puerta. Recogió los documentos dispersos por la mesa y los metió en una carpeta antes de levantarse y dirigirse a la entrada. Al abrirla, se encontró frente una cara sonriente perteneciente a un desconocido. Era un hombre alto y fornido, y su cabello castaño se ondulaba en sus puntas formando pequeños rizos. Su espesa barba estaba bien cuidada, y sus ojos, azules como el cielo de un día claro, parecían sonreírle. Vestía con sencillez, unos vaqueros azules se ajustaban perfectamente a sus piernas, y una camisa de manga corta de color blanco completaba su atuendo. Lo que más le gustó a Jess fue aquella sonrisa espectacular.

—Buenos días —saludó, tendiendo la mano—. ¿Jessica Deimon?

—Sí, soy yo —respondió Jess correspondiendo al gesto de cortesía.

—Encantado de conocerla. No me habían dicho que eras tan bonita —comentó con galantería.

Jess no pudo evitar sonreír.

—Me voy a poner colorada.

—Si consiguiera eso, me consideraría afortunado, señorita Deimon.

—Todo el mundo me llama Jess —le invitó a tutelarla.

—Se me olvidó presentarme, me llamo Mark, me has distraído con tu sonrisa.

Aquel hombre era un zalamero.

—¿Y cuál es el motivo de tu visita?

—Vengo para el trabajo de investigación de la revista *Black horse*.

Jess hizo memoria hasta dar con la información que buscaba. Unas semanas antes había recibido una llamada de la revista, una de las más reputadas en el mundo de la ganadería. Al parecer, tenían interés en hacer un reportaje sobre pequeños ranchos de la zona para ver cómo era su funcionamiento y cómo lograban expandir su fama a lo largo del condado. El rancho Deimon había sido uno de los afortunados.

—Le esperaba, señor Donovan.

—Llámame Mark, por favor.

—Mark, te presentaré a Nick, es el capataz.

—Me gustaría más que me acompañaras tú, sería más agradable a la visita.

—Nick es más indicado que yo. Sabe el funcionamiento del rancho. Si quieres hacer un buen reportaje, tendrás que hablar con él.

—Tenía que intentarlo —replicó con una sonrisa traviesa—. Jess, te puede parecer descarado lo que te voy a proponer, pero ¿cenarías conmigo esta noche?

—Ya hablaremos más tarde sobre eso —dijo cerrando la puerta a su espalda, indicándole que la siguiera—. Tengo mucho trabajo que hacer antes de la cena, y voy con retraso.

—No aceptaré un no por respuesta, *ojos de gata*.

—Ya veremos, *forastero* —replicó Jess con humor.

—Al final dirás que sí. —Parecía convencido de sus palabras.

—Te veo demasiado seguro, ¿no crees? —cuestionó elevando una de sus cejas.

—Soy un hombre con mucha paciencia.

—Eso puede gustarme.

—Tomaré nota.

Nick le enseñó al periodista las instalaciones, con orgullo, mientras le explicaba su funcionamiento y la forma de trabajar que tenían. Estaba feliz porque el rancho hubiera sido elegido para aquel reportaje porque era bueno para el negocio. Un poco de publicidad no le venía mal a nadie.

No se lo había comentado a Dan, aunque estaba convencido de que no le importaría. Estaba demasiado ocupado con su propia vida como para preocuparse por las cosas del rancho. Se conformaba con mandar un cheque mensual y escuchar de sus labios algún detalle. Ni siquiera le preocupaba la parte de sus ganancias, como si fueran minucias para él. Había sido así desde que había empezado a trabajar para los Lee.

Nick extrañaba a su amigo, aquel chico lleno de ilusiones que amaba el rodeo, y que se había convertido en un hombre amargado que solo se preocupaba por sus asuntos. Seguía saliendo con Brittany, según tenía entendido, y no llegaba a comprender el por qué no le había pedido el divorcio a Jess, pero no era asunto suyo.

Tras acompañar al periodista hasta su coche, decidió pasarse por la cocina por si *la rubita*

necesitaba algo. Entró rumiando sus pensamientos, pero cuando traspasó la puerta y se encontró a Red cruzando la cara de una bofetada a Shannon, su cuerpo se tensó y sus puños se apretaron a sus costados. Pudo distinguir las lágrimas en los ojos femeninos y un hilo de sangre que corría por su barbilla.

No tardó ni medio segundo en llegar a ellos y coger a Red por el cuello, furioso por lo que acaba de presenciar.

—Cabrón de mierda, no vuelvas a tocarla —le amenazó pegando su nariz contra la de su contrincante—. Lárgate de mi vista si no quieres que te rompa los dientes.

Red se deshizo de su agarre de un empujón y se colocó la camisa antes de dirigirse a la salida.

—Shannon, ya hablaremos tú y yo —amenazó a la joven, ignorando la mirada fiera del capataz.

—¡Hijo de perra! —exclamó Nick sin poder contenerse mientras se dirigía hasta él como un resorte.

Le dio un derechazo que acertó en plena cara antes de empujarle hasta la calle y meterle en el coche. Cuando vio que este se alejaba en dirección a la salida del rancho, entró de nuevo en la cocina.

Encontró a Shannon sentada en una silla, abrazada a sus rodillas y con el rostro oculto en ellas. Se arrodilló junto a ella y abrazó su cuerpo tembloroso hasta que ella pareció tranquilizarse.

—Cielo, no llores más, ya pasó —susurró cerca de su oído.

—Nick, no puedo más —confesó entre hipos—. Últimamente no hace más que pedirme dinero, las cosas no van bien desde que cerró el taller. Ha empezado a beber y cada vez es más agresivo.

—Shannon, tienes que dejarle —le rogó, elevando su rostro con un dedo bajo su barbilla, y clavando su mirada en sus ojos.

—Lo sé —aceptó mientras buscaba en su bolsillo un pañuelo.

—¿Y por qué no lo haces? —replicó Nick con vehemencia.

—No me presiones, ¿vale? —le advirtió poniéndose a la defensiva y apartando la mano que rozaba su piel de un manotazo.

Nick respiró hondo y contó hasta diez para no decirle lo que pensaba. Estudió atentamente su rostro y sus ojos se detuvieron en la marca roja de su pómulo, que pronto mudaría de color, y la sangre de su labio. En aquel momento deseó coger la furgoneta y seguir al coche de aquel cabrón para darle su merecido, pero sabía que de nada serviría, quizás para que ella se uniera más a él y eso no podía permitirlo.

—Linda, levanta tu precioso trasero de la silla y vete a descansar.

Ella no se movió, no le gustaba recibir órdenes, y Nick lo sabía.

—Vamos, nena, no querrás que esos sucios vaqueros te vean echa un trapo y te pierdan el miedo, ¿verdad? —Había tocado la tecla correcta, lo sabía.

—Tengo que hacer la cena —se excusó la joven.

—No te preocupes, pediremos unas pizzas, a los chicos les encantará.

—Pero...

—Les diré que me pediste la noche libre. Mañana hablaremos con tranquilidad, ahora descansa.

Shannon abandonó el lugar que ocupaba y esperó a que él se incorporara para regalarle una mueca de sonrisa.

—Nick, gracias —le agradeció besando su áspera mejilla.

—¿Cuál era la favorita de Jess?, ¿cuatro quesos? —preguntó para que ella no percibiera la intensidad de sus sentimientos.

—Jess tampoco vendrá a cenar, va a salir con ese Donovan.

—No me había dicho nada —comentó sorprendido.

—Me lo dijo a mí, para eso soy su mejor amiga. Ahora necesito una ducha caliente y perderme entre las sábanas.

—Descansa, preciosa. —se despidió al verla caminar hasta la escalera.

Shannon se giró y clavó sus ojos azules en su rostro.

—Nick, ni una palabra de esto a nadie —le advirtió.

El asintió con la cabeza antes de verla desaparecer.

Conocía a Shannon como a la palma de su mano y sabía que preferiría morir antes de que nadie conociera lo sucedido. La amaba desde hacía demasiado tiempo, y se sentía frustrado al no poder intervenir en lo que estaba pasando. Cuando ella se ofreció como cocinera para el rancho, se ilusionó como un chiquillo ante la perspectiva de verla todos los días, y a pesar de saber que llevaba años saliendo con Red, no perdió la esperanza de poder conquistarla alguna vez. Ahora la situación había dado un giro dramático. Red había traspasado un límite y ella parecía haber abierto los ojos. Por primera vez podía tener una oportunidad, pero la situación era delicada, tenía que ir despacio y tener paciencia. Llevaba años esperándola y no iba a dejarla escapar. Amaba su risa, su voz, su cuerpo y, sobre todo, su corazón.

Tras hacer el pedido para la cena, se acercó a la nevera y cogió una cerveza helada. Degustó el primer trago y agradeció su frescor. Se sentó en la silla que poco antes había ocupado Shannon y reflexionó sobre los últimos acontecimientos. Era la primera vez que Jess aceptaba quedar con un hombre y eso le gustó. En todos aquellos años, desde la marcha de Dan, no había visto a Jess aceptar ninguna cita, y no por falta de oportunidades. Pero ese periodista había logrado lo impensable, y no podía negar que le parecía un buen tipo y era simpático, le gustaba para Jess. Esperaba que aquel hombre lograra hacerla feliz, porque ya era hora de que la joven lo fuera tras tantos sacrificios en nombre del rancho Deimon. Se merecía una oportunidad de ser feliz.

\*\*\*

*Dallas, Distrito Farmers Market*

Dan se encontraba en su despacho en la planta trece del edificio Center Lee, situado en la zona empresarial de la ciudad. Era primera hora de la mañana y una torre de carpetas ya esperaba sobre su mesa para ser revisadas.

Desde su retirada de las competiciones, tras una grave lesión por una caída, se dedicaba a estudiar aburridos informes sobre cadenas hoteleras interesadas en comprar carne de primera categoría, o bien, investigaba a la competencia para mejorar sus ofertas y poder conseguir los contratos más ventajosos.

Cerró una de ellas y cogió la taza que reposaba sobre una bandeja cercana que había dejado su secretaria poco antes para descubrir que ya estaba helado. Colocó los codos sobre la superficie de cerezo y dejó su barbilla apoyarse sobre sus manos antes de bostezar. Estaba aburrido de tanto papeleo y de aquellas cuatro paredes. Añoraba los rayos de sol sobre su piel, pero a eso se había reducido su vida, pensó con agonía.

Vivía con Brittany desde hacía cuatro años en un lujoso apartamento situado junto al Parque *Klyde Warren*, y hacía tres trabajaba en la empresa de los Lee. Lo que más odiaba de su nueva profesión era tener que vestir traje de lunes a viernes y tener que afeitarse todos los días. Lo peor de todo era escuchar a Brittany comentar con sus amigas que lo había *refinado*. Para ella solo era un trofeo que exhibir en las cenas del club de campo de *Highland Park*.

Llevaba meses sintiéndose un idiota, gris como los trajes que vestía, pero cuando se desahogaba con Brittany solo encontraba incomprensión. Cuando le decía que necesitaba ejercicio físico, le decía que fuera al gimnasio, cuando lo que en verdad necesitaba era volver a montar un buen caballo, cosa que ella odiaba. No le convencía utilizar las máquinas o pesas, y mucho menos codearse con los hombres de negocios que encontraría en el prestigioso establecimiento deportivo. Aquel ritual solo era un acto social más, de esos que encantaban a Brittany.

Y para empeorar las cosas, últimamente se había empeñado en que disolviera aquel *absurdo matrimonio*, como ella solía llamarlo. Según ella, había pasado mucho tiempo y ya era hora de anularlo. Dan no era tonto y sabía lo que significaba, quería escuchar campanas de boda. Cuando Brittany quería algo, no cejaba en su empeño, pero él no estaba preparado para el matrimonio, nunca lo había estado. Su vida había girado demasiado deprisa en los últimos años y sentía la necesidad de tomarse un tiempo para plantearse lo que en verdad le hacía feliz.

El sonido del teléfono le sacó de sus ensoñaciones y lo cogió con movimientos diestros. Al escuchar la voz de Brittany al otro lado de la línea, se pinzó con los dedos el puente de la nariz.

—¿Otra cena? —preguntó iracundo, pero no pudo rechistar tras una parrafada por parte de Brittany, no tenía ganas de discutir.

—Sí, por supuesto, en cuanto acabe aquí, iré a cambiarme y llegaré a tiempo.

Más reprimendas.

—Te aseguro que no llegaré tarde. Adiós. —Cortó la llamada sin un beso de despedida, que era lo usual al principio de su relación.

Subió la manga de su costoso traje gris marengo y comprobó, en su reloj de oro, que en una hora tenía una reunión con la compañía Albany. Tenía que volver al trabajo si no quería que se acumulase. Cogió una de las revistas especializadas del montón a su izquierda y la revisó con aburrimiento, maldiciendo su mala suerte, comparándose con un pobre oficinista pendiente de la hora.

Al llegar a la sección de Feriados dejó de pasar las hojas de papel cuché. Una foto a todo color llamó su atención y no pudo evitar que sus ojos acariciaran el rostro femenino. Se quedó unos segundos paralizado, como si fuera un fantasma del pasado, y su corazón latió acelerado. Leyó ávido el texto a su costado y no pudo evitar sentir orgullo por lo que Jess había logrado con el pequeño rancho que había pertenecido a su familia. Se había esforzado tanto en olvidarla que casi lo había

logrado. Encontró una instantánea en la página siguiente, y sus dedos aferraron fuertemente la publicación. Ante sus ojos aparecía de nuevo ella, junto a un atractivo hombre que posaba su brazo sobre sus hombros. Y como un soplo del pasado, los celos atenazaron su estómago. ¿Qué significaba aquello?, ¿una macabra broma del destino? Quizás era una señal de que debía enfrentarse a su pasado y ver qué hacer con el resto de su vida.

Al finalizar la jornada, ya había tomado una decisión al respecto. Necesitaba tiempo para pensar, sin Brittany pegada a su espalda, y había decidido tomarse unas semanas de vacaciones. Volvería al rancho para relajarse y tomar algunas decisiones. No lo había hecho antes por cobardía, temía enfrentarse a Jess después de cómo la había tratado. Sabía que no sería bien recibido, sobre todo por Nick, que no le había perdonado por lo sucedido y por su huida. Pero había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos y tomar las riendas de su vida, no como hasta entonces, que habían estado en las manos de Brittany y los Lee.

Cuando se lo comunicó a Brittany, esta se lo tomó mejor de lo que esperaba. Sospechaba que se debía a que pensaba que iba a firmar los papeles del divorcio para casarse con ella. Dan no se molestó en sacarla de su error, prefería emprender la guerra por separado, porque, como decía su padre, «el que mucho abarca poco aprieta», y no quería que ella se plantara en el rancho antes de tener claro qué iba a hacer con el resto de su vida. Lo que sí tenía claro era que no quería seguir metido en el agujero que era su oficina, muriendo como una polilla al amparo de una luz amarillenta.

# CAPÍTULO 13

Nick regresaba del pueblo cuando divisó el coche de Shannon aparcado cerca del río, escondido tras una arboleda. Había pasado una semana desde lo sucedido con su novio, y no pudo evitar preocuparse al encontrarla en un lugar tan apartado. No se fiaba de un hombre como Red, parecía peligroso y no dudaba que la haría daño si tenía la oportunidad.

Aparcó junto a la cuneta y se internó por el camino de tierra hasta llegar a la orilla, donde la encontró sentada sobre una piedra. Sus zapatillas deportivas estaban a un costado y sus pies chapoteaban en el agua cristalina.

Shannon había ido hasta allí para poder pensar en soledad. Llevaba tiempo sintiéndose vacía, como los primeros años de su adolescencia, cuando había sufrido un infierno que nadie conocía, era demasiado orgullosa como para compartir sus penurias. Su padre era un hombre amargado que no la quería, la culpaba a ella de su casamiento con *aquella borracha estúpida*, como solía llamar a su madre. Shannon no podía culparla por caer en aquel agujero que era la bebida, no debía ser fácil saber que el hombre al que amabas se acostaba con cualquier cosa con falda que se cruzaba en su camino. Por eso había aceptado el puesto de cocinera en el rancho, para poder huir de aquel hogar que nunca fue dulce para ninguno de sus integrantes. Hacía menos de un año que su madre había fallecido y no tenía interés en la vida que llevaba su progenitor, al que odiaba con todas sus fuerzas.

En su fuero interno siempre había buscado un verdadero amor, como los que prometían los libros románticos que devoraba hasta altas horas de la madrugada. Ahora sabía que era solo una quimera, no había encontrado ninguno que la amara entre aquellos hombres con los que había salido. Su último fracaso había sido Red, con el que había salido intermitentemente a lo largo de los años. Había creído ilusamente que sería él, que funcionaría, pero su sueño se convirtió en pesadilla al descubrir que bebía en exceso e incluso se había atrevido a levantarle la mano. Por nada del mundo estaba dispuesta a pasar por el mismo caos que había vivido junto a su madre. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a confiar en un hombre, lo sabía, y lo más inteligente sería olvidarse de ellos y empezar de cero su vida. Quizás debía plantearse hacerlo lejos del rancho, lejos de Devine.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando escuchó a su espalda una ramita romperse, se volvió sobresaltada y con el corazón acelerado, pero soltó el aire de sus pulmones al descubrir el rostro familiar de Nick que le sonreía.

—Buenos días, rubia —la saludó simulando alegría—. Vi tu coche aparcado y pensé que estarías aquí.

—Quería estar sola —contestó hoscamente.

—¿No piensas decirme cómo estás?

Ignoró su mal genio, sentándose a su lado.

—Vaquero, no me apetece hablar, lárgate.

—Por lo menos me insultas, eso es una buena señal.

—¿No escuchas nunca? —replicó con ira mal contenida—. No tengo ganas de verte a ti ni a

nadie.

—Shannon, no te pongas así conmigo, yo no tengo la culpa —se defendió.

Nick se sorprendió al clavar su mirada en su rostro y descubrir lágrimas correr por sus mejillas. No pudo contenerse y se arrimó a ella para tomarla entre sus brazos y apretarla contra su cuerpo.

—Tranquila, cielo —intentó tranquilizarla—, yo estoy aquí.

Shannon no pronunció palabra, simplemente se dejó acunar hasta que su cuerpo dejó de convulsionarse. Aquellos minutos le parecieron horas a Nick, pero aguantó estoicamente hasta que ella estuviera preparada para hablar.

—¿Estás mejor? —preguntó con temor cerca de su oído.

—No lo sé —confesó Shannon, avergonzada por mostrar su debilidad ante él.

—Princesa, dime que sí, lo necesito.

Shannon giró su rostro para enfrentarse a sus ojos. Estaban demasiado cerca y algo en su interior vibró, pero lo ignoró.

—Nick, quiero que mi vida cambie —sus palabras le asustaron, pero dejó que continuara sin interrumpir—, por primera vez quiero tomar las riendas y no dejarme llevar por la marea. Demostrar lo que valgo y dejar de temer a la soledad, que es la que provoca que me sienta necesitada de algo que nunca encontraré en un hombre. Quiero ser feliz.

—Shannon, vales mucho, que nada te haga dudar. Y no debes temer a la soledad, todo el mundo te quiere en el rancho —«yo más que nadie», pensó—. Ese es tu hogar, y nosotros somos tu familia. Piensa en ello. Además, eres una mujer valiente si consigues lidiar a diario con nosotros: los sucios y gárrulos vaqueros, eso es tener coraje —bromeó mientras apretaba su hombro.

—Nick, deja de decir tonterías —le amonestó, pero una leve sonrisa afloraba en sus labios.

—Cuando tú hagas lo mismo.

—Está bien —aceptó la joven, notando que las fuerzas volvían a su espíritu gracias a sus palabras—. Pero la primera medida que voy a tomar en mi nueva vida es olvidarme de los hombres. Necesito tiempo para crecer como persona y conocerme a mí misma antes de hacerlo con nadie.

—¡Y yo que pensaba seducirte! —exclamó con gracia, aunque no distaba mucho de la realidad—. Tendré que conformarme con ser solo amigos.

—Eres un ganso, *sucio vaquero*, pero en el fondo me caes bien.

—*Rubita*, eres tan sutil como un elefante en una chacharería —comentó con humor—. Me insultas de esa forma tan sutil que apenas me entero, me encantas.

—Yo también te quiero —replicó Shannon con sorna, sin percatarse del cambio que se había producido en su rostro ante sus palabras—, pero recuérdame que te regale un frasco de colonia por Navidad, hay veces que apestas a estiércol...

—¿No crees que te estás pasando, cocinera de tercera?

\*\*\*

Jess se arreglaba el cabello frente al espejo con cierto nerviosismo. Era su tercera cita con Mark y no estaba segura de a dónde la llevaba aquella relación. Solo tenía claro una cosa, y era que le gustaba su sentido del humor y que la hacía reír. Hacía tanto tiempo que no lo hacía pensó con



pesar, que ya había llegado el momento de divertirse tras estar encerrada en su vida durante años. El rancho iba viento en popa y podía relajarse, no se acabaría el mundo por ello.

Tras comer en un pequeño restaurante, en el condado cercano, decidieron pasar la tarde del domingo pescando. No hubo demasiada suerte, al parecer, la pesca no era lo suyo, pero disfrutaron conversando sobre sus respectivas vidas. Acabaron jugando a las cartas sentados sobre una manta de cuadros escoceses bajo la sombra de un árbol cercano a la orilla. Ella le derrotó en casi todas las manos, y Mark, como venganza, se la había comido a besos entre risas y bromas.

Llegaron al rancho cuando ya había anochecido, y Mark no renunció al ritual al que se había acostumbrado desde que salían. La acompañó hasta la puerta y la besó con intensidad. Jess se sentía como una quinceañera que nunca había salido con un hombre. Y realmente era así, porque desde que lo dejó con Bobby Reinols, no había vuelto a hacerlo con ningún otro. Tampoco ayudaba mucho que en el pueblo la consideraran una mujer separada, no divorciada, las ideas retrogradadas no perecían fácilmente. Se sentía defraudada con el género masculino, que solo parecía pensar en el sexo, una unión para la que ella no estaba preparada. Pero todo eso había cambiado gracias a Mark, que le hacía sentir la mujer más bonita del mundo y se preocupaba por ella. Con él estaba dispuesta a saltar al vacío y sin red, había llegado el momento de vivir sin una sombra del pasado a su espalda.

—¿Mañana vendrás a cenar? —le invitó.

—Sí, ya estoy contando las horas para volver a verte —respondió sin apartarla de su cuerpo.

—¡Tonto! —le amonestó antes de posar sus labios en los masculinos en un tierno beso se despedida—. No llegues tarde, estaré esperando.

—Volveré antes de lo que te imaginas.

—Hasta mañana.

—Que duermas bien, princesa —se despidió antes de subir a su coche y desaparecer en la oscuridad de la noche.

Jess entró en la casa con una sonrisa tonta en los labios. Sentía como si flotara mientras caminaba por el pasillo, pero al llegar al salón, se encontró con una maleta grande de color negro situada a un costado. No esperaban ninguna visita, y Nick no tenía ningún viaje previsto para esos días. Un sexto sentido le decía que no le iba a gustar nada aquella visita imprevista.

Un sonido en la cocina la alertó y cuando llegó al umbral, se quedó inmóvil como una escultura. Allí se encontraba Dan tomando una cerveza frente a la nevera abierta. La tenue luz azulada iluminaba su rostro, y la nuez de su garganta se movía rítmicamente mientras bebía con ansias la bebida espumosa. Su pelo castaño iba perfectamente cortado y peinado, nada que ver con el que recordaba, algo más largo y revuelto. Su piel bronceada ahora se mostraba más pálida en comparación con la de antaño. Apenas reconocía a aquel hombre, y menos con aquel traje gris perla que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, acentuando sus músculos.

Dan se giró al percatarse de su presencia, y clavó sus intensos ojos negros sobre su persona. No dijo nada, simplemente la observó, estudiando su aspecto. Su cabello cobrizo se extendía suelto a través de la espalda y parecía ligeramente revuelto. Su curvilíneo cuerpo iba cubierto por un sencillo vestido rosa que llegaba hasta sus rodillas, donde dejaba a la vista sus bronceadas piernas. Una chaqueta de lana blanca cubría sus brazos, suponía que para protegerlos del frescor que solía

levantarse por la noche. En una mano llevaba la caña de pescar y en la otra, una cesta de mimbre.

—¿Sueles ir a pescar así vestida? —preguntó con voz iracunda.

—¿Qué?... —boqueó Jess sorprendida por su pregunta.

Su cuerpo se negaba a moverse, como si se hubiera convertido en una estatua de hielo. Su corazón había dejado de latir por unos momentos al verle. Dan había irrumpido de nuevo en su vida como un fantasma del pasado, un pasado que pretendía olvidar.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con voz gélida.

—He venido de vacaciones —contestó Dan con tranquilidad mientras apoyaba su cadera contra la encimera—, esta también es mi casa.

—¿A qué has venido? —cuestionó.

—Jess, tranquila, no diré nada de ese tipo que te trajo a casa. Puedes seguir acostándote con él —soltó como si tal cosa antes de dar un trago a la botella que portaba en su mano.

—Esta también es mi casa, y no permitiré que me hables así. Mi vida privada no es asunto tuyo y, por favor, desaparece de mi vista lo antes posible —concluyó girándose, dispuesta a marcharse, pero su voz la retuvo.

—Jess, vengo para anular el matrimonio, así podrás salir con ese tipo, deberías estarme agradecida, te estoy haciendo un favor.

La aludida se giró iracunda, dispuesta a enfrentarle. Dejó la cesta a un costado y la caña de pescar apoyada en una esquina antes de acercarse. Contuvo con esfuerzo las ganas de abofetearle.

—Claro, por supuesto, ahora mismo los firmo, así puedes marcharte por dónde has venido.

—Preciosa, no tengo ninguna prisa.

—No me llames así —siseó enfadada.

—Y a ti no se te ocurra echarme de mi casa, te he dicho que estoy de vacaciones.

—Esto no es un balneario. Si piensas quedarte aquí, trabajarás como el resto. —Una sonrisa fría surgió en sus labios—. Si recuerdas cómo se hace.

—¿Cómo tú te *trabajabas* a ese guaperas del porche?

El sonido de una bofetada rompió el silencio reinante. Dan se palpó la mejilla agraviada antes de clavar sus ojos en ella.

—Deja en paz a Mark.

—Me importa una mierda... —comenzó, pero un gesto de mano de Jess le hizo callar.

—Lo mismo pienso, me importa una mierda lo que pienses, solo quiero que desaparezcas de mi vida lo antes posible. —Sin añadir nada más, abandonó la cocina con paso enérgico.

Cuando Jess desapareció por el corredor, Dan dio un puñetazo sobre la mesa con frustración. Había sido horrible volver a verla, y más al comprobar que estaba más hermosa que nunca. No había querido discutir con ella cuando llegó, pero la rabia se apoderó de su cuerpo al verla a través de la ventana besándose con aquel tipo. La sangre había hervido en sus venas, siempre había sido así respecto a Jess, solo que ahora se daba cuenta que se trataba de unos celos incontrolables que bullían como la espuma.

Deambuló por la casa como un sonámbulo, y al entrar en el despacho de su padre, se dio cuenta de los cambios producidos. Había una bella mesa de roble en el centro de la habitación que se usaba a modo de escritorio. Un ordenador portátil lo presidía y, a su lado, varios papeles se agrupaban en perfecto orden. En sus márgenes había anotaciones manuscritas por Jess. ¡Cómo conocía aquella letra!, había leído tantas veces sus cartas a lo largo de los años, que era como si la tuviera grabada a fuego en su mente. Hacía tiempo que las extrañaba, había tenido que guardarlas celosamente para que Brittany no las rompiera.

Se giró y en una de las paredes se encontró con varios marcos, en uno de ellos descubrió los rostros sonrientes de sus padres el día de su boda. Con un dedo siguió el contorno de sus facciones, deseando tenerlos a su lado en aquel momento.

Una voz conocida sonó a su espalda y se sobresaltó.

—Parece que Jess tenía razón —dijo sentándose en una butaca de cuero frente al escritorio—, has vuelto.

Nick se había cruzado con Jess en la escalera, estaba muy enfadada y echaba chispas por los ojos. Cuando le preguntó cuál era el problema, le respondió que Dan estaba en la cocina, tomándose tranquilamente una cerveza.

—Deberías haberme avisado antes de venir, no me gusta ver enfadada a Jess, cuando se pone de ese humor, no hay quien la aguante.

—Nick, no me vengas con chorradas, tú también te has guardado cosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin comprender.

—¿Quién es ese Mark?

—Un periodista, está realizando unos estudios sobre los ranchos de la zona.

—¿Y qué demonios hacía magreando a Jess en el porche? —preguntó fuera de sí mientras ocupaba una silla frente a su amigo.

Nick le miró fríamente antes de responder.

—No creo que sea asunto mío ni tuyo tampoco.

—Lo es si una revista quiere hacer un reportaje sobre el rancho y nadie me informa.

—No pensé que fuera importante. Hablaron directamente con Jess y ella aceptó, pregúntale al respecto. Si has venido hasta aquí, será porque ya no la tienes miedo.

—Nick, no seas cabrón —le espetó molesto.

—No me insultes por decir lo que pienso.

—¿Cuánto tiempo lleva saliendo con él? —preguntó iracundo, quería saber más de aquella relación y ya había perdido la paciencia.

—Dan, te daré la información referente a mi trabajo, pero nada más.

—¡Maldita sea!

—No me dedico a espiar la vida privada de Jess. ¡Por Dios!, Dan, es una mujer hecha y derecha. Además, yo también tengo mis propios problemas.

—¿Qué te pasa? —preguntó sintiéndose mal.

—Es una mujer que me gusta demasiado, pero todo es demasiado complicado.

—¿La conozco? —indagó con curiosidad.

—Es Shannon, ha roto con Red, ese cerdo la pegaba.

Cada vez que recordaba las señales en su rostro deseaba volver a romperle la nariz.

—¡Saco de mierda! —exclamó Dan apretando los puños—, nunca me gustó ese tipo.

—Te juro que no volverá a tocarla.

—Te creo.

—Como verás, no tengo la cabeza para andar vigilando a una mujer adulta. Jess puede salir con el hombre que le apetezca. Siempre que la trate bien, me basta. Desde que sale con Donovan, la veo feliz, incluso sonrío. Hacía demasiado tiempo que no lo hacía. Quiero verla feliz.

—Pero... —Dan intentó objetar, pero Nick se lo impidió con un gesto de mano.

—Dan, ¿qué buscas?

—Nada.

—Déjala tranquila.

—¿Me estas amenazando?

—Tómalo como quieras, solo te digo que no permitiré que vuelvas a hacerle daño otra vez.

—¿Por qué no soy bien recibido en mi propia casa? —preguntó frustrado.

—Fuiste tú el que se marchó —le respondió Nick, que no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Bien, ya veo cómo están las cosas —aceptó Dan mientras se levantaba del sillón que ocupaba—. Me voy a descansar, ha sido un día muy largo. Mañana madrugo, la *jefa* me ha dicho que si quiero quedarme, tengo que mover el culo.

—Se ha convertido en una mujer dura —aseveró Nick con una media sonrisa pintada en los labios—. Lleva el rancho mejor que cualquier hombre.

—Quién lo iba a decir, cuando llegó aquí, no había visto una vaca en su vida.

—Yo tampoco te imagino a ti empotrado en una mesa de oficina como un... ¿ejecutivo?

—Yo he nacido aquí, no lo olvides. Esta tierra pertenece a mi familia desde hace generaciones.

—Está bien que lo recuerdes.

—Nick...

—Hasta mañana, *oficinista* —le soltó a modo de despedida antes verle abandonar el despacho.



# CAPÍTULO 14

Dan se levantó temprano aquella mañana. Cuando iba a la oficina, se despertaba horas más tarde, pero su cuerpo pareció agradecer el cambio de rutina. Rebuscó en su armario y encontró unos viejos vaqueros azules y una camisa de cuadros rojos de la época en que vivía allí. Lo primero que hizo fue ir al establo para sacar el estiércol del día anterior y poner heno nuevo. Tras dar la vuelta a todo el edificio, estaba cansando, sudado y olía fatal, pero se encontraba mejor que nunca.

Estaba guardando los apeos en el cuarto de arreos cuando escuchó que alguien entraba en el establo con un caballo. Era Jess, vestida con unos ajustados pantalones negros, una camisa azul y unas botas marrones de montar. Su pelo iba recogido dentro de un sombrero crema.

Ella dejó al animal en su apartado y le acarició la cabeza mientras le susurraba palabras al oído. Cuando el caballo piafó, fue consciente de que había alguien más allí y al girarse, se encontró con Dan, situado a su espalda. Se apartó del lugar que ocupaba y lo enfrentó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó mirando a su alrededor—, parece que has empezado a mover el culo .

—*Jefa*, sus deseos son órdenes.

—*Oficinista*, parece que no te has olvidado de cómo trabajar.

—Me gustaba más cuando me llamabas *sucio vaquero*. No soy un oficinista blandengue.

—Como quieras, no tengo tiempo para tonterías. Ahora puedes ir a los pastos del sur, hay unas cercas que reparar.

—Veo que te has acostumbrado a mandar, pero conmigo te lo puedes ahorrar. Hazlo con ese amiguito tuyo.

—Se llama Mark —le cortó molesta.

—Me importa una mierda cómo se llama, no me gusta —expresó lo que pensaba.

Jess le miró con fuego en los ojos. La conocía demasiado bien y sabía que estaba muy enfadada.

—¿Crees que me importa lo que pienses? —cuestionó elevando una de sus cejas perfectas—, pues te equivocas. Dan, ¿qué quieres?

—Nada —respondió con inocencia.

—Creí que querías que te firmara esos papeles, lo haré hoy mismo.

—No hay prisa —intentó tranquilizarla.

—Te equivocas, ahora soy yo quien quiere hacerlo. Luego te largas.

Dan sintió como sus músculos se tensaban. No había ido hasta allí para firmar unos malditos papeles, solo necesitaba pensar en qué quería hacer con el resto de su vida, pero le iba a resultar difícil si Jess le retaba a cada momento. Se acercó a ella peligrosamente, hasta arrinconarla contra la pared del edificio.

—Nena, ya sabes que no me gusta que me manden.

—¡Claro!, *vaquero*, tu solo te dejas manejar por los Lee, lo había olvidado...

Con un movimiento rápido, que Jess no esperaba, Dan la empujó contra la pared a su espalda, acorralándola con su cuerpo. Su boca descendió como un halcón sobre su presa, y terminó atrapando sus labios en un beso salvaje. Ella intentó resistirse, pero cuando sus lenguas se encontraron, no pudo controlar su cuerpo, que actuaba por su cuenta. Un fuego infernal los envolvió abocándolos a la pasión que siempre había existido entre ellos. Nada había cambiado en esos años que habían estado separados.

Finalmente, fue Dan quien se separó para recuperar el aliento.

—Jess, a mí nadie me controla, no lo olvides.

—No vuelvas a besarme —siseó.

—Lo haré cuando me plazca, recuerda que eres mi mujer.

—Claro, Dan, esa a la que abandonaste y que todo el mundo en el pueblo miraba con lástima.

La pobre Jess, que no supo retener al *jindomable Dan Deimon!*

Ella se limpió la boca con la manga de la camisa y pasó dignamente a su lado sin añadir nada más, dejando a Dan sin palabras, sintiéndose como un cerdo al imaginar lo que debía haber pasado tras su marcha.

A pocos metros de la casa, Jess apuró el paso, deseando llegar a la intimidad de su dormitorio. El corazón le latía fuertemente contra el pecho, y su cabeza zumbaba por la tensión y los nervios. Subió las escaleras corriendo, y solo se sintió a salvo cuando cerró la puerta a su espalda. Se apoyó contra ella y se encontró con su propio reflejo en el espejo. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios rojos por el beso. Los palpó con manos temblorosas para comprobar que estaban hinchados. Se dejó resbalar contra la superficie y acabó sentada en el suelo. Abrazó sus rodillas y escondió la cabeza entre ellas antes de que las lágrimas poblaran su rostro. No podía seguir amándolo, negó una y otra vez, no podía permitir que Dan volviera a destruir su mundo.

Solo había una forma de echarle definitivamente de su vida, y para ello necesitaba la ayuda de Karen. Cuando se hubo tranquilizado lo suficiente, cogió el teléfono que reposaba sobre la mesilla y le rogó que preparara la demanda de separación contra Dan y se la mandara por correo urgente. La amiga de su madre dudó, pero le prometió que se pondría a trabajar en ella inmediatamente.

\*\*\*\*

Tras una larga jornada de trabajo, Dan se duchó, y tras ponerse ropa limpia, decidió bajar a cenar. Las cosas en el rancho habían cambiado mucho y aún no se acostumbraba a encontrarse con tanta gente pululando por el lugar. Recordaba con nostalgia a Roger, que había fallecido años antes, y el equipo que formaban para sacar adelante aquellas tierras. Ahora se sentía extraño en aquella casa que no reconocía.

Al llegar a la cocina se encontró con un murmullo de conversaciones en torno a una gran mesa que albergaba a todos los trabajadores. Los vaqueros bromeaban entre ellos mientras se servían sendas tajadas de carne asada que había preparado Shannon aquella tarde, esta escuchaba atentamente a Nick. No pudo evitar clavar su mirada en Jess, sentada muy cerca de su *novio*. Hubiera deseado apártalo con un empujón, pero se contuvo y buscó un lugar libre para acomodarse.

Durante la cena estuvo taciturno y apenas abrió la boca para responder a alguna pregunta directa del hombre a su derecha. Solo podía pensar en ella, ni siquiera era capaz de estar más de un minuto sin posar la mirada en la pareja que tenía frente a sí. No le fue fácil contenerse cada vez que veía a Mark dedicar miradas cargadas de deseo a Jess, que se reía tontamente con sus palabras. Los celos atenazaban su estómago al ver que Jess le dedicaba toda su atención a aquel tipo salido de la nada.

Se había engañado a sí mismo cuando había decidido volver. No había sido la nostalgia lo que le había hecho regresar al rancho, ahora lo sabía. El detonante había sido ver a Jess en los brazos del periodista en aquella revista. Lo que sentía por ella, y que había negado mil veces, ahora salía a la luz. Amaba a Jess y siempre había sido así. Lo había tenido delante de sus narices todo el tiempo, pero no lo había querido ver. Solo había sido feliz una vez en la vida, y había sido estando junto a ella. Sabía que no iba a ser fácil recuperarla, pero no iba a dejar de intentarlo, tenía que luchar por ella, y para eso, primero, debía solucionar las cosas que había dejado pendientes en Dallas. Sabía que Brittany montaría en cólera, dado su carácter, pero le importaba un bledo. No era una marioneta de los Lee como pensaba Jess, y tenía que demostrárselo.

Jess intentaba mantener una conversación coherente con Mark, pero le era imposible con la mirada de Dan clavada en ellos. Se consolaba pensando que en una semana se marcharía y todo volvería a la normalidad. Él solo la había hecho sufrir, despreciándola en innumerables ocasiones y destrozando su corazón. ¿Quién se creía que era para volver y poner su mundo patas arriba? En otro tiempo le habría recibido con los brazos abiertos, pero ahora no, ahora estaba Mark, que la trataba como a una mujer a la que admiraba y adoraba, todo lo contrario que Dan.

Tras la cena, Dan subió la escalera dirección a la habitación de Jess, tenía que hablar con ella con urgencia después de lo que había descubierto sobre sus sentimientos. Ella se estaba despidiendo de *don perfecto* en el porche, pero prefería no pensar en ello porque si no, bajaría y le echaría del rancho a patadas. Mientras esperaba, se dedicó a husmear. Junto a la ventana había una estantería de roble repleta de recuerdos; fotos de su madre, de sus padres juntos y una de la propia Jess montada en un caballo, era la misma que él llevaba en la cartera, descolorida por el tiempo y por el roce de sus dedos. El trofeo que él había ganado en su primer campeonato presidía la balda superior. Lo cogió en sus manos y lo acarició con reverencia, Jess lo había guardado todo ese tiempo a pesar de que decía despreciarle. Volvía a colocarlo en su sitio cuando la puerta se abrió a su espalda.

Jess entró y se quedó petrificada al encontrarse a Dan en su dormitorio. No tenía fuerzas para enfrentarse a él porque había sido un día muy duro. Las vacas estaban empezando a dar a luz y había que hacer un exhaustivo control y recogida de datos que no podía esperar. Todo ese trabajo, añadido al estrés que le provocaba la llegada de Dan, aumentaba la presión sobre sus hombros y no sabía si sería capaz de soportarlo.

—Dan, ¿qué quieres?, no tengo ganas de discutir, vete.

—No —se negó cruzando sus brazos sobre su pecho.

—¿Cómo que no? Quiero que salgas inmediatamente de *mi* dormitorio. —le enfrentó con las



manos sobre sus caderas.

A Dan no le gustaron sus formas, y a pesar de que solo quería hablar, su genio ganó la batalla.

—Jess, *mi vida*, deberías decir *nuestro* dormitorio.

—¿De qué demonios estás hablando? —explotó Jess furibunda—. Has debido beber algo que te sentó mal esta tarde cuando saliste con los chicos al pueblo —le espetó.

—Recuerda que eres mi mujer y tengo todo el derecho.

—Aggg —gruño molesta mientras apretaba los puños a los costados—. Está bien, como quieras, hay más camas.

Jess caminó hasta la puerta con la intención de salir, pero Dan fue más rápido y en dos zancadas llegó a su lado y la cerró, aprisionándola contra la misma en el arco que formaban sus brazos.

—Tú no vas a ninguna parte.

—¿Quién te crees?, ¿mi dueño?

—Jess, no te engañes, eres mía cuando te beso, cuando te abrazo y cuando me miras como haces ahora mismo.

—Dan —le llamó con voz dura—, apártate ahora mismo.

La cercanía de Dan la estaba mareando, pero no podía permitir que él lo percibiera.

—Nena —dijo mientras acariciaba su mejilla con su nariz—, solo tengo que besarte para demostrarlo. Tú y yo lo sabemos ¿No crees, pequeña?

Jess sacó fuerzas de flaqueza y consiguió apartarlo con un fuerte empujón.

—¿Por qué demonios eres tan cabezota? ¿No me escuchas cuando te hablo? Nosotros no estamos casados de verdad, fue solo un acuerdo temporal.

—Quiero que eso cambie, necesito que sea real.

—¿Que quieres qué?, recuerda que fuiste tú el que te largaste.

—Me equivoqué —intentó excusarse.

—¿Y crees que con eso basta? Por Dios, Dan, nosotros ya no somos nada —replicó con lágrimas contenidas—. Estoy intentando ser feliz. Nunca he salido con nadie desde que nos casamos, nunca me han llevado a cenar a un bonito restaurante ni me han regalado flores... y ahora que le importo a alguien, llegas tú de nuevo para ensombrecer mi vida. ¡Te odio!

Jess le empujó con todas sus fuerzas para apartarle, y con movimientos bruscos abrió la puerta para abandonar la habitación con un sonoro portazo.

Dan se encerró en el despacho y se refugió en una copa de whisky. La hizo girar para que la bebida se enfriara gracias a las tres piedras de hielo que había añadido. Se sentía más frustrado que en toda su vida, pero sabía que Jess tenía razón en todo lo que le había dicho, pero sobre todo en una cosa, se había dado cuenta demasiado tarde de que la amaba. No tenía derecho a irrumpir de nuevo en su vida con la pretensión de que cayera en sus brazos rendida, cuando nunca se había tomado la molestia de conquistarla. «¿La habré perdido para siempre?», se preguntó con un nudo en el estómago.

Allí le encontró Nick horas más tarde, seguía bebiendo de la botella que descansaba sobre la mesa. Su amigo se sentó frente a él y vio el estado en el que se encontraba.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

Dan se giró y le observó antes de contestar.

—La he perdido para siempre —confesó con voz cargada de pesar.

—¿A Brittany?

—No, a mi pequeña Jess.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Nick asombrado.

—He sido un gilipollas. La he amado siempre, pero nunca lo he querido aceptar. Ahora ya es tarde.

—Quizás aún no es tarde —profetizó enigmáticamente.

—Sé que me odia, me lo ha dicho.

—Comprende que intenta apartarte como mecanismo de autodefensa, pero te aseguro que esa mujer te ha amado como nadie en tu vida y no creo que de la noche a la mañana algo tan fuerte se pueda borrar.

—¿Ya no estás enfadado conmigo?

—Yo no he dicho eso, tendrás que esforzarte —replicó con humor.

—Pero me estás dando esperanzas —contestó clavando su mirada en la de su amigo.

—Sé que ella aún siente algo por ti. Creo que deberías conquistarla, a fin de cuentas, nunca lo has intentado, ¿verdad?

—No.

—Solo te advierto una cosa —dijo señalándole con un dedo acusador—, si vuelves a hacerle daño, te arrancaré la piel a tiras. Antes de hacer nada, analiza bien lo que sientes por ella. Cuando lo tengas claro, ve a Dallas y arregla tus asuntos con los Lee. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Bien.

—Gracias, Nick.

—Ahora vete a la cama, ya has bebido demasiado, así no puedes competir con *don perfecto*.

# CAPÍTULO 15

Dan se había levantado al alba aquel martes para llegar a primera hora a Dallas. Eran cuatro horas y media de viaje en coche, y aunque podía haber cogido un vuelo directo, había preferido la carretera para poder llevarse sus cosas de la casa que había ocupado durante los últimos años. Al llegar a la ciudad, decidió desviarse a la zona empresarial, en el distrito Farmers Market, antes de verse con Brittany, que no esperaba su llegada.

Aparcó en el sótano del edificio Lee, en la plaza reservada para empleados, y subió en el ascensor hasta la planta trece. Al no encontrar a Raymond Lee, ausente por un viaje de negocios, decidió dejar una carta de dimisión en la mesa de su despacho. Estaba seguro que iba a entrar en cólera cuando se enterara de que había dejado la relación con su sobrina, pero le importaba una mierda lo que los Lee pensarán.

Salía del despacho cuando divisó a Donovan haciendo lo propio por una puerta cercana. Se ocultó tras unas plantas de plástico y lo observó con perspicacia hasta que desapareció en el ascensor. «¿Qué demonios hace aquel periodista de pacotilla reuniéndose con el abuelo de Brittany?, ¿qué clase de relación tendrá con el señor Lee?, y lo más importante, ¿sabrá Jess que tiene tratos con los que tanto odia?», se preguntó confuso.

Chery, la secretaria de la familia, escribía velozmente sobre el teclado. Era una mujer simpática y de buen talante que siempre tenía una sonrisa en los labios. Las fotos de sus nietos campaban a sus anchas en su amplio escritorio y, aun así, se mantenía en perfecto orden.

La conocía desde hacía mucho tiempo y no dudó en aproximarse hasta su mesa para entablar conversación y recabar información sobre el asunto que ahora ocupaba todos sus sentidos. Llegó sonriente y aposentó su trasero en el borde de la mesa antes de preguntarle por las *fierecillas*, como ella los llamaba. Sabía que le encantaba que preguntaran por sus nietos. Tras unos minutos de charla, Dan le preguntó por Mark.

—La verdad es que no sé a qué se dedica exactamente, pero viene cada dos semanas a visitar al señor Lee.

—Gracias, Chery, eres un amor —la aduló—. Y Cuida de esos angelitos —dijo con humor mientras le guiñaba un ojo.

—Ya lo intento, pero a veces me vuelven loca.

—Pero los adoras.

—Tiene razón, señor Deimon, no lo puedo evitar.

—Bueno, ahora tengo que irme, gracias por todo.

Se sentía liberado tras dar el primer paso para su nueva vida, pero aún tenía que ir al apartamento para recoger sus cosas y hablar con Brittany, que imaginaba entre las sábanas. No se

levantaba nunca antes de las once.

La conocía demasiado bien para saber que no se tomaría bien la ruptura. Esperaba una reacción colérica, no era la clase de persona que asumía bien los desplantes. Y lo comprobó al poco de su llegada, cuando le gritaba que *un don nadie como él* no tenía derecho a rechazarla, que debía besar el suelo que ella pisaba. Dan la ignoró mientras metía sus escasos enseres en dos cajas, solo se llevaría lo suyo.

—¡Te arrepentirás de esto! —prosiguió fuera de sí mientras Dan precintaba los cartones y los llevaba al hall.

—Brittany, no insistas, nuestra relación está muerta.

—Mi tío te destruirá por ridiculizarme de esta forma —le amenazó.

—No le tengo miedo —dijo saliendo del dormitorio que habían compartido.

—Es por ella, ¿verdad? —indagó agarrando el brazo de Dan con fuerza.

—No sé a qué te refieres —contestó liberándolo con un movimiento.

—No te hagas el tonto, me refiero a esa pueblerina que está casada contigo.

—No pienso discutir más, es una pérdida de tiempo.

Brittany le observó con intensidad. No había creído que Dan hablara en serio cuando le había dicho que se marchaba. Pensó que solo quería hacerse el interesante para que ella le suplicara, pero cuando vio las cajas y sus maletas junto a la puerta, se puso como una gata salvaje, arañándole la cara antes de que él saliera por la puerta del lujoso apartamento que compartían.

En el viaje de regreso al rancho, Dan no dejó de dar vueltas a las extrañas visitas de Donovan a las empresas Lee. Si antes no le gustaba, ahora era aún peor porque no se fiaba de sus intenciones respecto a Jess. Sabía bien que si aquel tipo tenía trato con los Lee, debía estar alerta porque eran gente peligrosa y dudaba sus intenciones, y más después de su ruptura con la princesa del clan.

\*\*\*

Las últimas semanas habían sido duras para Jess, pero tenía que sacar fuerzas de flaqueza para continuar con sus tareas. Esa noche tenía que inscribir en la base de datos del ordenador los nacimientos de los terneros, especificar su peso, raza y color para llevar el control que les exigía la asociación de ganaderos. Odiaba aquella burocracia, pero era necesaria para el buen funcionamiento del rancho a pesar de ser una tarea lenta y tediosa. Tras varias horas de trabajo se quedó dormida encima del escritorio, presa del agotamiento.

El portátil permanecía encendido y a su lado reposaba una taza de café a medias cuando Dan entró. Se acercó hasta ella, procurando no hacer ruido, y observó su rostro demacrado. Bajo sus ojos se adivinaban unas marcas azules que delataban la falta de sueño y descanso, y los huesos de su rostro demostraban que había perdido bastante peso en los últimos tiempos. Aun así, era la mujer más bella que había conocido en su vida. Sabía que no iba a ser fácil conquistarla después de todo lo que había sucedido entre ellos, pero no pensaba rendirse ahora que tenía claro lo que sentía por ella. Había sido un cobarde, lo sabía, y que había huido de sus propios sentimientos, pero pensaba enmendar sus errores en un viaje a los sentimientos que esperaba que le condujera a su corazón.

La cogió entre sus brazos con delicadeza y la alzó para llevarla hasta su habitación, donde la tumbó sobre la cama y arropó con una sábana. No pudo evitar quedarse unos segundos admirando la

imagen que mostraba, y mil sentimientos recorrieron su cuerpo.

Regresó al despacho y se puso manos a la obra con el trabajo que había dejado Jess, a pesar del día largo que pesaba sobre sus hombros. Al menos de algo le iba a servir lo que había aprendido en las empresas Lee, sabía bastante sobre almacenar datos. Despuntaba el alba cuando terminó de teclear y dio al botón de *enter* para guardar los datos. Se masajeó las cervicales para intentar relajar sus músculos agarrotados tras horas en la misma postura. Estaba agotado, pero reconfortado por la tarea realizada. Se apoyó completamente contra la butaca de cuero y se pinzó el puente de la nariz.

—*Oficinista* —le sobresaltó la voz de Nick, que le observaba desde el quicio de la puerta—, tenemos problemas.

Dan se incorporó alarmado.

—¿Qué sucede?

—El depósito del agua de la zona sur ha sido sabotado. Toda la tierra a su alrededor está enfangada. Tenemos que repararlo antes de que se quede seco. Ya he mandado a una cuadrilla hasta allí.

Dan se frotó el rostro con ambas manos antes de colocarse el sombrero y seguir a Nick que ya se dirigía al exterior.

—Últimamente están pasando cosas muy raras en el rancho —comentó el capataz—, primero fue lo de la misteriosa muerte de algunos terneros, luego el incendio de uno de los pequeños almacenes de herramientas, y ahora lo del agua.

Dan se estaba empezando a preocupar seriamente, y su único sospechoso en aquel momento era Donovan.

—Ha sido ese maldito periodista, todo esto ha sucedido desde su llegada.

—Dan —le llamó Nick frustrado mientras giraba la llave de contacto de la furgoneta para ir a donde trabajaban los hombres—, ya hemos hablado mil veces de este asunto. Sé que no te fías de Donovan, pero no pienso acusar a nadie sin pruebas, y mucho menos meterme en la vida de Jess.

—Aún no te he contado lo último —expresó Dan enigmáticamente—. Ayer, cuando fui a la empresa de los Lee para presentar mi renuncia, descubrí a Donovan saliendo del despacho del abuelo de Brittany.

—¿Renunciaste? —preguntó Nick girando su rostro, sorprendido.

—Sí, te he dicho cien veces que pienso quedarme en el rancho y luchar por Jess, pero eso no es lo importante. Ese Donovan se trae algo con los Lee, y no me gusta. Le pregunté a la secretaria y me dijo que solía visitar al viejo asiduamente. No sabía a qué se dedica ni qué asuntos tiene con el señor Lee.

—¡Mierda!

—Amigo, no me gusta nada todo el asunto, solo te pido ayuda. Ella no tiene por qué

enterarse.

—Dan, no creo... —intentó negarse Nick.

—¡Nick, joder! Los Lee son peligrosos, los conozco bien.

—Está bien —cedió Nick finalmente mientras aparcaba junto al depósito afectado—. Haré unas llamadas, ya sabes que tengo algunos contactos, pero esto queda entre tú y yo, ¿de acuerdo?

—Gracias, amigo.

—No me has contando que tal fue con Brittany.

—No se lo tomó demasiado bien, pero me importa una mierda. He estado engañado durante demasiado tiempo, solo espero no haber llegado tarde.

—Yo también lo espero.

—Pienso comenzar con el baile de ganaderos, intentaré que Jess vaya conmigo.

Nick no pudo evitar reír a mandíbula batiente a pesar de la cara de disgusto que le dedicó Dan.

—Lo vas a tener difícil —profetizó—, pero bueno, no te quito la ilusión.

—¿Y tú? —preguntó Dan, ignorando sus palabras.

—Voy a ver qué me dice la *rubita*.

—Suerte, tú tampoco parece tenerlo muy fácil —replicó Dan, palmeando su hombro.

\*\*\*

Cuando Jess se despertó, estaba algo desorientada, apartó la sábana que la cubría y descubrió que todavía tenía puesta la ropa del día anterior. Lo último que recordaba era estar pasando datos al ordenador mientras se tomaba un café bien cargado, no sabía cómo había llegado hasta su dormitorio. Quitó importancia al asunto y se incorporó frustrada, hubiera querido terminar aquel trabajo para estar libre el resto de la semana, ya que apenas había podido ver a Mark en aquellos días y le extrañaba.

Decidida, posó los pies sobre el suelo y ordenó a su cuerpo moverse hasta llegar al baño para darse una buena ducha que despejara sus ideas, tenía un día largo por delante. Agradeció el chorro de agua caliente sobre su cuerpo, y tras secarse el pelo con una toalla, se puso ropa limpia y bajó al despacho. Cuando abrió la carpeta donde se guardaban los datos, y comprobó que todo estaba contabilizado y cerrado conforme a sus últimos apuntes, abrió y cerró los ojos incrédula. Se estaba volviendo loca porque juraría que no los había acabado.

—Siempre trabajando —le achacó Shannon con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿No piensas desayunar? —la amonestó.

Jess le dedicó una sonrisa antes de apagar el ordenador y levantarse para seguirla hasta la cocina.

—Lo siento, tenía que hacer unas cosas —se excusó mientras colocaba el azucarero sobre la mesa.

—Te he preparado unos huevos revueltos. Últimamente, apenas comes.

—¡Oh!, vamos, Shannon, no te comportes como mamá oso.

Shannon la miró con el ceño fruncido mientras servía dos tazas de café y se sentaba frente a ella en la mesa.

—Y tú no te comportes como una niña malcriada.

—Vale, vale, firmemos una tregua. ¿Qué tienes pensado hacer hoy? —preguntó antes de llevarse el tenedor a la boca.

—No demasiado, tengo la comida y el almuerzo de los chicos listo.

—¡Genial! Entonces puedes acompañarme a buscar un vestido nuevo para la fiesta cena de ganaderos —le ofreció Jess con ilusión—, y de paso, podrías mirar algo para ti.

—Jess, ya sé que es el acontecimiento del año en Devine, pero no estoy segura de ir tras lo sucedido con Red.

—Shannon, no voy a permitir que te pierdas la feria de ganado ni el baile. Red es agua pasada. Además, este año van a montar una gran noria y varias atracciones a las afueras del pueblo. Los fondos que se recauden se destinarán a reformar el viejo gimnasio de la escuela.

—No sé —dudó su amiga mientras daba vueltas a su desayuno con el tenedor—, no me apetece demasiado, además, no tengo vestido.

—Ven conmigo a la tienda de Nancy —le ofreció, aunque no pudo evitar sonreír cuando el gesto de su amiga se torció.

Sabía bien por qué su amiga no estaba muy contenta con su propuesta. Nancy era una mujer divertida y dinámica que había dejado todo en Austin para empezar una nueva vida allí. Al parecer, un antepasado de su padre había vivido en Devine, y al ir a visitar la zona, se enamoró del lugar. Hacía poco más de tres meses que había llegado y todo el mundo la quería. El problema de Shannon radicaba en que Nick había quedado un par de veces con ella para jugar al billar y tomar unas cervezas. Desde entonces, Shannon estaba de peor humor que nunca, sospechaba que se debía a que Nick le gustaba más de lo que pensaba. También sabía que Nick adoraba a Shannon desde hacía años, había sido muy listo al ponerla celosa con Nancy.

—Déjalo, no tengo con quién ir —se excusó.

—¿Y Nick? —preguntó Jess elevando una ceja.

—No sé de qué estás hablando —refunfuño Shannon recogiendo la mesa.

—A mí no me engañas, sé que no te gusta Nancy porque anda detrás de Nick, pero no es culpa suya si tú no te decides.

—No tengo nada que...

—Nick lleva años loquito por tus huesos, y es un buen hombre. ¿Por qué no le abres la puerta?

Shannon se giró como una exhalación y clavó sus ojos azules en su amiga.

—¿Cómo tú con Dan?

—Eso ha sido un golpe bajo, entre Dan y yo no hay nada, solo cenizas. No seas estúpida y piensa en lo que te he dicho.





# CAPÍTULO 16

Había sido una mañana larga para Nick, pero al menos habían logrado solucionar el problema del depósito y salvar la mitad del agua que contenía para que los animales que pastaban en la zona pudieran beber. Se encontraba cansado y sudoroso, pero antes de ir a su habitación, decidió pasarse por la cocina para ver a Shannon, con la esperanza de que dulcificara su humor. La encontró sacando una bandeja del horno con una remesa de pan caliente mientras una gran olla de aluminio humeaba en el fogón. Tras las semanas transcurridas desde su ruptura con Red, Shannon volvía a ser la de siempre. Estaba embelesado, admirando su trasero, cuando ella se dio la vuelta para enfrentarle.

—*Vaquero*, ¿otra vez entras en mi cocina con las botas llenas de barro? —le recriminó con las manos en las caderas.

—¿Me vas a castigar? —preguntó mientras se quitaba el sombrero y lo colocaba en el perchero que colgaba de la pared.

Su sonrisa seductora hizo que el corazón de Shannon galopara en su pecho.

—Debería, eres un sinvergüenza.

—Estoy deseando verlo —la retó.

—Déjate de tonterías, ¿a qué has venido?, aún es pronto para la comida.

—Quería darme una ducha, huelo a estiércol, ¿quieres frotarme la espalda?

—Deberías llamar a Nancy para eso —replicó ofuscada mientras le daba la espalda y se dirigía a remover el guiso.

Nick sonrió y se acercó hasta ella. ¿Shannon estaba celosa? Si era así, su plan estaba dando sus frutos.

—Podría, pero preferiría que lo hicieras tú —dijo atrapando su cintura para voltearla y tenerla frente a frente.

—Pues olvídalo —replicó Shannon, que apenas podía respirar—, yo no soy mujer para ti. Puede frotarte la espalda quien vaya a ir al baile contigo.

—Solo iré a ese maldito baile contigo —afirmó tajante sin apartar la mirada de su rostro—. ¿Qué me dices, *rubita*?

Shannon tembló por su contacto y por la intensidad que mostraba su rostro.

—¿Qué? —preguntó Nick con impaciente—, ¿te has quedado sin palabras?

—No entiendo, ¿y Nancy?

—Si quisiera ir con ella no te lo habría pedido a ti.

—No sé si creerte —replicó la joven apartándose, necesitaba su espacio.

—Shannon, por favor, he esperado mucho tiempo.

—¿Para qué?

—Necesitaba que estuvieras preparada para salir conmigo, pero ya no puedo más —le confesó con miedo.

—¿Quieres decir que solo salías con Nancy para ponerme celosa?

—Quizás —respondió remolamente mientras metía sus manos en los bolsillos de su vaquero.

Shannon sonrió antes de acercarse de nuevo a él, que la miró sorprendido. Colocó sus manos sobre sus hombros y se puso de puntillas para poder llegar a sus labios, que acarició con los propios levemente.

Nick, tras su contacto, perdió la poca paciencia con la que contaba y con un brazo la alzó para apoderarse del hueco de su boca. Se perdió en su sabor y disfrutó de la fruta prohibida que había deseado durante años.

Cuando el beso finalizó, ya que ambos se habían quedado sin aliento, Nick la dejó en el suelo con delicadeza.

—¡Guau! Besas muy bien, *vaquero* —exclamó Shannon con voz ronca.

—Entonces, ¿eso es un sí a irás a la cena de ganaderos y al baile conmigo? —preguntó Nick expectante.

—Por supuesto, estoy deseándolo.

\*\*\*

Jess revisaba los libros de contabilidad con aburrimiento mientras jugueteaba con la calculadora que tenía frente a sí cuando escuchó un gran revuelo en el exterior. El escándalo procedía del patio trasero de la casa. Salió del despacho, en dirección a la cocina, y se encontró a Dan frente al fregadero. Se acercó para descubrir que su antebrazo sangraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada a su pesar mientras cogía un paño limpio de uno de los cajones.

—Uno de los gatos se ha quedado atrapado en el manzano y cuando he subido a rescatarlo, se puso rabioso y me arañó con ganas —explicó mientras achicaba los ojos al notar el contacto con el agua.

Sin decir palabra, Jess atrapó su antebrazo y lo secó con el trapo que portaba en sus manos. Cogió el botiquín, situado sobre la nevera, y se dispuso a curar las heridas. Durante el proceso, Dan no apartó la mirada de su rostro.

—Daniel Deimon, deja de mirarme así —le reprendió.

—Lo siento, no puedo evitarlo, eres demasiado bonita —la endulzó.

—Pues evítalo, me molesta —le dijo cortante.

Dan ignoró su advertencia y continuó con su escrutinio. Mientras Jess colocaba las tiritas en su piel, notó cómo sus manos temblaban, y se sintió seguro de sí mismo, tanto fue así que se atrevió a atrapar su cintura con la mano que tenía libre y la acercó a su cuerpo hasta que sus pechos impactaron contra el propio.

Ambos se medían con la mirada, atrapados por el momento.

—Será mejor que me sueltes —siseó Jess forcejeando.

—No lo puedo evitar —ronroneó Dan embriagado con su aroma.

—¡Deja de decir eso y suéltame de una maldita vez! —gruñó exaltada.

—Hablas demasiado —replicó Dan antes de atrapar sus labios.

Jess no esperaba que Dan la besara, por lo que no tuvo tiempo de reacción para lo que se acercó. Una amalgama de sensaciones la recorrió, y a pesar de que su cabeza le decía que tenía que apartarle, su cuerpo actuaba por cuenta propia. De su garganta surgió un pequeño gemido de placer que no pasó desapercibido para él, que intensificó la caricia.

Dan sabía que debía aprovechar aquel momento que le había regalado la providencia. La había pillado con la guardia baja y había logrado llegar a la pasión que recorría sus venas por mucho que ella hubiera intentado negarlo. Sus manos recorrieron su espalda y percibió cómo temblaba con sus caricias. Sin perder tiempo, atrapó su cintura y la aupó para situarla sobre la encimera a su espalda. Siguió recorriendo su piel hasta llegar a su cuello, donde mordisqueó con gusto. Sus manos ya se afanaban en desabrochar su camisa, deseoso de llegar a sus pechos, ocultos tras un sujetador de color rosa con pequeños bordados en negro. Siguió descendiendo con su boca hasta llegar a uno de ellos mientras Jess se aferraba a su pelo jadeante.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —susurró contra su piel.

—No mientas —le rogó.

—No lo hago, te lo juro, siempre fue así. Me volvías loco y eso me daba miedo, por eso siempre me aparté.

—Dan., ¿porque me haces esto? —preguntó intentando apartarlo, pero él no se lo permitió.

—Jessica Turner, te quiero —confesó sin temor, había llegado el momento de sincerarse.

No le pasó inadvertida la tensión que se apoderó del cuerpo femenino. Y cuando ella le dio un empujón para apartarle, se dejó hacer.

—No me mientas más, por favor —le rogó con intensidad.

—Jess, no lo hago, de verdad que te amo.

—Por favor, Dan, no me hagas esto —le rogó tapando su rostro con ambas manos.

—Jess, fui un gilipollas, ahora lo sé, y me gustaría borrar todo lo sucedido entre nosotros para empezar de cero, pero sé que eso no puede ser. Solo espero que puedas perdonarme algún día. Te he amado desde la primera vez que me insultaste en esta cocina, y ni el tiempo ni la distancia podrán cambiar eso.

Jess quería creer en sus palabras, lo necesitaba, pero la desconfianza hacia él estaba demasiado arraigada en su interior. Estaba a punto de hablar cuando se abrió la puerta a su espalda. En un acto reflejo, se cerró la camisa mientras sus mejillas se coloreaban por la vergüenza de encontrarse en aquella posición y semidesnuda. Cual no fue su sorpresa al descubrir que quien había interrumpido su conversación era Brittany, seguida por su tío y su abuelo.

Dan se giró a tiempo de averiguar de quién se trataba, y en un gesto protector, se situó delante de Jess para que pudiera recomponerse.

El primero en hablar fue Raymond Lee, que los observaba incrédulo.

—¿Has dejado a Brittany por esa? —soltó con desprecio mientras señalaba a Jess con dedo acusador.

—No creo que sea asunto suyo, ¿qué hacen aquí? —preguntó con voz acerada.

—Llego de un viaje de negocios y me encuentro a mi sobrina llorando y tu carta de renuncia en mi mesa. ¿Cómo tienes el valor de magrearte con esta pueblerina cuando estás comprometido con mi sobrina?

—No tengo que darle ninguna explicación a usted, sino a Brittany, y ya lo hice.

—Muchacho, no digas tonterías, sabes perfectamente que solo tengo que mover un dedo y todo tu mundo se irá al carajo —le amenazó.

—No le tengo miedo.

—Pues deberías. Estoy dispuesto a olvidar lo ocurrido si vuelves a Dallas y te casas de una maldita vez con mi sobrina.

—Eso va a ser imposible, yo ya estoy casado, no lo olvide.

—No te niego que la pueblerina es guapa, pero mi sobrina...

—No le permito que insulte a *mi esposa* —le advirtió acercándose con los puños apretados a los costados—. Si ha venido a mi rancho a insultarme, ya sabe dónde está la puerta.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Raymond incrédulo, no estaba acostumbrado a que nadie se le enfrentara—, con todo lo que me debes...

Dan cortó su discurso con un gesto de mano.

—He trabajado muchos años para usted, no le debo nada.

—Chico, creí que tenías más cabeza. Me parece bien que te diviertas bajo las faldas de esa mujer... —dijo observando a Jess, pero sus palabras se extinguieron en sus labios al fijarse en su rostro, que le resultó familiar, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Hijo de perra! —exclamó Dan antes de estampar su puño contra su rostro. No iba a permitir que él ni nadie se refirieran a Jess como si se tratara de una mujerzuela cualquiera.

En ese momento entró Nick, que sujetó a Dan para que no siguiera golpeando al señor Lee, tendido en el suelo. Había oído los gritos desde el exterior, y al ver el coche lujoso aparcado en el exterior, intuyó que no podía tratarse de una visita de cortesía.

El único que se mantenía al margen de la situación era el abuelo, que sujetaba a su nieta, que parecía una gata salvaje mientras escupía palabras mal sonantes a Jess, que se mantenía apartada, angustiada por la situación.

—Chico, ¡te voy a arruinar! —gritó Raymond Lee mientras se levantaba y palpaba su labio, del que manaba un pequeño reguero de sangre—. Me conoces muy bien y sabes que soy un mal enemigo. Voy a destruirlos a ti y a esa putita....

—¡Tú no vas a hacer nada! —tronó la voz del abuelo, sorprendiendo a todos los presentes—. Cállate y vámonos.

Raymond clavó una mirada airada en su padre, pero al descubrir su gesto gélido, acató su orden de mala gana. Cogió del brazo a Brittany y salió de la casa con paso firme, seguido de cerca por el anciano.

Nick aún tardó unos segundos en soltar a Dan, que todavía permanecía con los puños apretados. Jess estaba acobardada, asustada por lo sucedido, y en cuanto su cuerpo reaccionó, salió corriendo hasta su habitación seguida por Shannon, que había presenciado parte de la disputa.

—Dan, por favor, tranquilízate —le rogó Nick, intentando que su amigo fijara sus ojos en su rostro—. Vamos a tomarnos una copa y hablamos sobre lo sucedido.

—No me apetece, solo quiero destrozar a ese tipo —replicó con odio.

—Deja ahora eso, tengo que hablar contigo de algo importante.

Dan le siguió a regañadientes hasta el despacho, donde Nick sirvió dos vasos generosos de whisky. Dan dio unos tragos largos, y cuando estuvo más tranquilo, observó a su amigo, esperando a que hablara.

—¿Estás mejor? —preguntó Nick recostándose en su silla.

—No, como ese cabrón vuelva a acercarse al rancho o a Jess, te juro que le mato.

—Dan, ponte en su situación —intentó hacerle recapacitar—. Si tú fueras el tío de Brittany, y un hombre que llevara años saliendo con ella la dejara de la noche a la mañana, reaccionarías igual que él.

—Pero...

—Sabes que tengo razón —le cortó.

—Puede ser —admitió Dan finalmente—. Bueno, dejemos el tema, ¿qué querías decirme?

—También tiene que ver con los Lee, he hablado con mi contacto.

—Suéltalo de una vez, no tengo precisamente un buen día.

—Mi amigo ha descubierto que, en los últimos años, el abuelo de Brittany ha conseguido importantes contratos para nuestro rancho.

—¿Qué? —boqueó Dan incrédulo—. ¿Por qué haría eso?

—En principio pensé que era para ayudarte a ti, pero luego está lo de Donovan, algo no cuadra.

—¡Te dije que ese tipo no era trigo limpio! —exclamó Dan.

—Trabaja para el viejo desde hace unos meses. Es como si tuviera interés en controlar todo lo que pasa aquí y con Jess.

—Mañana viajaré hasta Dallas, tengo que hablar con él.

—No creo que sea buena idea —le dijo Nick preocupado.

—Amigo, no me fio de los Lee, son demasiado peligrosos.

—¿No sería mejor que mi contacto siguiera investigando?

—No puedo esperar cuando se trata de Jess.

—Está bien, lo entiendo, pero ten cuidado.



# CAPÍTULO 17

Calvin Lee no levantó la vista de los papeles que estaba revisando cuando se abrió la puerta de su despacho. Sabía bien quién acababa de entrar, era Daniel Deimon, le esperaba desde hacía días. Suponía que había ido hasta allí en busca de respuestas, lo sabía porque alguien cercano al *chico* estaba figgando en sus asuntos. A su pesar, le caía bien y no le había defraudado. Era tan listo como pensaba y estaba seguro de que deseaba saber sobre su interés por su rancho. Se merecía saber la verdad a pesar de lo sucedido con Brittany. Conocía mejor que nadie a su nieta y sabía que lo superaría.

—No digas nada —le ordenó mientras, con un gesto, le ofrecía que se sentara frente a él—, sé que vienes por lo de los contratos que he desviado a tu rancho. Supongo que quieres una explicación.

Dan se removió molesto en la silla y observó al anciano, incrédulo. «¿Cómo puede saberlo?», se preguntó sorprendido, y como si el señor Lee hubiera leído su mente, respondió.

—Sé cuando alguien mete la nariz en mis asuntos.

—Señor Lee... —Dan intentó hablar, pero el hombre le cortó con un gesto de mano.

—A ti te lo permito porque me caes bien.

—No entiendo nada —exclamó Dan frustrado.

—Ahora lo harás, pero lo que hablemos no puede salir de aquí.

—Entendido, pero hable de una vez —le apremió Dan perdiendo la paciencia.

—He ayudado a tu rancho por un buen motivo, no soy una hermanita de la caridad.

—Tiene que ver con Jess, ¿verdad?

—Siempre pensé que eras demasiado listo —comentó con una media sonrisa.

El anciano se levantó del lugar que ocupaba para dirigirse al mueble bar, donde sirvió dos copas y le tendió una a Dan, que apenas podía controlar su nerviosismo.

—Cuando mi hijo era más joven, tenía a muchas chicas detrás de él —prosiguió tomando de nuevo asiento—, fueron muchas las desdichadas que tuvieron la mala suerte de caer en sus redes.

—¿Y eso que tiene que ver con Jess?

—La paciencia es una virtud que debes aprender —le aconsejó antes de proseguir con su relato—. Una de esas chicas acababa de llegar de un pequeño pueblo cercano a Austin para cursar sus estudios. En aquel entonces, Raymond estudiaba empresariales para encargarse del imperio Lee. La joven en cuestión se quedó embarazada, y mi hijo le entregó un dinero para que se deshiciera del problema y la abandonó a su suerte. Suzanne Turner decidió no abortar y siguió adelante con una valentía que admiro.

Dan sintió que un sudor frío recorría su cuerpo, y su corazón dejó de latir en su pecho al comprender todo lo que implicaba las palabras del señor Lee.

—El resto de la historia ya la conoces. Yo solo quería ayudar a mi nieta.

—¿Por qué no dijo nunca nada? —cuestionó sin comprender.

—Sé que si lo supiera, nos odiaría para siempre. Solo pretendo que esté bien y que sea feliz.

—¿Cuándo lo supo?

—La primera vez que la tuve ante mí, sus ojos son iguales a los de mi difunta esposa. —Un halo de tristeza recorrió su rostro—. Contraté a una prestigiosa empresa de investigación y lo descubrió todo. Sé que su vida no ha sido fácil, y si supiera toda la verdad, la llenaría de rencor.

—Respecto a Donovan —indagó Dan sin poder contenerse.

—Siempre supe que ella estaba enamorada de ti —comentó con una sonrisa en los labios—, pero creí que tú no sentías nada por ella. Mandé a Donovan hace unos meses con la esperanza de que se enamorara de él y fuera feliz.

—¿De dónde lo sacó?

—Es el hijo de un viejo amigo, es un buen hombre —le defendió al ver la mirada furiosa de Dan—. Sabía que cuando la conociera se sentiría atraído por ella.

—Me importa un comino lo que usted piense, Jess es mía —afirmó Dan con rotundidad.

—Tranquilo, muchacho, lo alejaré de ella.

—Eso espero, y aunque no fuera así, tampoco le permitiría que me robara a mi esposa.

—Lo comprendo, aunque sea un viejo, sé lo que es el amor. Solo te advierto una cosa, si vuelves a hacerle daño, te la verás conmigo.

—Se lo prometo —contestó Dan poniéndose una mano en el corazón.

—Por Raymond y Brittany no te preocupes, ya me ocupo yo.

—Gracias, señor Lee —le agradeció poniéndose en pie y tendiéndole su mano.

—Nos mantendremos en contacto.

—¿Cómo?

—No te preocupes por eso, es cosa mía.

Dan salió del despacho en trance, apenas fue capaz de balbucear una despedida a Chery, que le había saludado efusivamente. Cuando había ido hasta Dallas, nunca pensó en encontrarse con semejante verdad. El destino era caprichoso al haber entrelazado tantas vidas en un solo camino.

\*\*\*

Jess observaba a Shannon, sentaba sobre la cama, mientras esta intentaba hacer con su cabello un moño imposible. Estaba preciosa con aquel vestido azul claro que dejaba al descubierto sus preciosas piernas bronceadas. Conocía lo suficientemente bien a su amiga para saber que estaba hecha un flan ante su cita con el capataz del rancho.

—Suéltate el pelo —le aconsejó—, a Nick le encantará.

—¿Tú crees? —preguntó indecisa.

—Hazme caso por una vez en tu vida —replicó con una sonrisa en los labios.

La cara de su amiga se ensombreció al ver su aspecto frente al espejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jess preocupada.

—Jess, no sé, quizás es pronto para salir con alguien después de lo que pasó con Red —expuso vacilante.



—No seas tonta, Nick te adora, y tú no puedes negar que sientes algo por él.

—Tengo miedo —confesó sentándose junto a su amiga.

Jess colocó su brazo sobre sus hombros y la apretó contra su costado.

—Amiga, déjate llevar, en el fondo sabes que es tu hombre.

—¿Y tú? —cuestionó Shannon clavando su mirada azul en su rostro.

—¿A qué te refieres?

—A Dan, y no me mires así, sabes que a mí no puedes engañarme.

—Eso ya es agua pasada —se cerró en banda.

—No te engañes, Dan te quiere, aunque le costó mucho tiempo darse cuenta. ¿Para qué iba a volver al rancho si no?

—Shannon, estoy cansada de sus tejemanejes. Quiero alguien que me trate bien.

—Pero...

—Mark viene a buscarme en media hora, ¿te gusta mi vestido?

Shannon no insistió, estaba claro que su amiga no quería hablar sobre el tema.

—Te queda genial —apreció, aquel vestido blanco hacía resaltar el color de su piel y su melena suelta caía en cascada sobre su espalda—. Ven que te maquillo, se hace tarde.

—Nick está acostumbrado a esperarnos —comentó Jess con humor.

—Lo sé, pero Dan no tiene tanta paciencia —replicó Shannon, esperando su reacción ante la noticia.

—¿Dan?, ¿y qué pinta él en esta historia? —preguntó furiosa.

—Viene con nosotros.

—¡Shannon!

—Jess, no te pongas así, también tiene derecho a disfrutar de la feria de ganado.

—¡Vale!, que haga lo que quiera, a fin de cuentas, pronto se irá —profetizó convencida.

—Jess, piensa quedarse para siempre, asúmelo.

—No es asunto mío.

—Si te quieres mentir a ti misma, puedes hacerlo —añadió Shannon terminando de aplicar colorete en las mejillas de Jess.

Dan había decidido no ponerse traje, nunca más llevaría esas telas rígidas y asfixiantes sobre su cuerpo. Se puso sus mejores botas, unos vaqueros y una camisa blanca impecable, con su sombrero color crema. Esperaba junto a Nick en el salón a que bajaran las chicas, aunque él iría con Nick y Shannon. No le gustaba ser el tercero en discordia en una pareja que salía por primera vez, pero quería vigilar de cerca a Jess. Ambos degustaban una cerveza fría y charlaban animadamente, pero cuando el timbre sonó, ambos se quedaron en silencio. Fue Dan quien abrió, sabía que se trataba de Donovan y no dudó en dirigirle una mirada dura que el otro le devolvió en un duelo que se rompió al escuchar unos pasos en la escalera a su espalda.

Jess bajaba presurosa y se encontró con ambos enfrentados. Ignoró la tensión que reinaba en el ambiente y se acercó hasta Donovan, le cogió de la mano y salió por la puerta sin mirar atrás. Dan maldijo por lo bajo, estaba más hermosa que nunca, pero no se había arreglado para él.

La cena benéfica se celebraba en el rancho de los Newman, el más grande de la comarca. Jess y Mark lo estaban pasando bien, riendo y conversando, pero cuando vieron llegar a Dan, junto a Nick y Shannon, y se sentaron en una mesa próxima, todo cambió. Dan apenas apartaba la mirada de su mesa, como un águila vigilando a su presa. Jess intentó ignorarle, pero parecía que a Mark no le estaba resultando fácil.

—Ese tipo me pone nervioso —se quejó molesto.

Jess apretó los labios, y le dedicó una mirada de advertencia a Dan antes de hablar.

—Mark, no le hagas caso, ignórale como hago yo.

—Está bien —aceptó no demasiado convencido mientras tomaba la mano de Jess y acariciaba su piel.

—Cuéntame eso tan importante que tenías que decirme.

—Jess, no sé cómo empezar, ha sido tan sorpresivo que aún no lo he asumido.

—¿De qué se trata? —preguntó preocupada al ver la seriedad en el tono de su voz.

—Mi jefe me llamó ayer, me ha ofrecido un importante ascenso.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Jess con alegría— Enhorabuena.

—No te pongas tan contenta.

Jess le observó interrogante, su mirada no presagiaba nada bueno.

—¿Qué sucede?

—El ascenso supondría irme a vivir a China.

—¿Qué? —boqueó incrédula—, ¿cuánto tiempo?

—Sería para vivir allí de continuo.

A Jess se le cayó el alma a los pies tras escuchar sus palabras. Maldijo al destino por volver a girar los hilos, dejándola sola de nuevo.

—¿Ya has tomado una decisión? —preguntó, esperaba que al menos le pidiera su opinión al respecto.

—He aceptado el puesto —respondió sin apartar su mirada del rostro femenino.

Al ver la desilusión que mostraba el rostro de Jess, estuvo a punto de cambiar de opinión, pero aún había una salida para su relación. Mark esperaba que ella aceptara su oferta de vivir juntos, aunque fuera en la otra punta del mundo.

—Entiéndeme, es una oportunidad que no puedo desperdiciar, es lo mejor para mi carrera. Solo hay una forma de seguir juntos, ¿vendrías conmigo?

Jess notó cómo un sudor frío recorría su cuerpo al escuchar su ofrecimiento. No podía aceptar aquella proposición, no podía engañarse por más tiempo ni engañarle a él. Mark no se

merecía más mentiras. Si fuera el hombre de su vida, habría aceptado sin pensar, pero no lo era. La realidad cayó sobre su corazón como una losa; solo sería capaz de dejar el rancho y su vida por un hombre, y ese hombre era Dan, al que seguiría al fin del mundo. Solo le quedaba un camino, la sinceridad.

—Mark, lo siento, no puedo.

Jess sintió un nudo en su garganta al ver el rostro frío de Mark, y contuvo a duras penas las lágrimas que pugnaban por salir.

—Es ese maldito Dan, ¿verdad? —le reprochó con voz gélida.

—Mark, escúchame.

—No te molestes, esto se ha acabado.

Con ira mal contenida, se levantó de la mesa, tirando la servilleta sobre esta.

—Jess, no me merecía que jugaras conmigo —le recriminó decepcionado.

—Lo siento —se disculpó con voz estrangulada.

—Yo también. Me marcho mañana.

Sin añadir nada más, Mark se giró y salió del recinto con pasos airados. Jess se encogió y dejó fluir las lágrimas por sus mejillas. Se sentía la mujer más horrible de la de la faz de la tierra por lo que había hecho. Nunca quiso hacer sufrir a Mark, que le había hecho recuperar la alegría y las ganas de ser feliz. No se sentía orgullosa de lo que había sucedido.

Shannon fue la primera en reaccionar, había presenciado la escena y sabía que su amiga no estaba bien. Se acercó a la mesa y acompañó a Jess al aseo para que se recompusiera. Veinte minutos después, ambas se sentaron junto a Nick y Dan en un silencio sepulcral. Jess comió el postre de chocolate sin apartar la vista de su plato, y luego degustó dos copas de champán. Dan la observaba impotente, deseando estrecharla entre sus brazos, pero sabía que no podía hacer eso porque ella le rechazaría, la conocía demasiado bien.

Cuando llegaron a casa, Jess subió a su dormitorio sin despedirse de nadie. Shannon la siguió y Nick tuvo que conformarse con una sonrisa de sus labios antes de desaparecer por las escaleras que daban al piso superior. Hubiera preferido tener una cita más especial, pero la presencia de Dan, y la unión de Jess al grupo poco después, había frustrado en parte sus planes. Esperaba tener más suerte en el baile que se celebraría al día siguiente, pero no estaba seguro de que así fuera dada la situación. Jess no había abierto la boca en lo que restó de cena tras la marcha de Donovan, pero estaba seguro que algo gordo había sucedido entre ellos.

Dan había decidido quedarse en el exterior, sentado en las escaleras del porche, observando el firmamento. Ver a Jess tan destrozada le había encogido el corazón, y a pesar de que tenía que estar contento porque hubiera discutido con el dichoso Donovan, no lo estaba. Quería llegar a su corazón, conquistarla, pero nunca a través de su sufrimiento.

Desde su regreso habían pasado demasiadas cosas y no podía evitar sentirse culpable por ello. Rezaba a Dios para ser capaz de solucionar todo y volver a ver sonreír a Jess. Llevaba media vida amando a la joven que fue, pero ahora la intensidad de sus sentimientos había alcanzado niveles estratosféricos al descubrir a la mujer en que se había convertido.

Shannon se prestó como paño de lágrimas de su amiga, que lloraba desconsoladamente sobre su hombro. Entendía su frustración, pero no podía evitar pensar que la marcha de Mark era lo mejor que podía pasar. Jess era demasiado cabezota, y no le quitaba la razón respecto a su reticencia respecto a Dan, pero sabía que ese hombre tenía su corazón desde hacía años y que nunca lo recuperaría. Cuando se hubo calmado, la ayudó a desmaquillarse y a ponerse el camisón. Besó su mejilla y la tapó con la sábana en un gesto maternal.

—Ahora descansa —le rogó—, mañana será un día largo y por la noche tienes que estar en forma para el baile.

—Shannon, no pienso ir —afirmó tajante.

—¿Y por qué no?

—No hagas preguntas absurdas —le espetó dándole la espalda.

—Y tú deja de comportarte como una niña morruda.

—No tiene sentido que vaya.

—Desde que llegaste a Devine no te has perdido ni uno.

—Hubiera ido si Mark...

—Olvídate de ese hombre, nunca fue para ti, si no, te hubieras ido con él.

—Shannon...

—Mañana te vas a poner ese vestido —dijo señalando la percha que colgaba de la puerta del armario y de la que pendía un espectacular diseño rojo pasión—, y vas a pintar una sonrisa en tus labios. ¿Acaso quieres mostrar debilidad frente a los vecinos? Recuerda que tienes una reputación. Además, me lo debes después de estropear mi cita con Nick —le recriminó para hacerla reaccionar.

—Eso es juego sucio —le reprochó girándose y clavando su mirada en su rostro.

—En la guerra todo vale —fue la escueta respuesta de Shannon antes de apagar la luz y cerrar la puerta.



# CAPÍTULO 18

El baile se realizaba en una gran carpa que se había instalado en una pradera cerca del ayuntamiento. El interior estaba iluminado con focos de varios colores, y en el escenario, un grupo de música country amenizaba con su repertorio. A un lado se encontraba una barra donde algunos vaqueros se arremolinaban disfrutando de sus bebidas y de la conversación que compartían.

Lo primero que hizo Jess fue pedir bebida combinada, Dan la vigilaba de cerca. Nick cogió la mano de Shannon y la arrastró hasta la tarima donde las parejas bailaban. Estaba deseando tenerla en sus brazos, no pensaba desaprovechar la ocasión. La arrimó a su cuerpo y su perfume traspasó sus fosas nasales, embriagando sus sentidos.

—Shannon, ¿qué te pasa? —preguntó al notarla sería, cosa poco habitual en ella.

—Estoy preocupada por Jess.

—¿Es por lo que pasó con Donovan? —indagó con curiosidad—. No ha querido contarme nada —se refería a Jess, que había estado de un humor de perros durante todo el día.

—Le han ofrecido un cargo importante, pero en China.

—¿China? —repitió Nick incrédulo.

—Sí, le ha pedido a Jess que se marche con él.

Nick conocía demasiado bien a Jess, y sabía que nada ni nadie la apartarían del rancho al que tanto amaba.

—Supongo que lo han dejado.

—Chico listo.

—Y yo que creía que estabas nerviosa por mi culpa.

Shannon sonrió ante su comentario.

—Quizás tú también tengas algo que ver, estás muy guapo —le alagó.

—No me digas esas cosas que me ruborizo —susurró junto a su oído.

—¡Tonto! —exclamó dando un manotazo sobre su hombro.

—Me gusta lo que has dicho, pero yo soy el hombre y debo piropearlo, pero no tengo palabras para describir tu belleza.

Dan y Jess se quedaron solos en la barra, incómodos por la situación. Ninguno fue capaz de abrir la boca, cada uno perdido en sus pensamientos.

Cuando el camarero les preguntó si querían tomar algo, Dan se decidió por una cerveza, Jess pidió un segundo combinado, ganándose una mirada reprobatoria por parte de él, pero poco le importó, solo quería que acabara la noche y regresar a la tranquilidad de su hogar. No debió hacer caso a Shannon, se recriminó, no pintaba nada en aquel lugar.

—Jess —la voz de Dan la sobresaltó—, no deberías beber tan deprisa.

—¿Y tú quién te crees que eres?, ¿mi padre? —le espetó furiosa por su intromisión—. Ah, no, eres mi *maridito*, ¿verdad?

Dan rechinó los dientes.

—Muy graciosa, pero no vas a beber más.

No dudó en arrebatarle la copa que pendía de su mano para dejarla sobre la barra con estruendo. Jess clavó sus ojos verdes en su rostro con furia.

—Haré lo que me dé la gana.

—Jess, te estás pasando.

—No tienes ningún derecho sobre mí y nunca lo has tenido.

—Jess...

La llamó, pero ella ya se alejaba en dirección a la pista de baile, dejándolo plantado en la barra.

Jess oteó a su alrededor antes de ponerse a bailar con un vaquero alto y guapo que aceptó gustoso la compañía.

Dan la miraba furioso, y más cuando las manos de aquel tipo comenzaron a descender hasta llegar a su trasero con descaro. Aquello era demasiado, y con los puños apretados llegó hasta allí y la cogió del brazo con brusquedad.

—¡Eh!, tío, ¿qué haces? —preguntó el vaquero, molesto por la intromisión.

—Perdona, pero esta es *mi mujer*. Será mejor que te largues.

La mirada amenazante de Dan amedrentó a su oponente, que parecía no querer problemas.

—Tranquilo, amigo, no lo sabía. —Y sin más, se alejó de la pareja.

Jess estaba furiosa, pero Dan cogió su cintura y comenzó a bailar. Ella intentó resistirse, pero él aumentó la presión de su abrazo hasta pegarla completamente a su cuerpo.

—¡Eres un cerdo, suéltame! —le espetó.

Dan sonrió ante su mal genio y en vez de contestar a su insulto, decidió silenciarla atrapando sus labios. El beso fue feroz, pero no solo pretendía dejarla sin palabras, sino dejar claro a quienes los rodeaban que era suya. Se sintió sorprendido cuando, lejos de apartarse, Jess se colgó de su cuello y tiro de su pelo con sus largos dedos. Su lengua le embestía con la misma pasión que él sentía correr por sus venas. Su cuerpo estaba a punto de incendiarse, por lo que decidió que el baile había acabado para ellos, no quería terminar tomando su cuerpo en medio de la pista.

La cogió en sus brazos y salió por la entrada de la carpa seguido por miradas sorprendidas y curiosas hasta llegar al parking. Dio gracias a los cielos por llevar las llaves del coche de Nick en el bolsillo. Tenía que llevarla a casa para que se le pasara los efectos del alcohol antes de hacerle el amor.

Jess se quedó dormida en el trayecto, y cuando llegaron al rancho, Dan volvió a cogerla en sus brazos para subir las escaleras. Cargó con ella hasta el baño y la metió en la ducha antes de girar el grifo para conectar el agua fría.

Jess puso los ojos en blanco y empezó a escupir agua cuando notó la frialdad en su piel. Lo miró con fuego en la mirada y deseó abofetearlo. Estaba furiosa y de sus labios surgieron palabras

malsonantes que solo lograron hacer sonreír a Dan.

—¡Caray!, las señoritas no hablan de ese modo —la reprendió.

—Cerdo, cabrón...

—Para, pequeña Jess, no es propio de ti.

—¡Casi me da un infarto!

—Tampoco es para tanto —le quitó importancia—, es solo agua.

—¡Mi vestido! —exclamó Jess horrorizada al bajar la mirada sobre su cuerpo. La tela de raso estaba empapada, y sus zapatos, estropeados—. ¡Cómo te has atrevido! —gritó furiosa.

—Tenía que hacerlo. Necesitaba que te espabilaras y se te quitara la trompa. No te voy a hacer el amor si estás borracha.

Jess se quedó muda ante sus palabras, solo podía mirarle mientras él cogía una toalla y empezaba a secarle el cabello con dulzura. Pero cuando sus manos se dirigieron a la cremallera a su espalda, le detuvo.

—¿Qué crees que estás haciendo? Yo no he dicho que...

Dan colocó un dedo sobre sus labios para que callara.

—Jess, dejemos de jugar al ratón y al gato, ya no aguanto más.

Siguió por donde lo había dejado y se deshizo del vestido empapado para contemplar con adoración su piel, únicamente cubierto por unas pequeñas braguitas negras. Recuperó la toalla y comenzó a secar su cuerpo con reverencia. Cuando Jess comenzó a jadear, su cuerpo reaccionó, y una parte de su anatomía estuvo a punto de reventar los botones de su pantalón. Con un rugido, surgido de lo más hondo de su garganta, la atrapó entre sus brazos y la arrastró hasta el dormitorio, donde la tumbó sobre la cama.

Dan se deshizo de su ropa con rapidez, no quería perder tiempo, deseoso de devorar su cuerpo palmo a palmo.

Jess se sentía perdida en una marea de pasión desconocida para ella hasta entonces. Con cada roce de los labios de Dan contra su piel sentía que una descarga eléctrica la recorría. Tenía sentimientos encontrados, por un lado quería que siguiera con sus caricias, y por otro sentía la necesidad imperiosa de separarse para poder pensar en lo que estaba sucediendo.

—Dan, por favor, no sé si estoy preparada, nunca he estado con un hombre —confesó avergonzada, ocultando su rostro en su pecho.

Dan sintió que una inusitada dulzura se apoderaba de su cuerpo, relegando la pasión abrasadora que le había embargado poco antes.

—No te preocupes, mi amor, no te haré daño.

Vio la duda en sus ojos, y eso le destrozó. Solo él tenía la culpa de su reacción. Besó la punta de su nariz antes de hablar con voz cargada de emoción.

—Cielo, tengo algo que decirte; siempre te he amado y nunca dejaré de hacerlo. He sido lo suficientemente tonto de perderte por huir de mis propios sentimientos, pero quiero ser valiente. ¿Me dejarás intentarlo?

—Dan, no te creo —afirmó a pesar de que su corazón ya había cedido.

—Leí tus cartas cientos de veces. Aún las conservo, desgastadas de tanto leerlas. ¿Qué crees que significa eso?



—No lo sé.

—Lo repetiré, te amo, Jessica Turner Deimon.

—Dan, yo también te amo —se rindió finalmente—. He luchado con ese sentimiento casi una vida entera, pero ha sido en vano.

—Y le doy gracias a Dios por ello.

Dan cogió su rostro entre sus manos y clavó su mirada en aquellos pozos verdes en los que deseaba ahogarse. Descendió lentamente y atrapó sus labios, con los que jugueteó unos segundos antes de internarse en la dulce cavidad de su boca. Su mano derecha se guió por la curva de su cuello y descendió por su costado, contorneando sus costillas para luego derivar hasta su ombligo. Su piel era suave como el terciopelo bajo sus dedos. Gimió de placer cuando percibió las manos femeninas sobre su cuerpo, recorriendo su espalda en una caricia excitante, más aún cuando llegaron a su trasero y lo presionaron para unirse al montículo entre sus piernas.

—Despacio, cariño, no quiero acabar antes de haber empezado —susurró junto a su oído.

—No importa, tenemos toda la noche —le recordó con una sonrisa pícar—. No me bastará con una sola vez, llevo años esperando esto.

Dan gruñó antes de abalanzarse sobre ella, deseoso de saquear cada poro de su piel. En el momento de poseerla fue tierno y delicado, no quería que guardara un mal recuerdo de su primera vez. Aunque después de sentirse envuelto por su calor, su cuerpo se movió por iniciativa propia y comenzó a envestirla con desesperación, perdido en un crisol desconocido. Horas más tardes, completamente saciados tras la pasión, se durmieron abrazados, disfrutando de una paz que habían anhelado durante largos años.

Jess se despertó con los primeros rayos de luz que se filtraron por la ventana. Se removió inquieta, acosada por un sueño donde Dan volvía a huir de su lado. Cuando sus pupilas se adaptaron a la luz, y descubrió su rostro a pocos centímetros, sus pulmones soltaron el aire que había estado conteniendo. Estudió sus rasgos con atención y disfrutó acariciando sus contornos con su mirada. Finalmente, se aproximó y besó sus labios con deleite.

Dan abrió los ojos al percibir su caricia, y sonrió al encontrarse con el semblante de Jess, que le miraba con timidez.

—Buenos días, princesa, te ves más hermosa que nunca.

—No mientas —le rebatió ocultando su rostro entre sus manos—, seguro que tengo una pinta horrible.

Dan sujetó sus muñecas con delicadeza y dejó sus facciones al descubierto.

—Jess, escúchame, siempre me gustaron tus ojos somnolientos y tu pelo revuelto cuando bajabas a desayunar por las mañanas. Me acuerdo cuando eras una tabla de planchar...

Jess frunció el ceño ante sus palabras, pero un segundo después una sonrisa traviesa surgió en sus labios antes de coger entre sus dedos un mechón de pelo de su pecho, del que tiró suavemente.

—¡Ay! —exclamó Dan apartándose, antes de disculparse—. Lo siento.

—Retira lo último que has dicho.

—Vale, pero no me agredas. La verdad es que tu cara de ángel me alegró cada día desde el primer mes que vivimos juntos. Pude controlar lo que sentía hasta que empezaste a provocarme con tus encantos.

—Creí que no me tomabas en serio —replicó sorprendida.

—Pensaba que eras demasiado joven para mí y que te merecías algo mejor.

—La verdad es que resultabas bastante molesto cuando te empeñabas en espantar a mis admiradores —comentó Jess con humor.

—Nadie era suficientemente bueno para ti, yo menos que nadie. Era un suplicio tener que tratarte como una hermana pequeña cuando mi corazón se aceleraba cuando te tenía a mi lado, por eso me fui.

—Pues lo disimulabas muy bien.

—Bruja de ojos verdes, me volvías loco, y lo sabes.

—Claro, por eso huías de mí como de la peste.

—Eso no es del todo verdad, no siempre pude resistirme a ti.

—Te quiero, Daniel Deimon.

—Lo sé, y no me extraña, soy irresistible...

Jess se envolvió en la sábana, pudorosa, antes de ponerse en pie.

—¡Serás creído! Anda, ahora déjate de tonterías y levántate. Es muy tarde y hay mucho trabajo por hacer en el rancho.

—Que se encargue Nick —replicó mientras se adueñaba de toda la cama y colocaba sus manos bajo su nuca—, nosotros tenemos cosas más interesantes que hacer.

—Vamos, *oficinista*, en *mi* rancho nadie holgazalea.

—Está bien, *jefa* —se rindió finalmente, abandonando su postura relajada—, iremos a trabajar.



# CAPÍTULO 19

Las semanas se sucedieron con rapidez, y Dan no se había separado de su lado ni un solo minuto del día, al igual que no había abandonado su cama en las largas noches en las que apenas descansaban. Jess se sentía más plena que nunca en su vida, y aunque en lo más hondo de su ser aún existía el temor de que él volviera a marcharse, empezaba a confiar en que no era solo un sueño. Solo rompió aquella rutina de amor el viaje que tuvo que realizar Dan a Austin para reunirse con uno de los clientes más importantes con los que contaba el rancho. Solo habían pasado dos días desde su marcha y Jess le extrañaba con una angustia que amenazaba con consumirla.

Aquella tarde había decidido revisar las vallas de la parte este del rancho, ya que en los últimos días habían aparecido varias alambradas rotas por la zona provocando que varias reses escaparan, y, consecuentemente, un trabajo extra al tener que localizarlas y reagruparlas en el rebaño. En principio no hubiera dado demasiada importancia al asunto si no fuera por otros desafortunados accidentes que asolaban el rancho en los últimos tiempos. Jess empezaba a sospechar que no eran fortuitos, alguien estaba detrás de aquellos desafortunados sucesos, y los únicos enemigos que se le ocurrían eran los Lee.

Cuando aparcó junto a la linde, encontró una apertura en la valla, y lo peor era que estaba hecho por la mano de un hombre, ya que había sido cortada con unos alicates. Estaba sacando el alambre de la caja de herramientas para poder cerrar la brecha temporalmente cuando una voz a su espalda detuvo sus movimientos. Notó cómo un sudor frío recorría su cuerpo al reconocer a su dueño. Hacía meses que las pesadillas que tenía con aquel hombre habían dejado de afectarle, pero había regresado para bajarla de la nube en la que ahora vivía.

—Sabía que tarde o temprano nos encontraríamos —aseveró a su espalda, arrastrando las palabras—. Llevo esperando este momento desde hace catorce meses. He contado cada día, cada hora, cada minuto desde la celda en la que me metiste.

Jess se levantó y se giró lentamente para encontrarse con su peor pesadilla. Ya no parecía el mismo hombre de antaño. Estaba más delgado y su pelo se pegaba a su cráneo gracias a la suciedad. Su rostro enjuto iba cubierto por una barba descuidada que ocultaba la crueldad de sus facciones. Lo único que no había cambiado eran sus ojos oscuros como la noche, y que parecían esconder el mismísimo infierno en su interior.

Él se acercó a Jess sin premura, y con una de sus manos callosas bajó la cinturilla de su pantalón hasta dar con lo que buscaba. Sus ojos se dirigieron a las marcas blancas que simulaban una inicial en su piel. La letra era la w de Warren, Warren Mcquenán.

Jess era incapaz de moverse, estaba paralizada por el miedo. Su rancio olor se le metió en las fosas nasales provocándole arcadas.

—Veo que mi marca sigue donde yo la puse. Te lo dije una vez; eres mía y nada ni nadie va a cambiar eso.

—¿Qué quieres? —preguntó Jess, logrando que su voz saliera de su garganta.

—Recuperar el tiempo que he pasado tras las rejas. Te voy a hacer pagar poco a poco lo que me hiciste. No sabes cuántas horas he pasado pensando en lo que te iba a hacer cuando saliera de

aquel agujero.

Sus manos sudorosas se acercaron a su cuerpo, y empezó a desabrochar la camisa impoluta de Jess, que temblaba como una hoja. Su mente le decía que se apartara de él, pero su cuerpo no parecía responder a la orden.

Warren, al ver el pánico reflejado en sus ojos, sonrió burlesco, dejando la camisa abierta a los lados para disfrutar de la visión de su ropa interior.

—Por favor —le rogó, apartando su rostro para no verle.

—Tranquila, de momento solo quiero dinero. Quiero esta cifra —dijo colocando un papel en el bolsillo de su pantalón—, mándalo al apartado de correos 308 de la oficina de correos del pueblo. Te aconsejo que sigas mis indicaciones si no quieres que tu maridito sufra un desafortunado accidente —amenazó antes de desaparecer de su vista y subirse a la moto que había pasado desapercibida para Jess hasta entonces.

Jess se derrumbó en el suelo, cerrando la camisa en torno a su cuerpo para protegerse del frío que la embargaba. Había quedado en estado de shock, perdida en otro tiempo que había intentado aislar de su mente.

Todo había sucedido dos años antes, cuando habían contratado a gente extra en el rancho para la temporada alta. Nick había hecho las entrevistas y había elegido a cinco de los mejores hombres que habían presentado sus referencias. Poco después de la llegada de los hombres, Nick tuvo que ausentarse durante algunas semanas porque su abuelo estaba enfermo y no tenía a nadie que se ocupara de él.

Warren Mcquenán era uno de esos hombres. Parecía buena persona y era más trabajador que ninguno; era el primero en llegar cada mañana y el último en irse. Su comportamiento había sido ejemplar hasta que Nick se ausentó. Fue cuando comenzó el acoso, primero con comentarios obscenos y luego con situaciones incómodas. Jess pensó que podría controlar la situación, el trabajo en el rancho estaba disminuyendo y pronto finalizaría su contrato.

Aquel viernes por la noche todos los vaqueros decidieron ir al pueblo para tomar unas cervezas y despedirse. Jess estaba en uno de los apartados del establo cepillando una de las yeguas que había parido el día anterior. Se sobresaltó al escuchar un ruido a su espalda, y al girarse se encontró con Warren. La única luz que iluminaba el lugar provenía de la linterna que Jess había colgado de un clavo en una columna cercana. El resto de lo que sucedió solo fue oscuridad en su mente.

El pasado volvía para atormentar una felicidad recientemente adquirida. Él había vuelto en el peor momento y quería un dinero que no estaba segura de poder reunir. Pero su peor temor era que Dan averiguara lo que estaba sucediendo y la verdad que había ocultado a todos con celo. Solo había una persona en el mundo que conocía su secreto: Red. Fue él quien la salvó de Warren aquella horrible noche.

Un viento gélido acarició su rostro, y fue cuando Jess se percató que el sol estaba descendiendo en el horizonte. Se frotó las manos heladas e intentó levantarse. No sabía cuánto tiempo llevaba llorando arrodillada sobre la tierra. Como una autómatas se dirigió a la furgoneta y arrancó el motor. Encendió la calefacción e intentó entrar en calor. Tenía que buscar una solución, pero ninguna parecía válida. No podía ir a la policía porque Warren había puesto una diana sobre Dan, y no dudaba que sería capaz de cualquier cosa con tal de hacerla daño. Darle el dinero era su siguiente opción, pero tampoco sabía cómo podría explicar a Nick la retirada de dicha cantidad de

las cuentas del rancho. ¿Qué salida le quedaba?, ¿qué iba a hacer?

Necesitaba hablar con alguien o se volvería loca. Con manos temblorosas, rebuscó en la guantera hasta dar con su teléfono móvil. Marcó el número de Red y esperó con impaciencia a que contestara. Cuando finalmente logró que respondiera, se encontró con una voz pastosa por los efectos del alcohol.

—¿Quién coño es? —preguntó Red con grosería.

—Jess.

La línea se quedó unos segundos en silencio. Red no esperaba esa llamada después de lo sucedido con Shannon.

—¿Qué quieres? —preguntó con recelo.

—Necesito hablar contigo... él ha vuelto.

—¿Quién? —no entendía nada, pero percibía la angustia en la voz femenina.

—Warren Mcquenán.

Al escuchar aquel nombre, Red se puso en guardia, y los efectos del alcohol parecieron desaparecer de su cuerpo.

—¿Dónde estás? —preguntó preocupado.

—En uno de los pastos del rancho.

—¿Estás sola?

—Sí.

—Ven a mi casa y hablaremos.

—Gracias.

Cuando la llamada se cortó, Red se sentó en el sofá, derrotado. Miró a su alrededor y se sintió frustrado. La mesa baja frente a sí estaba repleta de envoltorios de comida basura y botellas de whisky vacías. La moqueta de color marrón no tenía mejor aspecto, al igual que la pila de la pequeña cocina americana donde se apilaban platos sucios con restos fosilizados por el tiempo.

No podía seguir viviendo así, se recriminó mientras se levantaba y se dirigía al baño, donde se metió bajo la alcachofa y accionó el grifo del agua fría. Cuando salió, se puso un chándal limpio, que encontró en la secadora, y una camiseta de manga corta. Buscó en una de las alacenas hasta dar con un paquete de café, y tras llenar el depósito con agua, accionó el botón de encendido. Cogió una bolsa negra de basura de uno de los cajones y se dedicó a tirar los restos de comida, papeles, envoltorios y las botellas, llenas y vacías, antes de beber un café bien cargado. La segunda taza le supo a rayos y le dio ganas de vomitar, pero se lo tragó estoicamente. Se sentó en el sofá, donde había colocado la única sábana limpia de todo el apartamento, y su mente retrocedió a aquella noche de aproximadamente dos años antes.

Esa noche, Shannon estaba en su apartamento con un constipado de aúpa y ni siquiera se había levantado de la cama. Estaba preocupada por Jess y le había pedido que se acercara al rancho para ver si se encontraba bien, ya que Nick no estaba.

Cuando llegó, se sorprendió de lo silencioso que estaba el lugar. Aparcó en la parte trasera de la casa y bajó del coche. Las luces estaban apagadas e imaginó que Jess estaría en el establo con alguno de los animales.

Cuando se acercó, escuchó unos sollozos que provenían del interior y se aproximó con cautela. Con sumo cuidado se asomó a la puerta, y lo que sus retinas descubrieron le heló la sangre en las venas. En uno de los apartados estaba uno de los peones. Parecía muy concentrado acariciando los pechos al descubierto de Jess, atada a una de las vigas del techo. Su pantalón estaba desabrochado y de su cadera descendía un reguero de sangre que goteaba sobre el suelo. Lágrimas rodaban por sus mejillas, y sus ojos verdes estaban llenos de pánico. Su boca estaba amordazada con un pañuelo sucio.

Con el corazón acelerado, retrocedió para no ser descubierto. Echó un vistazo alrededor, buscando algo para atacar, hasta que localizó una pala apoyada en la pared. La cogió decidido y entró sigilosamente a la espera del momento oportuno. Cuando lo tuvo a tiro, le dio en la cabeza con todas sus fuerzas. El tipo cayó al suelo inconsciente tras el golpe. Localizó una cuerda y le ató antes de buscar el móvil en su bolsillo. Con manos temblorosas marcó el número de la policía.

Cuando cortó la llamada, se dirigió a Jess con cautela. La desató con cuidado y la tendió en el suelo antes de tajarla con una manta mientras la abrazaba. Jess apretó fuertemente su mano, pero no perdió su expresión perdida. No olvidaría nunca en la vida su rostro macilento y sin vida.

Él no era mejor que aquel tipo. Por culpa de la bebida había llegado a levantarle la mano a Shannon y eso le hizo reflexionar sobre a dónde se dirigían sus pasos.

\*\*\*

Dan regresaba a casa un día antes de lo previsto. Había logrado el contrato gracias a que el cliente estaba deseoso de trabajar con ellos por la fama de calidad que se estaba labrando el rancho. No había llamado a Jess para avisarla porque quería darle una sorpresa.

Accionó la intermitencia, para coger la desviación que le llevaría al rancho, cuando divisó por el carril contrario a Jess. Algo le pasaba, estaba seguro, porque ella solía ser muy prudente al volante y no le gustaba correr. Vio a través del espejo retrovisor que las ruedas del vehículo apenas tocaban el asfalto, excediendo la limitación existente. «Algo anda mal», pensó preocupado, y sin perder un solo minuto, hizo girar el volante y la siguió a una distancia prudencial. Cuando llegaron al pueblo, le extrañó el itinerario que siguió, y más cuando se detuvo frente al edificio de apartamentos donde vivía Red. Salió del coche vacilante, como si no se encontrara bien, y llamó al timbre. Cuando se abrió, se lanzó en los brazos de Red hasta que entraron.

Dan agarró con violencia el volante y arrancó, derrapando con destino a ninguna parte.

Jess, cómodamente sentaba en el sofá, se sonaba la nariz con un pañuelo de papel mientras esperaba a Red, que había ido a la cocina para prepararle una infusión. Cuando volvió, le tendió una taza humeante y se sentó a su lado. Jess tardó unos minutos en contarle lo ocurrido. Red no salía de su asombro con su relato de lo que había sucedido horas antes.

—No puedes ceder a su chantaje —le aconsejó Red—. Ni siquiera me explico cómo han podido soltarlo tan pronto —añadió confuso.

—Yo tampoco.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó clavando su mirada en su rostro.

—No lo sé, pero no puedo permitir que Dan se entere —expuso dando un sorbo a la taza.

—¿Por qué?

—Me odiaría, lo sé.

—No lo creo —intentó tranquilizarla.

—Red, no lo entiendes, le daría asco lo que me sucedió y se volvería a marchar. No podría soportarlo —confesó compungida.

—Dan nunca haría algo así y lo sabes. Estoy seguro de que si lo supiera, le buscaría y le mataría como el perro que es...

—No quiero que nada malo le pase a Dan.

—Jess, solo tienes una salida, cuéntale todo.

—¡No puedo! —exclamó rompiendo a llorar.

—¡Escúchame! —expresó cogiendo su cara entre sus manos—. Tú eres fuerte y siempre lo has sido. Vas a ir al rancho y le vas a contar a Dan todo lo sucedido, y después irás a la policía.

—Pero...

—Ese tipo es peligroso, si no lo haces tú, lo haré yo.

—Está bien —cedió finalmente.

—Esa es mi chica —soltó Red con orgullo.

—Red, gracias —dijo con la voz cargada de emoción.

—Gracias a ti.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí cuando nadie lo hace.

—Eres tú el que tienes que confiar en ti mismo para salir adelante —le aconsejó antes de dedicarle una trémula sonrisa.

—Lo intentaré —le prometió.

—Lo lograrás —afirmó antes de levantarse del lugar que ocupaba para dirigirse a la puerta.





# CAPÍTULO 20

Una hora después, la puerta del viejo apartamento de Red vibraba por los golpes. Al abrirla, se encontró frente a Dan, que estampó su puño contra su rostro sin mediar palabra antes de cogerle por el cuello de la camiseta.

—Te has acostado con ella, ¿verdad, cabrón? —le espetó fuera de sí.

La mirada que le dedicó, apabulló a Red, que intentaba que aflojara su agarre para recuperar el aliento.

—Escúchame, Dan, no es lo que imaginas —balbuceó a media voz.

—¿Y por qué habría de creerte? —cuestionó Dan sin apartar la mirada de su rostro.

—¡Suéltame, joder! Jess está en peligro.

Sus palabras provocaron que la fuerza que Dan ejercía sobre su cuello disminuyera.

—¿De qué hablas? —preguntó sin soltarle.

—No puedo contarte nada, se lo prometí —respondió.

—Suéltalo de una puta vez.

Dan estudió su expresión. Estaba claro que no pensaba soltar prenda. Lo llevaba escrito en la cara. Aspiró sonoramente y le liberó.

—Red, por favor —rogó—, amo a Jess más que a nada en el mundo.

—Lo sé, pero le hice una promesa —negó Red, sintiéndose entre la espada y la pared.

—Si está en peligro, no me lo contará, aún no se confía en mí lo suficiente. ¿Cómo voy a protegerla si no?

—Maldita sea, Dan —exclamó Red nervioso mientras cerraba la puerta a su espalda—, es algo demasiado grave. Ni siquiera se lo contó a Nick.

—No entiendo nada —expresó Dan mientras se mesaba el cabello.

—Teme que se la culpe a ella por lo sucedido, muchas mujeres se sienten así.

—¿Un hombre la hizo daño? —preguntó clavando su mirada en la de Red.

—Sí —afirmó Red, estaba claro que Dan no se marcharía sin respuestas.

—¿La pegó?, ¿por qué?, ¿quién? —su mente no hacía más que formular preguntas.

—Algo mucho peor, pero llegué a tiempo, antes de que aquel salvaje...

No terminó la frase, perdido de nuevo en el recuerdo. Cerró los ojos como si con el gesto pudiera borrar las imágenes que se sucedían en su cabeza.

—¡Habla, por Dios! —le instó Dan cogiendo su brazo.

—Está bien —se rindió Red finalmente—, siéntate —le invitó indicándole el sofá.

Con voz pausada, carente de emoción, le relató lo que había sucedido aquella noche que nunca se borraría de su retina. No era inmune a los cambios que se producían en el rostro de Dan con su relato, y a pesar de que nunca se habían llevado bien, sintió lastima por él.

—¡Dios mío! —exclamó Dan cubriendo su rostro con ambas manos.

—Hubiera deseado no ser yo quien te lo contara —replicó Red sentido.

—Ese tipo fue a la cárcel, ¿verdad? —preguntó descubriendo el dolor de sus facciones.

—Sí, aunque me resulta extraño que le hayan soltado tan pronto.

—¿Por qué ha regresado?

—Ha venido a por ella —aseveró Red, seguro de sus palabras—. No creo que quiera solo dinero.

—¿Y por qué iba ceder a su chantaje? —preguntó Dan incrédulo.

—La amenazó con hacerte daño.

—No permitiré que ese cerdo se salga con la suya —replicó apretando los puños con frustración.

—Cuando Jess salió de aquí, prometió que te lo contaría todo. Dale un margen antes de decir nada. Fue muy duro para ella y lo pasó sola.

—No estaba sola, tú la ayudaste —rebató Dan agradecido.

—Al menos lo intenté.

—Debiste hacerlo bien porque ella vino a ti.

—Eso es lo de menos —le quitó importancia—. Ahora deberías vigilar cada uno de sus pasos, que no esté sola ni un minuto.

—Lo haré.

—Y por favor, no le digas que te lo conté. Jess es muy especial para mí y no quiero que me odie.

\*\*\*

Al llegar al rancho, Dan actuó con la mayor naturalidad que le permitió su ánimo. Jess se sorprendió por su presencia, pero se hallaba tan perdida en sus pensamientos que no se percató de que ocultaba algo.

Al salir de la ducha la encontró guardando la ropa planchada en el armario.

Jess aún estaba sorprendida por la repentina aparición de Dan, pero no podía negar que su regreso mitigaba en parte su angustia. Cuando le vio salir del baño, apenas cubierto por una exigua toalla, su corazón se aceleró. Se aproximó a él y buscó consuelo en sus labios.

El beso que compartieron dejó sin aliento a Dan, que no lo esperaba, y cuando se separaron, clavó su mirada en el rostro femenino en busca de señales que delataran su estado. Localizó fácilmente las manchas violáceas bajo sus ojos y la tristeza en su mirada pese a la sonrisa que adornaba sus labios. Se sobresaltó cuando ella le habló y dio por concluido su escrutinio.

—Esta noche nos han invitado a cenar.

—¿Quién? —preguntó Dan molesto, no quería ir a ninguna parte estando Jess en peligro.

—Nick y Shannon, ella me llamó cuando se enteró que habías vuelto. Nos ha citado a las ocho en el restaurante de Roxanne, parece importante. Si no te das prisa, llegaremos tarde —le apremió.

Hubiera deseado llamar a su amigo para negarse, pero sabía que si lo hacía, solo lograría despertar la sospecha en Jess.

—No pienso ponerme traje —le advirtió al ver que sacaba una camisa del armario—, sabes que los odio.

—Si no te pones lo que yo elija, tú tampoco verás sobre mi cuerpo el vestido rojo que me compré la semana pasada —le advirtió con una sonrisa seductora.

—¿Has dicho rojo?

—Por supuesto, tu color favorito, lo había olvidado —dijo guiñándole un ojo mientras se deshacía de la ropa que cubría su cuerpo—. ¿Quieres ver cómo me queda? —le invitó.

Dan sintió cómo su corazón revivía al verla tan juguetona. Quizás necesitaba evadirse de lo que la atormentaba. No conocía mejor forma de lograrlo que torturando su cuerpo con caricias. Cuando ni una hebra de tela cubría ya su cuerpo, atrapó su cintura y la alzó para acabar ambos en la cama que había a su espalda. Comenzó a recorrer cada curva de su cuerpo con pericia, pero cuando las yemas de sus dedos rozaron la marca de su cadera, su cuerpo se enfrió. Ahora sabía que no se lo había hecho con una alambrada, como le había contado cuando le preguntó por ello.

Besó sus labios por última vez y se separó de su cuerpo.

—Lo siento, mi amor, será mejor que lo dejemos o llegaremos tarde.

Jess sintió su rechazo como un mazazo, pero se recompuso y pintó una sonrisa en sus labios.

—Tienes razón, será mejor no hacerles esperar.

No llegaron tarde a la cita, pero Nick y Shannon sí. Estaban sonrientes y parecían felices. La cena transcurrió alegremente entre risas, anécdotas y cuchicheos. Cuando llegaron a los postres, Nick se animó a dar la gran noticia: se casaban.

Jess y Dan se miraron sorprendidos, pero no dudaron en chocar sus copas con las de los novios.

—¿Cuándo será? —preguntó Jess curiosa.

—En un mes —contestó Shannon con alegría—. ¿Para qué esperar más?

—Enhorabuena —replicó Dan a la par estrechando la mano de su amigo—. Ha sido algo inesperado.

—No podía esperar más a esta *rubita* —comentó atrapando la mano de Shannon con amor—. Me estoy haciendo mayor y no está uno para perder el tiempo.

—Menos mal —intervino la aludida con la mirada clavada en el rostro masculino—, estaba cansada de esperar a que decidieras.

Todos prorrumpieron en sonoras carcajadas ante su comentario para, poco después, brindar por la pareja.

Cuando llegaron, Jess se acostó alegando un fuerte dolor de cabeza, ocasión que Dan aprovechó para llamar a Nick y citarlo en el despacho. Su amigo se sorprendió por la urgencia de su voz, y sin dudar, aceptó dejar a Shannon sola en la habitación del hotel que habían alquilado para tener intimidad. La *rubita* no pudo disimular su enfado, pero Nick conocía demasiado bien a su amigo e intuía que algo grave pasaba.

Dan le esperaba sentado tras el escritorio. Ni siquiera se percató en su presencia, perdido en la contemplación de un vaso de whisky que giraba entre sus dedos.

—¿Qué sucede? —preguntó Nick con gravedad.

Dan se sobresaltó al escuchar su voz. Elevó su mirada y le enfocó. Bebió un largo trago del vaso antes de animarse a hablar. Le costó un mundo relatarle aquella escabrosa historia. Le conocía bien y sabía que se culparía por lo sucedido, y la recriminación no tardó en llegar de sus labios.

—¿Cómo no me di cuenta? —preguntó mesándose el cabello.

—No te mortifiques, ella nunca te lo hubiera contado. Se siente culpable de lo sucedido, por eso lo oculta.

—¿Qué vamos a hacer?

—A partir de ahora hay que vigilarla. Llamaré al señor Lee por si puede averiguar cómo ese cerdo ha salido tan pronto de prisión. Tiene contactos y nos ayudará —afirmó convencido.

—¿Por qué iba a hacer eso? —cuestionó Nick receloso.

—No preguntes.

—Sabes qué algún día me lo contarás —profetizó.

—Puede, pero aún no es el momento.

—De todas formas, hablaré con John Mayo, ya sabes que el Sheriff y yo somos viejos amigos.

—Gracias, Nick, toda ayuda es poca.

—Esperemos que no se dé cuenta de que sabemos su secreto —verbalizó Dan sus temores.

—Si lo supiera, se volvería más temeraria, ya la conoces —replicó Nick.

\*\*\*

Jess no soportaba más la presión, temía a cada instante recibir su llamada, y no contar con la suma que le exigía se había vuelto en una prioridad. Esa mañana había logrado despistar a Dan para ir sola al pueblo con la excusa de comprarse un vestido nuevo para la boda de Shannon. En realidad, se dirigió al banco y solicitó retirar la elevada cantidad. La señora Perkins, la dependienta que la atendió, la miró sorprendida, pero las formas rudas de Jess la hicieron desistir de preguntar. Le entregó un sobre marrón y le hizo firmar un documento antes de seguir con su trabajo ofendida.

Al salir a la calle, apretó fuertemente el bolso contra su persona, temerosa por la carga que portaba. Ahora tendría que sumar a sus preocupaciones el tener que ir cargada con semejante suma de dinero en metálico. Deseaba entregárselo cuanto antes para que aquel maldito desapareciera de su vida para siempre, pero parecía no tener prisa, como si pretendiera ponerla nerviosa. Hacía casi una semana de su encuentro y aún no había tenido noticias suyas.

Cuando pasó junto a la farmacia, sus pies se detuvieron, observó el interior con nerviosismo y decidió entrar. Tenía un retraso de veinte días en la menstruación, cosa poco habitual en ella, y empezaba a preocuparse. Al principio lo achacó a los nervios que inundaban su cuerpo dada la situación, pero ya no estaba tan segura.

Cuando llegó al mostrador, agradeció encontrarse con el señor Hacher. Era una persona muy discreta, todo lo contrario que Dora, su esposa, que era la chismosa más reputada de Devine. Si se confirmaban sus sospechas, quería ser ella la que diera la noticia a su marido, no las cotillas de pueblo.

Regresaba al rancho cuando su móvil comenzó a sonar. Sus manos temblaron sobre el volante e intentó relajarse. Accionó la intermitencia y se detuvo en la cuneta antes de responder a la llamada. Al descolgar, y encontrarse con la voz de Warren, su corazón se aceleró. Fue parco en palabras, solo la emplazaba en un viejo granero que había a las afueras del pueblo. Le exigió que no tardara más de diez minutos y la comunicación se cortó. Intentó serenarse antes de reemprender la marcha. No fue consciente del vehículo que la seguía a cierta distancia. Era un agente del Sheriff que la vigilaba

desde hacía unos días.

El teniente Smith se extrañó al ver que Jess se detenía al margen de la carretera. Disminuyó la velocidad todo lo que le fue posible y cuando ella arrancó y cambió de dirección para internarse de nuevo en el pueblo, la siguió. No le pasó desapercibida su extraña actitud y el cambio en su conducción, y decidió informar a su superior a través de la radio.

John Mayo escuchó el informe con atención, Smith aún la seguía a corta distancia, se dirigían al sur. El Sheriff, tras recibir la información, llamó a Nick para comentarle lo que sucedía.

Nick colgaba el teléfono cuando su amigo entró en el despacho. Dan estudió su rostro con suspicacia y al instante supo que algo pasaba. Nick, al verse descubierto, no tuvo más remedio que contarle lo sucedido. Como esperaba, Dan se puso como un energúmeno e intentó detenerle, pero, para su sorpresa, se encontró con un puñetazo en plena mandíbula. Cuando se recuperó lo suficiente, su amigo ya derrapaba por el camino de tierra.

Dan sentía su corazón galopar en su pecho, que parecía a punto de explotar. Algo en su interior le decía que Jess estaba en peligro y se sintió frustrado por haberla dejado ir sola al pueblo, había sido un estúpido, se recriminó. Nick le había dicho que se dirigía a las afueras del pueblo, a la zona sur, donde se expandían los campos de trigo. Conocía bien la zona y tenía una ligera idea de a dónde se dirigía. Allí solo había un viejo granero, que había pertenecido a un amigo de su padre, y que ahora estaba abandonado. No había mucho más en varios kilómetros a la redonda y estaba seguro que aquel loco la había citado allí por ese mismo motivo.



# CAPÍTULO 21

Jess aparcó junto al viejo granero y salió del vehículo con cautela. Aguardó unos minutos, que le parecieron eternos, pero nada sucedió. Esperaba la aparición de Warren en cualquier momento y quería estar preparada. Finalmente, decidió acercarse a la puerta abierta del edificio. El interior estaba en penumbra y el olor a tierra seca y estiércol se coló en sus fosas nasales, provocándole la necesidad de vomitar.

—¿Has traído lo que te pedí? —Jess se sobresaltó al escuchar a Warren, que se agazapaba a su espalda. Sacó el sobre marrón de su bolso y se lo tendió temblorosa.

—Ahí está todo —le confirmó esperando su reacción.

—Muy bien, gatita —la tranquilizó mientras contaba los billetes con desconfianza—, nada le pasará a tu *amorcito*.

—Con esto está todo zanjado —afirmó Jess con valentía a pesar de que solo deseaba salir corriendo.

—No tan rápido —dijo atrapando su brazo—, ya sabes que me debes algo más.

—No sé a qué te refieres —replicó Jess intentando liberarse.

—No te hagas la tonta, no te pega —atajó Warren mientras atrapaba su cintura y la acercaba a su cuerpo—. Tendrás que portarte bien conmigo si quieres que desaparezca.

—¡Por favor! —le rogó Jess con ojos suplicantes.

—Será mejor por las buenas —le aconsejó acercando sus labios a su mejilla.

—Pues será por las malas —replicó Jess dándole un puñetazo en el estómago con todas las fuerzas con las que contaba.

Jess aprovechó el momento de desconcierto creado para escapar, pero no llegó demasiado lejos. En dos zancadas, él la volvió a apresar. Durante minutos interminables forcejearon, pero finalmente Warren consiguió golpear su rostro con fuerza dejándola inconsciente.

—Zorra asquerosa —escupió el agresor a horcajadas sobre su víctima—, no me voy a ir de aquí sin follarte. Llevo meses esperando este momento, mientras tú disfrutabas de tu vida, yo me pudría en aquella asquerosa pocilga donde me metiste.

La joven se recuperó de la inconsciencia cuando Warren comenzó a tirar de su camisa dispuesto a arrancarla de su cuerpo. Intentó defenderse como una gata salvaje, golpeando y arañando, pero eso pareció excitarlo más.

Dan se movió como un resorte dentro del establo, que conocía bien, al escuchar la lucha. Al ver la escena que se presentaba ante sus ojos, la sangre le hirvió en las venas y se abalanzó sobre Warren con toda la fuerza de la furia. Agarró su cuello con una mano mientras con la otra asestaba puñetazos sobre su oponente, había perdido el control. Continuó golpeando a pesar de que Warren ya estaba inconsciente.

Las sirenas sonaban en el exterior, pero Dan no fue consciente de ello, perdido en la tempestad de sus sentimientos.

Los agentes le separaron con esfuerzo del cuerpo inerte de Warren mientras el Sheriff



envolvía con una manta a Jess, que observaba a Dan preocupada, nunca le había visto tan fuera de sí.

En pocos minutos llegaron las ambulancias. El agente Smith había sido golpeado en la cabeza y le habían tenido que dar varios puntos de sutura. Warren tenía el rostro lleno de sangre y apenas podía gemir, ya que tenía los labios hinchados. Jess no dejaba de temblar mientras los paramédicos comprobaban sus constantes vitales. Cuando los servicios sanitarios tuvieron controlados a los heridos, los trasladaron al hospital.

Dan parecía un animal enjaulado en la sala de espera del hospital. Caminaba de una pared a la contraria sin prestar atención a lo que le rodeaba. No tener noticias de Jess le estaba volviendo loco. Si algo le sucedía, no podría seguir viviendo.

Nick y Shannon llegaron poco después para hacerle compañía y relevarle para que pudiera ir a casa a darse una ducha, pero este negó, no pensaba abandonar el hospital hasta estar seguro de que su esposa estaba bien. La pareja, tras horas de espera, decidió bajar a la cafetería para comer algo. Dan no había querido acompañarlos por temor a que el médico saliera a dar información. Estaba tomando un café cuando vio entrar a Calvin Lee que se dirigía a él.

—Sé lo que ha pasado —expresó directo—, ¿cómo está mi nieta?

Dan tiró el vaso de plástico a la basura y se mesó la nuca.

—Todavía no sé nada —respondió pesaroso—, los médicos aún no han salido. Ese cabrón le dio bastantes golpes antes de que yo llegara. Jess se defendió con uñas y dientes —comentó con orgullo.

—Tranquilo, de ese tipo me encargo yo, haré que se pudra en la cárcel.

—No comprendo cómo le dejaron salir de prisión.

—Al parecer, se escapó en uno de los permisos que disfrutó. Había conseguido algunos gracias a su *buena conducta*. Mis abogados se encargarán de él.

—Gracias, señor Lee.

—No tienes por qué darlas, sois mi familia —afirmó con emoción—. Cuando te digan algo, llámame. —Al ver llegar a Nick, se despidió—. Me tengo que ir, cuida de *mi niña*, muchacho.

—Se lo juro, pierda cuidado —replicó Dan antes de verle marchar.

Nick se acercó a Dan con paso enérgico. No salía de su asombro ante la inesperada visita. No llegaba a comprender qué interés podía tener el viejo Lee en el rancho y sus habitantes.

—¿Qué hacía él aquí? —soltó a bocajarro.

—Te prometí que algún día te lo contaría, pero es una historia muy larga y ahora no tengo cabeza para eso.

Nick estaba a punto contestar cuando se vio interrumpido por el médico de urgencias que se plantó a su lado.

—¿Cómo está? —le asaltó un Dan angustiado.

—Siento mi tardanza, estaba ocupado —se disculpó mientras revisaba una carpeta—. La paciente recibió varios golpes importantes, pero nada de gravedad. La vida del bebé no corre peligro

—le informó antes de elevar la vista del papel y clavarla en el rostro de Dan.

El doctor Connor sonrió tiernamente al percatarse de que el padre no sabía nada de la existencia de un futuro hijo. No era la primera vez que se le presentaba una situación parecida en sus años de profesión.

—¿No lo sabía? —cuestionó con humor.

—No —boqueó Dan si saber qué decir.

—Tengo la impresión que de que ella tampoco, cuando abrimos su bolso para buscar su identificación, llevaba un predictor sin abrir.

Dan se quedó mudo.

—Hombre, no se preocupe —le aconsejó Connor palpando su hombro—, no todos los días uno puede decirle a su mujer que está embarazada —comentó con humor.

—¿Puedo verla? —preguntó con urgencia.

—Por supuesto, ya la suben a planta, pregunte en información.

—Gracias, doctor Connor.

El hombre le sonrió antes de desaparecer por las puertas abatibles que conducían a los box, donde le esperaban más pacientes.

—¡Voy a ser padre! —exclamó Dan mientras se abrazaba a su amigo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Nick.

—Soy el hombre más feliz de la faz de la Tierra. Necesito verla ahora mismo.

—Ve tranquilo, yo se lo diré a Shannon, estaba llamando a Karen —le informó, pero su amigo ya no le escuchaba, caminaba a grandes zancadas hasta el mostrador.

Dan entró con sigilo en la habitación y se acercó a la cama con temor. Encontrarse con su rostro magullado le hizo tragar saliva, pero saber que estaba a salvo alivió en parte su angustia. Estaba dormida, su rostro se mostraba sereno, sospechaba que la vía que adornaba su brazo le había proporcionado un calmante además del suero.

Cogió su mano y besó con ternura su palma. Amaba a esa mujer más que a nada en el mundo, y ahora que le iba a dar un hijo, se sentía un hombre más afortunado. Se sobresaltó cuando los ojos de Jess se abrieron, parecía asustada y desorientada.

—¡Warren! —exclamó Jess con terror.

—Tranquila, mi amor, estás a salvo —susurró junto a su oído.

—¿Y si vuelve? —preguntó con angustia.

—Te juro que eso no volverá a pasar —le prometió—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero algo dolorida. Sobre Warren... —titubeó.

—Sé todo lo que pasó, ya hablaremos más adelante de eso, ahora tengo una noticia que darte. Jess le observó confundida.

—¿De qué hablas?

—Una sorpresa que no esperas —respondió.

—Suéltalo de una vez, no te hagas el interesante —le reprochó.

—¡Vamos a ser padres! —exclamó con emoción.

—¿No te importa? —preguntó con cautela.

—Jessica Deimon, te amo más que antes si eso es posible. Además, va a ser el bebé más bonito del mundo

—Tenía tanto miedo de perderte —le confesó con voz trémula.

—Eso nunca sucederá, mi corazón es tuyo, y sin él no podría vivir —proclamó antes de atrapar sus labios entre los propios.

Jess había logrado convencer a Dan para que fuera a casa a descansar y comer algo tras cuarenta y ocho horas sin salir del hospital. El doctor Connor acababa de visitarla y le había prometido el alta en un par de días. Jess se lo agradeció porque la inactividad estaba acabando con su paciencia. Cogió el libro que le había llevado Shannon el día anterior, con la intención de entretenerse, cuando unos golpes repicaron en la puerta.

—Adelante —indicó a la visita inesperada. Sus ojos se abrieron plausiblemente al descubrir a Red asomándose con timidez.

—¿Puedo pasar? —preguntó cohibido.

—Por supuesto —le invitó con una sonrisa.

Jess comprobó que tenía mejor aspecto que la última vez que se habían visto. Vestía vaqueros oscuros, una camisa azul y sus botas relucían.

—Espero no molestar —pronunció con timidez, entregándole un ramo de margaritas.

—No digas tonterías —le amonestó mientras disfrutaba de la fragancia de las flores—. No tenías que haberte molestado, gracias.

Red se rascó la cabeza en un gesto inconsciente, no estaba acostumbrado a que la gente le tratara bien y eso le ponía nervioso.

—Es solo un detalle —le quitó importancia.

—No esperaba verte por aquí.

—Vine a Dallas a una entrevista de trabajo y aproveché para visitarte.

—Te lo agradezco. —Y en verdad lo hacía—. ¿Y cómo te fue? —preguntó Jess con interés.

—Creo que bien, me llamarán en unos días. Quiero vivir en Dallas una temporada, creo que

me vendrá bien cambiar de aires.

—Me alegro mucho por ti.

—Gracias, si no fuera por ti, nunca hubiera despertado de este mal sueño.

—No digas tonterías.

—No lo son, si he decidido empezar de cero, es gracias a ti.

—Puedes contar conmigo y con Dan, no lo olvides.

—No lo merezco —comentó bajando la mirada avergonzado—. Espero que Shannon pueda perdonarme algún día.

—Estoy segura que lo hará —ratificó Jess apretando su mano con afecto.

—Gracias, Jess, ahora tengo que irme.

—Antes dame un beso, viejo amigo —solicitó Jess sorprendiendo a Red, que depositó un beso sobre su frente y la miró con intensidad.

—Eres una mujer muy especial —afirmó antes de incorporarse.

—Red, espero verte pronto.

—Más adelante —le prometió antes de abandonar la habitación.

\*\*\*

El día amaneció hermoso y los rayos del sol bañaban la carpa que se había instalado en una pradera cercana a la casa. Un bello arco de madera, labrado por uno de los hombres del rancho especialmente para la ocasión, se situaba sobre el jardín repleto de petunias de diversos colores que daban la bienvenida a la primavera. Jess lo había adornado el día anterior con yedra y pequeñas flores blancas para que su amiga sellara su amor junto al hombre con el que había decidido pasar el resto de su vida.

Jess zarandeó a Shannon con delicadeza. Sus bellos ojos azules se abrieron con sobresalto y no pudo evitar sonreír ante su expresión de pánico. Ella misma había tenido esa misma sensación de vértigo el día de su boda.

—¿Quieres una tila? —preguntó Jess solícita.

—No estoy nerviosa —afirmó Shannon mientras apartaba la sábana para levantarse.

—No me engañes, anoche no parabas de dar vueltas en la cama, casi no he pegado ojos en toda la noche.

—Lo siento —se disculpó avergonzada—, no debí pedirte que durmieras conmigo.

—¡Oh! Shannon, me encantó que lo hicieras, son momentos para compartir con las amigas.

—Gracias, eres la mejor —exclamó mientras buscaba las zapatillas, que se alineaban al lado de la puerta, bajo la cama.

—Voy a por esa tila, y te la tomarás sin rechistar.

—Pero... —intentó rebatir Shannon, pero su amiga ya había abandonado la habitación.

Nick sentía que aquella maldita corbata le estrangulaba y maldijo el día que se dejó

convencer por Jess para comprarse un ridículo traje. Intentó aflojarla, pero su gesto quedó suspendido cuando un rumor de admiración se oyó a su espalda. Se volvió y contuvo el aliento al ver a Shannon. Su esbelta figura iba enfundada en un diseño de corte sirena que se amoldaba como un guante a su cuerpo. Su melena rubia iba recogida en el alto de su cabeza en un moño francés adornado con flores blancas. Pero lo que más realzaba su aspecto era su sonrisa, que alumbraba todo a su paso.

El párroco observaba a los contrayentes con una dulce sonrisa en los labios, había llegado aquella mañana para officiar la boda de su sobrino Nick. Había conocido semanas antes a Shannon, cuando fueron a visitarle, y le gustó al instante. Parecía una buena mujer que encarrilaría a su sobrino, que siempre había sido un bala perdida.

Nick hacía verdaderos esfuerzos por seguir los pasos del baile nupcial. Nunca le había confesado a Shannon que odiaba bailar, y más si se trataba de un vals. No ayudaba demasiado el vestido de ella, que se metía entre sus pies haciéndole tropezar a cada momento.

Shannon le miraba conteniendo la risa, y Nick se percató.

—¿Te parece gracioso? —le reprochó molesto.

—Lo siento, vaquero, nunca pensé que tuvieras dos pies izquierdos.

—*Rubita*, te estás pasando.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó elevando una ceja interrogante.

—¿Te había dicho que después del baile hay un karaoke?

—*Touché* —replicó al percatarse de cómo podía sentirse él ante su falta de pericia con el baile. Una vez habían ido juntos a un karaoke, y aún se ponía roja de vergüenza al recordar su lamentable actuación.

—Estoy desenado que acabe esto, quiero hacerte el amor —confesó Nick en su odio sensualmente.

—Me imagino, pero antes tenemos que llevar a tu tío al aeropuerto —le recordó.

—¡Maldita sea! —exclamó Nick rezongón.

—Quizás deberíamos pasar la noche en la ciudad —propuso, tan ansiosa como él por disfrutar su noche de bodas.

La sonrisa de Nick se ensanchó plausiblemente.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan tus ideas?

—No, es la primera vez, pero espero que no sea la última.

Dan y Jess los observaban desde la barra, emocionados por la boda de sus mejores amigos. Hacían una pareja perfecta y estaban radiantes. Solo faltaba una cosa para que su vida estuviera colmada, y era la llegada de su retoño.

—Parecen felices —comentó Jess con nostalgia.

—Lo son —afirmó Dan tajante—. Esta mañana Nick estuvo a punto de vomitar, nunca le había visto tan nervioso. Llevaba demasiado tiempo esperando este momento.

—Ha tenido tanta paciencia como yo —replicó Jess con humor.

—Muy graciosa, señora Deimon —la amonestó Dan mientras la cogía entre sus brazos—, ¿alguna vez me perdonarás?

—Lo hice hace tiempo, además, creo que yo también me puse muy cabezota.

—No, fue culpa mía, desde el primer día que te vi, me enamoré de ti, pero no lo quise aceptar.

—Como sea —replicó Jess colgándose de su cuello—, lo importante es que miremos al futuro que nos espera. Te amo, Daniel Deimon.

—Mi corazón es tuyo, Jessica Deimon.



# Epílogo

Era una criatura pequeña, de piel rosada y suave. Una pelusa oscura cubría su cabeza y unas pupilas con vetas verdes presidían su pequeño rostro. Dan sintió la mayor emoción de su vida cuando vio por primera vez a su hija en los brazos de su madre. Solo hacía dos semanas que habían regresado del hospital y Jess ya se manejaba a las mil maravillas. En aquel momento cambiaba el pañal a la pequeña. Dan era incapaz de apartar la mirada de ellas, embelesado con el ritual. Por las noches solía coger a la pequeña y la tendía en la cama para poder estudiar los cambios que se producían en su cuerpo. Adoraba contar cada uno de sus pequeños dedos, acariciar sus diminutos pies y descubrir cada gesto nuevo en su rostro, donde buscaba parecidos con su persona.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jess sobresaltando a su marido.

—Recordaba aquella vez cuando nos metimos en el armario de la entrada para escondernos de Shannon.

—Perdona, pero tú fuiste el que se ocultaba.

—Como sea —dijo haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—, el caso es que me acuerdo de cómo olías aquel día y de las ganas que tenía de besarte.

—Debiste hacerlo —replicó mientras metía a la criatura en la cuna—, yo también habría disfrutado —comentó guiñándole un ojo.

—Tienes razón —aceptó Dan cogiéndola en sus brazos y besando su nuca con dulzura—. Si te hubiera probado más a fondo por aquel entonces... Ufff, hubieran estallado fuegos artificiales —exclamó al notar cómo su cuerpo se animaba con su cercanía.

—¡Para! —pronunció apartándose—, está sonando el timbre de la puerta. Ve tú mientras duermo a Suzanne.

—Está bien, ya voy —aceptó Dan a regañadientes.

Cuando abrió la puerta, se encontró con un mensajero que bajaba una cesta blanca de mimbre de la furgoneta. Tras firmar el recibo, dejó el aparatoso regalo en medio del salón. Observó a través del papel transparente la ropita de bebé, los artículos de aseo y varios peluches. En el costado encontró una nota: *para la pequeña Suzanne, con todo mi cariño*. Aunque no estaba firmada, Dan sabía bien quién había mandado el presente, solo podía provenir del señor Lee. Sonrió con ternura al recordar la emoción en la voz del anciano cuando le llamó para agradecerle las fotos de la pequeña que le había mandado.

Sabía que tarde o temprano tendría que contarle a Jess la verdad. Calvin Lee era el único pariente vivo que le quedaba y ambos merecían conocerse. El hombre que le había dado la vida no merecía la pena, pero el abuelo Lee le había demostrado en innumerables ocasiones que sí quería a Jess y se merecía su cariño.

—¿Quién ha mandado esto? —preguntó Jess, sorprendida por su tamaño descomunal.

Dan se giró, sorprendido por su presencia.



—No tiene tarjeta —contestó mientras ocultaba la cuartilla en el bolsillo trasero de su pantalón—. ¿Se ha dormido Suzanne?

—Sí, ya sabes lo dormilona que es.

Dan sonrió seductoramente y atrapó su cintura para acercarla a su cuerpo.

—Entonces es el momento ideal para hacerte el amor.

—Estás perdiendo tiempo —replicó Jess con picardía mientras atrapaba el trasero de su marido entre sus manos.

*Meses después...*

La pequeña Suzanne jugaba en la alfombra con unos cubos de llamativos colores, su padre la ayudaba a construir una torre mientras Jess caminaba de un lado a otro supervisando que todo estuviera en su lugar.

Dan se levantó, dejando a la pequeña entretenida, y se acercó a su esposa.

—Jess, para —dijo poniéndose delante de ella.

Jess llevaba en las manos un montón de toallas limpias.

—Tengo que acabar antes de que llegue.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —preguntó Dan con una sonrisa.

—Es la primera vez que voy a ver a mi abuelo y quiero que todo esté perfecto —respondió mordiendo su labio inferior.

—Sé que te impresionó conocer tus orígenes, pero es un buen hombre.

—Imagino —replicó insegura.

—Te adora y solo quiere conocer a Suzanne.

—Pero...

—Ya has hablado con él por teléfono, ¿qué problema hay?

—Tengo miedo de defraudarle —confesó.

—Piensa una cosa, quizás él también teme tu rechazo.

—Dan, eso es una tontería.

—Piensa que quizás le guardas rencor por no ayudar a tu madre en su momento.

—Él no es culpable de nada, no supo de mi existencia hasta mucho más tarde...

El timbre de la puerta interrumpió su conversación.

—¡Ya está aquí! —exclamó Jess con emoción.

—Tranquila, mi amor —la reconfortó—, todo va a salir bien. Yo abriré.

Calvin Lee estaba más asustado que su propia nieta. Al entrar en el salón, se quedó quieto en el umbral, admirando la escena que se sucedía ante sus ojos. Jess cogía la pequeña mano de su biznieta, que caminaba vacilante hacia él. No pudo reprimir las lágrimas, que corrían a su antojo por sus arrugadas mejillas. Su nieta elevó su rostro, y él solo pudo perderse en aquella mirada que tanto había amado en otra mujer.

—Hola —fue la única palabra que surgió de sus labios. Su garganta estaba seca por la emoción.

—Hola, abuelo —le saludó Jess con timidez—. Te presento a Suzanne.

Jess llevaba puesto un precioso vestido floreado sobre fondo blanco y sus pies iban enfundados en unas sandalias de piel. La pequeña Suzanne lucía un vestido rosa y sus pequeños pies estaban descalzos. Le miraba con curiosidad, extendiendo sus bracitos hacia él. Calvin se agachó para ponerse a su altura, y la pequeña le sonrió. En aquel momento su corazón se hinchó de emoción, y más cuando una pequeña mano rozó su rostro.

Al principio fue una comida silenciosa, a pesar de que Dan intentaba suplirlo, hablaba por los tres. Abuelo y nieta se estudiaban mutuamente, temerosos de decir algo que pudiera incomodar al otro, pero finalmente se creó un ambiente agradable cuando ambos comenzaron a charlar sobre ranchos. En el postre, la pequeña Suzanne se puso a llorar mientras se frotaba los ojos, y Dan la cogió en sus brazos para llevarla a su dormitorio para dormir la siesta.

—Jess, gracias por invitarme —le agradeció el anciano mientras degustaba una deliciosa tarta de manzana.

Su nieta le sonrió con afecto recién adquirido.

—Tenía ganas de conocerte —confesó.

—Creí que nunca perdonarías lo que hizo mi hijo... —comenzó, pero Jess le interrumpió.

—No quiero saber nada de ese hombre —la ira se translucía en su voz—. Nunca será mi padre, pero tú sí te mereces mi cariño, llevas mucho tiempo preocupándote de mí.

—Gracias, pequeña —le agradeció tomando su mano—, me estás haciendo el mayor regalo de mi vida.

Jess notaba que su pulso latía a mil revoluciones tras sus emotivas palabras. Se levantó del lugar que ocupaba y abrazó a su abuelo con emoción.

Calvin se sintió agradecido al ver el corazón tan grande que tenía su nieta.

—Abuelo, me alegro de haberte encontrado.

—Y yo, estoy muy orgulloso de ti.

—Ahora que nos conocemos no podrás librarte de mí —le amenazó la joven con una sonrisa.

—Creo que será al contrario, vendré tantas veces que tendrás que echarme de esta casa.

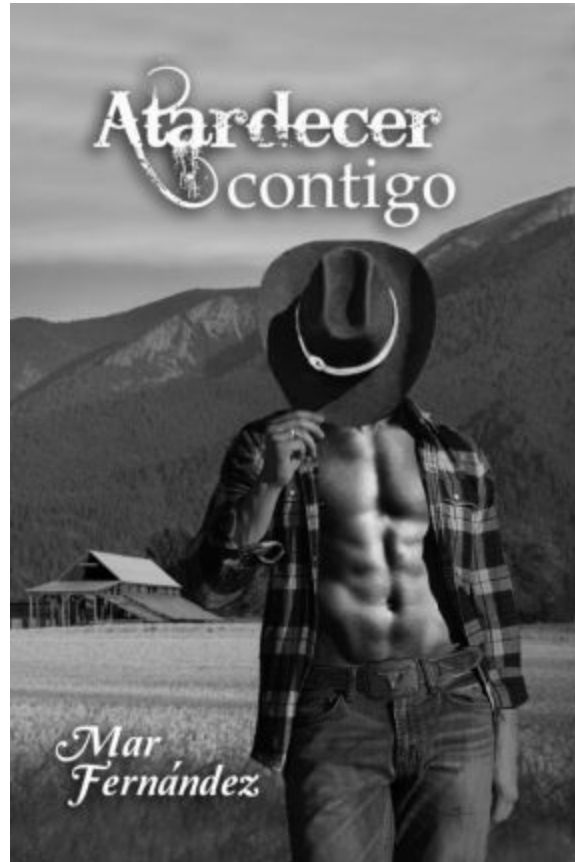
Así los encontró Dan, fundidos en un abrazo que lo conmovió.

Aún recordaba lo duro que fue contarle toda la historia de sus orígenes a Jess, pero al aceptarlo, le demostró una vez más lo fuerte que era. Recordaba a una niña dulce que se convirtió en una joven valiente, y que ahora era la mujer a la que amaba con locura.

**Fin**



OTROS TÍTULOS



# BLOG DE LA AUTORA:

[elbouldelaromantica.blogspot.com.es](http://elbouldelaromantica.blogspot.com.es)



## ATARDECER CONTIGO

Ray pertenecía a una de las familias más importantes de Ford Collins. Los Hamilton poseían varios ranchos y su ganado era el mejor del condado. A Ray le gustaba disfrutar del dinero y el lujo que le otorgaba su buena posición. Disfrutaba de la velocidad gracias a su deportivo y las mujeres guapas que le asediaban, pero todo eso cambio tras su último viaje por Europa, cuando sus ojos se posaron en la hija de Carmen, la cocinera de la casa.

Valerie es una joven inocente que lleva años enamorada del todopoderoso Ray Hamilton. Cuando él fija su mirada en ella de una forma especial Valerie no puede evitar postrarse a sus pies, rendida a sus deseos. La cabezonería de él por asumir sus sentimientos hace que sus vidas se separen dejando el corazón de Valerie destrozado.

El destino decidirá unirlos años después.

¿Podrá Ray asumir los sentimientos que una vez se negó?



## Nunca te olvidé

El destino ha hecho que los caminos de Jane y el chico que todos ven con malos ojos, Jack, se cruzaran. Rompiendo las barreras de una ortodoxa educación y a pesar de su mala reputación, Jane le entrega, irremediabilmente, su corazón.

Pese a la adrenalina que los dos sienten recorriendo sus cuerpos cuando están juntos, los acontecimientos que siguen al funeral de la madre de Jack logran lo que ni siquiera los tiesos códigos morales de Jane consiguieron: separarlos...

Seis largos años después, tras estudiar lejos, en la ciudad, Jane vuelve al lugar de su pasado para ayudar a su hermana, quien está a punto de dar a luz. Poco después, el pequeño pueblo es sacudido por la terrible noticia de un... asesinato...

¿Qué ha sido de Jack durante todo este tiempo?

¿Por qué mujer había elegido responder con un: “Lo nuestro nunca futuro, y tú lo sabes” a su intento de seguir la relación con él, pese a las distancias?

¿Volverá a florecer entre ellos lo que los unió años atrás? Y sobre todo, ¿lograrán hacer que lo dejado en el pasado vuelva a ser un futuro?





Esencia  
Irlandesa

*Mar Fernández*

*Yolanda Revuelta*

*Myrian Giordano*

## **Esencia irlandesa**

### PERDIDO EN TU RECUERDO

Declan Craig lo tiene todo para ser feliz en el pequeño pueblo costero donde se crió y donde ahora maneja una fructífera empresa pesquera heredada de su familia. Pero el recuerdo de la única mujer a la que ama lo acecha en aquella vida fría y vacía sin ella.

Caitlín O’Ryan tomó la decisión más dura de su vida cuando decidió volver a Ballycotton tras cinco largos años. No teme enfrentarse al proyecto que emprendió a su llegada, pero sí a encontrarse con el hombre que le destrozó el corazón en el pasado.

¿Habrá curado el tiempo las heridas que ambos llevan en sus corazones?

### **Y también....**

PERDIDO EN la tormenta

**Yolanda revuelta Mediavilla**

PERDIDO EN TU esencia

**myrian giordano**





## **despertar con tu amor**

Tras la trágica muerte de su padre, Lucien Winfield se convierte en el nuevo Marqués Exmond. Y como tal se ve obligado a cumplir con las exigencias que reporta tal cargo, entre ellas, el matrimonio.

Deslumbrado por la belleza de la joven Penélope Bradford, cree haber encontrado en ella, el amor que alguna vez imaginó que formaría parte de su vida, y así poder cumplir con lo que establece la sociedad a la cual pertenece, asegurándose también la perpetuación del título familiar a través de sus descendientes.

Cuando Maryanne conoce al Marqués, a pesar de su inocencia, no puede evitar sentir atracción hacia su persona, lo cual solo le reporta culpabilidad por enamorarse del hombre que es el prometido de su hermana.

Nada hace presagiar que la joven tendrá que soportar los duros reveses que le deparará el destino y de los que deberá reponerse con una valentía que desconoce poseer.

¿Podrá Maryanne despertar de un mal sueño con un amor verdadero?

**PRÓXIMAMENTE: PERDIDA EN TUS BRAZOS**

Mar Fernández



CRUCE DE CAMINOS

## CRUCE DE CAMINOS

Rodeada de los lujos que la posición de su padre le otorgaba, Marian Stell St. Jones, una joven bella y carismática, había acudido a cuanto baile y reunión se diera en la alta sociedad para encontrar el hombre ideal que pudiera desposarla.

Suponiendo que Alexander Cooper, un hombre alto y apuesto, era el indicado, Marian se dejó llevar por sus encantos. Sin embargo, la repentina y trágica muerte de su padre, y la nefasta situación económica que ello había acarreado, no le dieron opción alguna cuando su madre la envía sola en un viaje hacia el Oeste.

Jt Delaware era un hombre duro que vivía por y para su rancho, el cual manejaba desde que tenía catorce años, cuando el todopoderoso se llevo a su padre antes de tiempo a su lado.

Dominante y trabajador empedernido, detestaba la ociosidad y la formalidad de la ciudad. Su mundo se revoluciona cuando su madre se ve en la obligación de amparar a la joven Marian, hija de su hermana, dada las circunstancias que le habían sobrevenido.

Dos almas con carácter, dos polos opuestos y un amor que nacerá de ellos pese a las barreras que les impiden estar juntos.

Mar Fernández  
Mimi Romanz

Lazos  
de  
Amor

Rendición



## LAZOS DE AMOR

### RENDICIÓN

Brandon Harrison ha iniciado su nueva vida en Cover Ville, un pequeño pueblo perdido de la mano de dios y que es el lugar que ahora ama y por el cual ha abandonado la ciudad para asentarse en el rancho que compró al poco de su llegada. Ahora tiene todo para ser feliz, pero el rechazo de la mujer que ama hace que un hueco se forme en su corazón.

Sara Gallagher, necesitaba alejarse de su pueblo natal, por lo que no rechaza la oferta que Walter Harrison le brinda para emprenderla a su lado en Lauren City. Pero la realidad que vivirá allí le hará notar el error que cometió con ello.

La vida le juega una vez más, una mala pasada y volver a Cover Ville es lo único que desea. Sin embargo, allí la esperará el pasado que dejó y un futuro incierto por enfrentar.





# Mar Fernández Martínez



Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.